



SUSAN KEARNEY

En busca de
JUSTICIA

eLit

e^{lit}

EN BUSCA DE JUSTICIA
SUSAN KEARNEY

 HARLEQUIN™

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2004 Harlequin Books S.A.

© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

En busca de justicia, n.º 225 - septiembre 2018

Título original: Out for Justice

Publicada originalmente por Silhouette® Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-916-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)
[Acerca de la autora](#)
[Personajes](#)
[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Si te ha gustado este libro...](#)

Acerca de la autora

Susan Kearney solía prenderse fuego unas cuatro veces al día. Ahora hace algo realmente caliente: escribe novelas románticas de suspense. Ya no practica su número de lanzarse a una piscina ardiendo como una antorcha, pero jamás se le acaban las ideas para los personajes y argumentos. Licenciada en ciencias empresariales por la universidad de Michigan, Susan escribe a jornada completa. Reside en una pequeña población en las afueras de Tampa, Florida, con su marido, sus hijos y un mimado terrier de Boston.

Personajes

- **Kelly McGovern:** La tatarataranieta de Escopeta Sally y del ciudadano de peor reputación de todo Mustang Valley. Kelly está decidida a rasgar el velo de secretismo que envuelve la muerte de su hermano Andrew, aunque para ello tenga que aceptar la protección del chico malo del pueblo.

- **Wade Lansing:** Chico malo por excelencia de Mustang Valley y mejor amigo de Andrew.

- **Sheriff Ben Wilson:** ¿Sincero servidor de la ley o individuo con una agenda oculta?

- **Jonathan Dixon:** Antiguo compañero de facultad de Andrew, cargado de resentimiento.

- **Alcalde Mickie Daniels:** Capaz de casi todo con tal de garantizarse su reelección... ¿incluso el asesinato?

- **Debbie West:** La prometida de Andrew, mujer con un pasado secreto.

- **Niles Deagen:** ¿Brillante magnate del petróleo o empresario al borde de la bancarrota?

- **Lindsey Wellington:** Recién llegada a Mustang Valley y empleada en el bufete Lambert & Church, está resulta a aclarar la misteriosa muerte de Andrew y ayudar así a sus nuevas amigas Kelly y Cara.

- **Andrew McGovern:** El hermano de Kelly murió en la flor de la vida. ¿Pero el incendio que causó su muerte fue un accidente... o fue acaso deliberado?

- **Escopeta Sally:** La legendaria mujer de la frontera que influye en las vidas de Kelly, Lindsey y Cara... ¿en su búsqueda de la verdad!

Prólogo

—Hola, pequeñaja , ¿qué pasa? —inquirió Andrew McGovern cuando atendió la llamada de su hermana Kelly, con evidente falta de entusiasmo.

—Es más de medianoche —le recordó. Habría apostado su reloj de diamantes, el que le habían regalado sus padres por su graduación, a que se había olvidado de mirar la hora.

Escuchó un rumor de papeles. De inmediato se imaginó a Andrew sentado ante su viejo escritorio, en el despacho contiguo del bufete de Lambert & Church, con la corbata y la chaqueta colgadas descuidadamente sobre una silla y los ojos enrojecidos de sueño a pesar de todas las tazas de café que se habría bebido para mantenerse despierto.

—¿Y?

—¿No tienes nada mejor que hacer que trabajar un sábado por la noche?

—Huy, huy, huy, Pequeñaja, si no llevas cuidado, terminarás hablando como mamá. Y si, al igual que ella, quieres saber si todavía sigo comprometido con Debbie, te diré que sí. De hecho, mañana pretendía llevármela a desayunar a casa.

Kelly contuvo el aliento. Sus padres no aprobaban a la familia de Debbie West y, ciertamente, no les iba a entusiasmar nada su compromiso. La prometida de Andrew vivía en un empobrecido rancho en las afueras de Mustang Valley, Texas, a una hora al norte del pueblo, con un padre alcohólico y un hermano que dejaba mucho que desear. Y mientras que Andrew se mostraba indiferente a la opinión que su pareja merecía a sus padres, Kelly sufría por dentro. No le gustaban las discordias. Hacer lo que sus padres esperaban de ella siempre le

había resultado singularmente fácil.

Nunca había dejado de contar con la aprobación de sus padres. Normal, ya que siempre había sacado notas excelentes y había evitado meterse en problemas. A veces, por supuesto, habría preferido irse de fiesta en vez de quedarse estudiando en casa, pero tenía disciplina, una virtud de la que carecía el brillante Andrew, que a veces se quedaba toda una noche trabajando pero luego se pasaba dos días sin aparecer por el despacho. Por lo demás, nunca había entendido por qué su hermano mayor parecía tan empeñado en contrariar a su familia escogiendo a sus amigos en la peor zona de Mustang Valley. Como el mejor amigo de Andrew, el rebelde Wade Lansing, propietario del salón o local nocturno Dale Otra Vez, y la propia Debbie West, que había dejado el instituto para ponerse a trabajar en un bar.

Su padre había trabajado mucho para conseguir la casa más grande de todo Mustang Valley, mientras que su madre se había pasado media vida decorándola. Kelly había organizado fiestas en la piscina de su casa, llenándose de orgullo cada vez que había invitado a alguna compañera a pasar con ella las vacaciones de verano. Su mejor amiga, Cara Hamilton, no pertenecía a una familia tan rica como la suya, pero procedía de un honesto y digno hogar de clase media, y actualmente estaba viviendo en un complejo de apartamentos de reciente construcción, con preciosos jardines y balneario. Además, tenía un respetable empleo como periodista.

Mientras que su hermano Andrew torcía el gesto ante el lujoso estilo de vida de la familia, a Kelly le gustaba poseer su propio caballo y el impresionante deportivo que su padre le había regalado cuando consiguió su licenciatura universitaria. Al contrario que él, ella no veía nada malo en disfrutar de los más refinados placeres de la vida. Para colmo, Andrew parecía encontrar una morbosa delectación en despreciar los convencionalismos sociales y familiares. Aunque en realidad nunca se había visto envuelto en problemas serios, había disfrutado haciendo carreras con su viejo Mustang por la calle principal del pueblo, o espiando a las chicas que se bañaban ligeras de ropa en el lago Half Moon. Luego, una vez conseguida su licenciatura en Derecho, en vez de integrarse en la empresa de petróleos de su padre, había decidido trabajar en el bufete de Lambert & Church, mezclándose con todo tipo de personas: desde gente adinerada hasta individuos de baja estofa, incluso delincuentes.

—¡Andrew! Creo que la única razón por la que sales con Debbie es para molestar a papá y a mamá —le espetó. Sabía que su hermano frecuentaba a gente de mal vivir, pero también que su familia ocuparía siempre el primer lugar en sus afectos. Por eso disfrutaba tanto metiéndose con él, sobre todo por lo que se refería a sus amigos—. Creo que debo advertírtelo: papá todavía quiere que trabajes en su empresa. Quiere hacerte otra oferta.

—Ojalá no lo haga. Yo soy feliz aquí. Tengo mucho trabajo. Me siento valorado, necesitado...

Kelly oyó más rumor de papeles, y sospechó que no estaba contando con toda su atención.

—De hecho —añadió Andrew—, ahora mismo estoy trabajando en un asunto realmente interesante.

De pronto, la alarma de su coche interrumpió la conversación. Andrew maldijo entre dientes.

—Ese maldito gato callejero debe de haber saltado otra vez sobre mi coche, llenándomelo de huellas y despertando a todo el vecindario... Tengo que dejarte. Nos veremos mañana.

—Hasta mañana entonces —sacudiendo la cabeza, Kelly colgó el teléfono, apagó la luz y se arropó con las sábanas.

No se habría dormido tan rápido de haber sabido que aquella sería la última vez que hablaría con su hermano.

Capítulo 1

Mes y medio después

—Andrew está muerto —le recordó Cara Hamilton a Kelly con su tono práctico de periodista— y tú no puedes hacer nada para devolverle la vida.

—Lo sé —Kelly abrazó a su amiga. Si no hubiera sido por su apoyo, no habría podido soportar aquellos últimos cuarenta y dos días—. Pero escúchame, por favor.

—De acuerdo —dejándose caer en la cama de Kelly, se pasó una mano por su corta melena pelirroja y se la quedó mirando con una expresión mezcla de pena y compasión. Años atrás, Andrew había llegado a comprometerse con Cara, pero finalmente ambos dieron por terminada la relación y quedaron como buenos amigos.

Kelly intentó sobreponerse al dolor para ordenar sus pensamientos. Pensamientos que no la habían abandonado desde la mañana que encontraron el cadáver.

—Según el informe del *sheriff* Ben Wilson, un testigo vio a Andrew echar al gato de su coche, desconectar la alarma y volver a la oficina. Pero no hay testigos del incendio que se declaró en el despacho contiguo al bufete de Lambert & Church en algún momento durante la noche.

—Se supone que se produjo un cortocircuito, aunque la brigada de bomberos aún lo está investigando. ¿Sospechas tú acaso otra cosa?

—No tengo nada concreto —los hechos no encajaban. Tal vez Kelly hubiera recibido una educación de niña rica y careciera del atrevimiento y la

desenvoltura de su amiga, pero, a su manera, poseía una fuerte determinación. Y lo había demostrado culminando sus estudios en la universidad.

Le gustaba pensar que aquella determinación procedía de su tatarabuela materna. Escopeta Sally había sido una leyenda en aquella parte de Texas durante cerca de un siglo. Decenas de anécdotas corrían sobre ella, y una de sus favoritas era la que explicaba cómo la joven y aristocrática viuda había llegado al Oeste con tan sólo veinte años, para labrarse una nueva vida para ella y para sus hijos.

Ahora Kelly había sufrido la pérdida de un querido miembro de su familia... al igual que su legendaria antepasada. Pero, de alguna manera, lograría sobrevivir, porque algo de aquella fortaleza de carácter de Escopeta Sally aún seguía circulando por sus venas. Pensativa, se enredó un dedo en uno de sus rizos rubios.

—No hubo testigos de la muerte de Andrew.

Probablemente murió por asfixia, ya que su cuerpo calcinado fue encontrado en la silla donde se sentaba. Que hubiera muerto durmiendo constituía un escaso consuelo para Kelly y para sus desconsolados padres.

Andrew había sido muy querido en Mustang Valley, y casi todo el mundo se presentó en el funeral. Incluida Debbie West, que llegó muy afectada, con los ojos llorosos. Y Kelly jamás había visto al mejor amigo de Andrew, Wade Lansing, el propietario del salón, tan triste y tan sombrío. Vestido con un impecable traje negro, camisa blanca y corbata formal que ignoraba que poseyera, Wade se había ofrecido solemnemente a llevar el féretro al lado del padre de Andrew, el *sheriff* Wilson, el alcalde Daniels y Donald Church y Paul Lambert, los antiguos fundadores del bufete para el que trabajaba.

Pese a sus esfuerzos por evitarlo, su padre se había derrumbado durante el funeral, y en el último mes y medio parecía haber envejecido diez años. Cubierta con un velo, su madre había llorado copiosamente, y Kelly también debería haberlo hecho. Pero no podía. Estaba demasiado enfadada con Andrew por haberse muerto. Y demasiado disgustada con el *sheriff* por no poder explicarle por qué Andrew no había intentado escapar por la ventana del primer piso de un edificio en llamas.

Su mundo carecía de sentido, y necesitaba ponerlo en orden antes de seguir adelante con su vida. De manera que estaba absolutamente decidida a averiguar

la verdad sobre lo ocurrido.

—Si alguien hubiera estado cerca, habría subido al despacho para rescatar a Andrew —comentó en aquel instante Cara, haciendo gala de su lógica como periodista.

Kelly tomó su cepillo y se lo pasó por su larga melena rubia con gesto nervioso, como si así pudiera tranquilizarse.

—Aquella noche, cuando hablé con Andrew, estaba completamente despierto y muy excitado. Me cuesta creer que se hubiera quedado tan dormido que ni siquiera el humo lo despertase.

—El incendio se produjo a las dos de la madrugada. Para entonces debía de estar exhausto.

De repente Cara se levantó de la cama, le quitó el cepillo de las manos y lo lanzó sobre el tocador. Kelly la miró frunciendo el ceño.

—Andrew siempre tuvo un sueño muy inquieto. Además, necesitaba un montón de almohadas para dormir. ¿Y ahora el *sheriff* espera que me crea que se quedó dormido en un incómodo sillón de oficina? Ni hablar.

Un brillo de interés asomó a los ojos de su amiga.

—¿Has interrogado tú al *sheriff* Wilson?

—Sí —se encogió de hombros—. El hombre me dio un abrazo paternal y me dijo que investigaría al respecto. Luego le pregunté a Paul Lambert en qué andaba trabajando mi hermano, y el viejo se limitó a darme unas palmaditas y a decirme que lo sentía mucho, pero que se trataba de un asunto confidencial. Yo no sé cómo elaboras tus reportajes, Cara, pero a mí nadie parece tratarme en serio.

—Eso es porque eres demasiado...

—¿Qué? —Kelly arqueó una ceja.

—Educada. Cortés.

—No veo qué pueden tener de malo las buenas maneras.

Lamentablemente, mes y medio después de la muerte de Andrew, Kelly seguía teniendo tan pocas respuestas como la mañana en que le comunicaron su fallecimiento. Pero estaba decidida a averiguar exactamente lo que había pasado aquella noche. El problema era que no tenía la menor idea de cómo se investigaba algo así.

—Tú has estudiado periodismo de investigación. ¿Por dónde debo empezar?

Cara se pasó una mano por la frente.

—¿Y si no hay nada que investigar? ¿Podrías aceptarlo, vivir con ese convencimiento?

Kelly se levantó, casi contenta de sobrepasar en estatura a su amiga. Con su cerca de uno noventa su hermano solía llamarla «pequeñaja », pero no lo era en absoluto. Ensayando su sonrisa más encantadora, pronunció con tono tranquilo:

—Sólo quiero descubrir la verdad. Y tú deberías entenderlo mejor que nadie.

—Por supuesto que lo entiendo, pero... mira, Kelly. Las cosas son así. Cuando yo ya estaba trabajando en el periódico del instituto, investigando en temas de actualidad, tú eras la animadora número uno del equipo. Y luego, en la universidad...

—Hey, estudié muy duro...

—Ya lo sé, corazón. Pero a ti nunca te han gustado estas cosas. Te encanta la moda, los cotilleos... Si hubieras puesto algún interés, habrías podido dedicarte a las crónicas de sociedad de un periódico, pero...

—¿Y qué si me gusta la moda y los cotilleos? —replicó, apoyando las manos en las caderas, pero poniendo buen cuidado en no arrugarse su blusa de seda—. Eso no significa que no ame a mi hermano lo suficiente como para empeñarme en descubrir lo que realmente sucedió. ¿Vas a ayudarme o no?

Cara asintió.

—De acuerdo. Yo lo único que quiero es no verte sufrir más, pero si estás tan empeñada, adelante —la miró de pies a cabeza, frunciendo el ceño al reparar en su blusa y en su elegante falda, que le llegaba a los tobillos—. Pero antes se impone una visita al centro comercial para comprarte ropa normal. Como todo el mundo.

—Si algo me sucede, cuídame a la «pequeñajaa».

Las palabras de Andrew resonaban sin cesar en la mente de Wade Lansing mientras caminaba por Main Street, siguiendo a Kelly McGovern.

Parecía distinta, como si hubiera abandonado su impenitente imagen de joven aristocrática y selecta. En lugar de sus blusas de seda o de sus faldas de diseño que tanto le gustaban, lucía unos simples vaqueros, botas y una camisa con una chaqueta encima. Y se había recogido su larga melena rubia hacia atrás, enfatizando sus grandes ojos azules y sus altos pómulos de modelo.

Wade se arrepentía ahora de no haberle pedido a Andrew que fuera más explícito durante la corta conversación telefónica que mantuvieron la noche de su muerte, pero tenía el salón repleto de clientes y sólo dos camareras novatas para atenderlo. Aun así, le había preguntado por qué pensaba que algo podía sucederle.

—Oh, por nada... —le había respondido despreocupadamente.

«Mentira», pronunció Wade. Andrew no había sido nada propenso al pánico, ni a la exageración. Pero había tropezado con algo peligroso, que lo había llevado a la tumba. Y por mucho que Wade lo hubiera querido y respetado, su amigo había crecido protegido del lado más duro y oscuro de la vida.

Andrew había confiado en la gente, y Wade no. Andrew había concedido a la gente el beneficio de la duda, y Wade no. Wade siempre esperaba lo peor de todo el mundo, y no necesitaba evidencias que confirmasen su intuición, la cual le decía precisamente que su amigo había sido asesinado. Y ya se había metido demasiadas veces en problemas por no haber hecho caso a su intuición.

De niño, aquella misma intuición le había aconsejado esconderse los sábados por la noche para que su padre borracho no lo encontrara hasta que estuviera sobrio. Las pocas veces que se había olvidado de hacerlo le habían enseñado a no bajar jamás la guardia. Tenía pocos amigos, pero Andrew había sido uno de ellos. Y a él le había debido más de un favor.

Además, vigilar la preciosa espalda de Kelly y su delicioso trasero no era precisamente un trabajo duro. Pensó que, con sus largas y esbeltas piernas, bien podría ponerse vaqueros más a menudo. Siempre había desplegado aquella belleza etérea, distante, inalcanzable. Pero en aquel momento parecía realmente alcanzable... dejando de lado, por supuesto, sus botas de quinientos dólares y el bolso de diseño que llevaba al hombro.

La vista de aquella nueva imagen de Kelly no sólo le recordó a Wade la promesa que le había hecho a su amigo, sino que lo alertó de inmediato. Kelly y él no frecuentaban el mismo tipo de establecimientos, ni siquiera residían en la misma parte del pueblo. En aquel momento probablemente debería estar en el más selecto restaurante de Mustang Valley. Además, por qué iba a pie en lugar de pasearse en su flamante deportivo? ¿Qué diablos estaría tramando?

Excitada su curiosidad, la siguió Main Street abajo, pasada la oficina de correos y la farmacia, guardando una prudente distancia. Se preguntó adonde se

dirigiría. Kelly no solía salir con chicos de aquella parte de la ciudad. Elegía siempre jóvenes universitarios de impecable historial y familias de tan rancio abolengo como la suya. Solamente había visitado su salón una vez, para arrastrar a su hermano hasta casa por una emergencia familiar. Recordaba perfectamente lo mucho que había contrastado su apariencia en aquel ambiente, con su elegante falda larga y su sofisticada blusa, pero aun así no había vacilado en entrar sola en el ruidoso antro, pasando por delante de varios vaqueros borrachos para exigirle a Andrew que la acompañara al hospital.

De repente, en la acera, Kelly se giró en redondo y se encaró directamente con él. Fruncía los labios con aquel mismo gesto de decisión que Wade tan bien recordaba de cuando entró en su local, años atrás.

—Hey, pequeñaja , ¿qué pasa? —Le preguntó, preparándose para un enfrentamiento.

—No me llames así, por favor.

Kelly siempre era exquisitamente correcta con todo el mundo, pero con él solía mostrarse irritada, colérica. Wade, por su parte, disfrutaba haciéndola enfadar y despertando aquella chispa de su carácter. Alzando una mano, le quitó cuidadosamente las gafas de sol.

La joven mantuvo su tono tranquilo, superior, pero un brillo de furia asomó a su mirada.

—¿Qué haces?

—Echaba de menos tus preciosos ojos verdes.

—Son azules —le arrebató las gafas—. ¿Pretendes distraerme del hecho evidente de que me estás siguiendo?

Ah, podía ser como una princesa de cuento, incluso con aquellos ajustados vaqueros, pero tenía una mente casi tan sagaz como la de Andrew.

—Vaya, me has sorprendido *in fraganti*.

Kelly se echó a reír. Tenía unos labios absolutamente adorables.

—No sería la primera vez.

Si estaba intentando avergonzarlo con el recuerdo de aquella ocasión en que lo sorprendió con May Jo Lacy en el asiento trasero del coche que le había prestado su hermano... no tuvo éxito. De los tres, fue ella la que se puso colorada. Resultaba curioso que Wade apenas pudiera recordar la expresión de Mar y Jo, y sí en cambio la de Kelly, con un delicioso rubor extendiéndose por

su rostro y sus labios formando la exclamación «oh», sin llegar a pronunciarla.

—¿Y tú? ¿Qué es lo que pretendes? —La miró de arriba abajo, desde sus gafas de marca que se había sujetado en la frente hasta las puntas de sus botas nuevas.

—Nada.

—Ya, claro. Cuando la señorita Kelly McGovern se dedica a pavonearse por esta parte de la ciudad, luciendo además unos vaqueros azules, es que está tramando algo. Si no te conociera mejor, yo diría que te diriges directamente al salón Estrella Solitaria.

—Yo no me estoy pavoneando. No frecuento ese establecimiento. Y tengo mejores cosas que estar aquí, hablando contigo, y...

—¿Mejores cosas que hacer?

—Lo que yo haga o deje de hacer no es asunto tuyo —volviéndose, echó de nuevo a andar, dispuesta a ignorarlo.

—¿Cómo? —La alcanzó, manteniéndose a su lado—. ¿Ni siquiera sientes curiosidad por saber por qué te estaba siguiendo?

—No especialmente —se bajó sus gafas de sol.

—De acuerdo —continuó caminando junto a ella, sin pronunciar una palabra. De camino, se llevó dos dedos al sombrero para saludar a varios paisanos y esperó. Wade no había sido siempre tan paciente. Durante su primera juventud, había sido famoso por su genio vivo y su carácter violento, pero con los años se había ido atemperando. Y, en ese momento, era él quien llevaba ventaja. Kelly quería desembarazarse de él, y tendría que hablarle o aceptar su compañía.

Finalmente, se detuvo en seco en la acera y lo miró.

—¿Qué es lo que quieres, Wade?

¿Su respeto? ¿Su confianza? Ni él mismo sabía lo que quería de ella.

—No se trata de lo que quiero, sino de lo que quería tu hermano.

—No hagas juegos de palabras con el nombre de mi hermano —le espetó.

Wade sabía que aquel tono tan violento se debía a la herida no cicatrizada de la muerte de Andrew. Había adorado a su hermano, y de hecho había vivido pegada a él durante la mitad de su adolescencia. En aquellos tiempos, cuando los tres solían jugar juntos en el parque, Wade había disfrutado burlándose de ella, la irritable princesita.

Pero después sus caminos se separaron. Andrew dejó de llevar a sus amigos a casa con tanta frecuencia, y Kelly encontró su propio grupo de amigas. Wade y Kelly jamás habrían vuelto a dirigirse la palabra si no hubiera sido por Andrew... y ahora estaba muerto.

—Lo siento. Yo también lo echo de menos —Wade se pasó una mano por el pelo—. Empecemos de nuevo.

—¿Desde cuándo? ¿Desde hace quince minutos? ¿O desde hace dieciocho años?

Se estaba refiriendo al momento en que se conocieron. A sus escasos diez años de edad, Wade había sido el terror del colegio y un matón de primera clase, imitando a su padre, su único modelo masculino por aquella época. Sucedió que unos párvulos perdieron su pelota, que fue a parar justo a sus pies. Nadie se atrevió a pedírsela, excepto la valiente Kelly, con sus cinco años. Ataviada con su immaculado vestido amarillo de volantes, esbozó una sonrisa angelical y recibió a cambio la pelota, murmurando un dulce «muchas gracias». En cuanto a Wade, se había quedado tan sorprendido de su audacia que no había sido capaz de reaccionar de otra manera.

En aquel momento, no se molestó en responder a su pregunta retórica.

—Hablé con tu hermano la misma noche que murió.

—¿Y?

—Me dijo que, si algo llegaba a sucederle, cuidase de ti.

—¿Qué quieres decir con eso de que si algo llegaba a sucederle? ¿Me estás diciendo que mi hermano esperaba tener problemas?

—No estoy seguro. En realidad, parecía más entusiasmado que preocupado. No le pregunté nada en concreto.

—¿Por qué no? —inquirió con tono suspicaz, y Wade se contuvo de esbozar una mueca, porque él mismo se había hecho esa pregunta cientos de veces.

—El salón estaba lleno de gente. Andaba mal de camareras y esperaba que volviera a llamarme después.

Kelly se quedó inmóvil por un momento, reflexionando.

—¿Le has mencionado esa conversación al *sheriff* Wilson?

—No. Pero he hablado con Mitch, el agente Warwick. Hemos quedado en la cafetería para tratar de ese asunto.

—¿Por qué en la cafetería?

—Mira, el *sheriff* Wilson no es precisamente un admirador de la familia Lansing. A los policías no les gusta mezclarse en riñas familiares.

Riñas que sus padres habían mantenido los viernes y sábados de cada semana, invariablemente. Los policías debían de haber pisado aquella casa tantas veces como la cafetería del pueblo.

Se contuvo de mencionarle que el *sheriff* Wilson nunca le había caído bien. Al contrario que Mitch, que le parecía un policía honesto y buena persona. Aquel hombre sí que conocía el significado de la palabra «compasión». Debía de haberlo aprendido de la manera más dura posible, ya que ser indio mestizo norteamericano no era fácil en una región como aquella.

—Si te enteras de algo nuevo por el agente Warwick, ¿me lo dirás?

—Claro —le habría gustado poder ver sus ojos, que nuevamente había ocultado detrás de sus gafas de sol.

—Ah, y no tienes ninguna necesidad de cuidar de mí. Me las arreglo perfectamente sola.

Se desentendió de él como había hecho antes, subiendo de dos en dos los escalones de la clínica de Doc Swenson. Wade estuvo a punto de dejarla en paz. Pero cuando Doc abrió la puerta y salió al porche, intuyó inmediatamente que aquella visita nada tenía que ver con un problema médico.

A sus ochenta años de edad y único médico de Mustang Valley, Swenson dirigía su clínica desde tiempo inmemorial. Los dormitorios del piso superior los había convertido en salas de consulta, y en el antiguo comedor solía realizar autopsias para el departamento del *sheriff*. El pueblo necesitaba desesperadamente un profesional más joven, pero Mustang Valley no parecía ofrecer demasiados atractivos para convencer a alguno de que se quedara.

Doc había visto y ayudado a nacer a la mayor parte de sus habitantes, incluyendo a Kelly y Andrew. Wade recordaba que, cuando tenía trece años, Doc le había curado una pierna rota gratis, ya que sus padres no tenían con qué pagarle. En aquel tiempo, para tratarse problemas más serios de salud, sus padres solían desplazarse a Dallas o a Fort Worth.

Kelly estrechó la mano del doctor Swenson.

—Hola, Doc. Gracias por haber aceptado hablar conmigo. Sé que está usted muy ocupado —al ver que Wade se disponía a seguirla, se volvió hacia él, tensa—. Perdona, pero no recuerdo haberte invitado a acompañarnos.

—Oh, yo prefiero que se quede —intervino el propio Doc, poniéndole una mano en el hombro—. Hace un par de horas, unos chicos tiraron una piedra contra la ventana delantera y me rompieron el cristal —señaló con el pulgar un panel de vidrio roto, provisionalmente reparado con tira adhesiva—. Me sentiría mejor si se quedase contigo. Por si acaso.

Wade asintió.

—Por supuesto, señor —fue su respuesta automática. Sin embargo, le extrañaba que el hombre pensara que Kelly podía necesitar protección contra un par de delincuentes juveniles. Se preguntó si no existiría otro motivo.

Kelly, por su parte, alzó los ojos al cielo como si más bien estuviera solicitando protección divina. Acto seguido se concentró en Doc, ignorando olímpicamente a Wade.

—Muy bien. Quería preguntarle por la muerte de Andrew.

El médico le señaló el columpio del porche.

—Sentaos, por favor. Yo necesito descansar estos viejos huesos a la menor oportunidad que se me presente. Algo que últimamente no se produce con demasiada frecuencia.

Kelly se sentó en el columpio, dejando a Wade suficiente espacio para que no pudieran tocarse. En cualquier otra circunstancia se habría pegado a ella sólo para irritarla, pero no podía hacer eso cuando la veía tan alterada por lo ocurrido con su hermano. De modo que, comportándose, tomó asiento en el otro extremo del columpio.

—Doc, el *sheriff* me dijo que Andrew murió asfixiado por el humo — empezó.

Doc se instaló cómodamente en la mecedora y encendió su pipa.

—Puedes estar segura de que no sufrió el menor dolor.

—¿Lo sabe a ciencia cierta por la autopsia que le ha hecho? —Le preguntó Wade.

—Sí.

Kelly se retorció las manos en el regazo, nerviosa.

—Todavía no entiendo cómo pudo haberse quedado dormido en su escritorio. Cuando hablé con él a medianoche, estaba perfectamente despierto, incluso muy excitado. Al parecer estaba trabajando en algo especialmente interesante.

—¿Te dijo lo que era? —quiso saber Wade.

—No —Kelly se concentró en el médico—. ¿Qué más ha revelado la autopsia?

Doc dio unas chupadas a su pipa y formó un anillo de humo.

—Un vicio muy malo. No os lo aconsejo. Fumar produce cáncer, supongo que ya lo sabréis... —retirándose la pipa de la boca, la miró frunciendo el ceño—. No quise mencionar esto en el funeral, y se supone que tampoco debería contarlo ahora, pero Andrew no falleció de resultas del incendio.

—¿No?

—Murió de una bala en la cabeza.

—Oh, Dios mío... —exclamó Kelly, lívida—. ¿Andrew fue... asesinado?

Capítulo 2

¿Asesinado?

Kelly se dijo que sus sospechas se habían revelado ciertas. Aun así, la impresión fue enorme. Al principio temió desmayarse, pero haciendo gala de una gran fortaleza interior, aspiró profundamente varias veces y se recuperó. Mirando a Doc directamente a los ojos, escuchó sus explicaciones.

—Una bala en la cabeza puede indicar: suicidio, accidente o asesinato —replicó el médico.

—No fue un accidente —intervino Wade—. Andrew no guardaba ningún arma en su despacho. Y es inimaginable que se suicidara.

—¿Por qué ha mantenido en secreto un dato tan fundamental? —Le preguntó Kelly, sin molestarse en disimular su amargura.

—El *sheriff* Wilson no quería que aireara detalle alguno hasta que no se cerrara la investigación.

—¿Es ese el procedimiento habitual?

—No, pero tan poco es tan inusual. Si realmente hay un asesino y el tipo piensa que hemos atribuido la muerte de Andrew al incendio, es posible que se confíe y el *sheriff* pueda atraparlo con mayor facilidad.

—Entiendo —Kelly se levantó, todavía consternada por la noticia y temblando de rabia e indignación—. Pero, por otra parte, no tenía ningún derecho a ocultarle eso a su familia. Creo que el *sheriff* nos debe una explicación. Muchas gracias, Doc.

—De nada. Estoy a tu disposición. Pero ten cuidado. No quiero que te pase nada.

—Estaré bien.

—Yo me aseguraré de que así sea —Wade estrechó la mano del médico y bajó los escalones del porche con ella.

Kelly casi esperaba que Wade intentara convencerla de que no fuera a ver al *sheriff*, pero él se quedó callado, sin pronunciar una palabra.

—¿En qué estás pensando?

—Estoy haciendo una lista mental de toda la gente con la que deberíamos hablar —respondió él.

—¿Deberíamos, dices?

—No voy a dejarte sola en esto.

—Te agradezco que quieras ayudarme, pero...

Wade la tomó del brazo.

—¿No es necesario, quieres decir?

—La verdad es que no estoy muy segura.

Sabía que rechazar cualquier tipo de ayuda no sería prudente. Wade podía serle útil. Conocía un aspecto de la personalidad de Andrew que había mantenido oculto a su familia, y además en el salón podía enterarse de muchas cosas. Aunque, por otro lado, era un hombre muy atractivo, y Kelly no confiaba demasiado en sí misma. Años atrás, de adolescente, se había sentido enamorada de él, pero jamás se había planteado nada serio dado que sus padres siempre habían desaprobado su compañía.

Confiaba ciertamente en el buen juicio de sus padres: por eso mismo se reprochaba el efecto que seguía causándole Wade. Porque, en realidad, le gustaba la manera que tenía de agarrarla del brazo. O la mirada de preocupación que veía en sus ojos. Mezclada con su férrea determinación de mantenerse a su lado, aquella mirada era absolutamente irresistible. Aun así, ni una sola vez desde que lo conocía le había transmitido la impresión de que pudiera estar interesado en ella, aparte de como hermana de su mejor amigo.

Considerando su reacio interés hacia Wade, sabía que debería guardar las distancias. Era el hombre equivocado para ella. Pero estaba decidida a hacerle justicia a su hermano y, para ser justos, tenía mayores posibilidades de éxito si aceptaba su ayuda. Mientras le resultara de utilidad, lo conservaría junto a ella. Pero si se entrometía demasiado o intentaba disuadirla de algo, lo echaría con cajas destempladas. Satisfecha con su plan, siguió caminando a su lado.

Sólo para que no tomara demasiadas libertades, retiró el brazo. Su contacto podía ser simplemente fraternal o caballeroso, pero no le gustaba su propia reacción. Estaba demasiado... susceptible.

—Andrew fue asesinado. Si empiezo a meter las narices donde no me corresponde, el asesino se dará cuenta.

—Me alegro de que estés empezando a ser razonable.

—Yo siempre soy razonable —le espetó.

—Estoy seguro de que eso es cierto... según tu perspectiva.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

Wade no contestó, lo cual la irritó aún más. A veces tenía la sensación de que procedían no sólo de zonas diferentes del pueblo, sino de planetas distintos. Quizá fuera por eso por lo que siempre la había fascinado. Era tan distinto de los chicos universitarios con los que había salido...

—Es igual. Iremos a ver al *sheriff* juntos, ¿te parece bien?

Kelly asintió con la cabeza.

—¿A quién más tienes en tu lista mental?

—En la lista corta, al jefe de bomberos. Los socios de Andrew en Lambert & Church. Debbie West. Y Mitch, el agente del que te hablé.

—Voto por que empecemos con el *sheriff*. Pero he quedado a comer con Cara —miró su reloj—. ¿Y si nos vemos en la comisaría del *sheriff* a las dos en punto?

—¿Qué pasa? ¿Es que no quieres invitarme a comer?

Kelly alzó los ojos al cielo, irritada.

—No te interesarían las conversaciones de chicas.

—Te sorprendería saber la cantidad de cosas que me interesan.

—Hasta luego, Wade —se alejó, despidiéndose con la mano. Sabiendo por experiencia que no existía un recurso más eficaz para librarse de su compañía, añadió—: Además, después de la comida, tengo que hacer algunas compras...

Mientras saboreaban sendas ensaladas de atún en la cafetería Dot's, Kelly puso a Cara al tanto de la conversación con Doc y de la oferta de Wade para ayudarla a investigar el presunto asesinato de Andrew. Procuró bajar la voz para que no la oyera nadie. No por casualidad los rumores en los pueblos como Mustang Valley circulaban más rápido que los correos electrónicos.

—De manera que lo siguiente que haremos Wade y yo será hablar con el *sheriff* Wilson —le dijo a su amiga, encantada con sus progresos y más decidida que nunca a seguir haciendo preguntas.

—Hey, espera un momento... ¿por qué con Wade?

—Él me ha ofrecido su ayuda y yo he aceptado.

—Es con tu amiga Cara con quien estás hablando, corazón. Da la casualidad de que tuviste un enamoramiento con ese tipo desde hace siglos.

—Tuviste es precisamente el tiempo verbal adecuado.

—Ya, claro.

Las dos amigas intercambiaron una mirada de complicidad y se echaron a reír. Kelly no le veía sentido a esconderle nada a Cara. Su amiga podía desaprobársela, o censurarla, pero la apoyaría hiciera lo que hiciera.

Cuando eran adolescentes, los padres de Kelly habían constituido el factor decisivo a la hora de elegir a los chicos con quienes salía. Pero quizá había llegado la hora de reconsiderar su influencia. Después de todo ya no era ninguna niña, sino una licenciada de universidad.

—De acuerdo. Wade sigue teniendo aquellos maravillosos ojos grises. Y, lo admito, todavía queda alguna chispa. Al menos por mi parte. Sin embargo, me sigue viendo como la hermanita de Andrew.

—¿Y eso no te gusta?

—Me gusta el torso que tiene y lo bien que le queda la camiseta —alzó una mano para adelantarse a las protestas de su amiga—. Pero eso no quiere decir que no pueda aceptar su ayuda sin llegar a... comprometerme. Yo no juzgo y elijo a un hombre únicamente por su aspecto.

—Wade no es como esos chicos universitarios con los que sueles salir. Es peligroso. No me gusta la idea de que estéis juntos. Es como poner a un lobo hambriento a proteger a un ternero recién nacido.

—Andrew confiaba en él —replicó Kelly.

—Y mira dónde está ahora.

Kelly no se molestó en disimular el dolor que le había causado aquel comentario.

—No puedo creer que hayas dicho una cosa así...

—Perdona. Es mi instinto de periodista. Utilizar el truco más sucio para ganar una discusión es mi especialidad —con expresión arrepentida, le palmeó

una mano por encima de la mesa—. Pero herir a mi mejor amiga es algo completamente inaceptable.

—Disculpas aceptadas —hizo a un lado su ensalada a medio comer—. Supongo que últimamente estoy demasiado susceptible.

—Es lo normal. ¿Quién no lo estaría después de lo que te ha pasado? Tú no eres tú misma, y esa es una de las razones por las que me preocupa que frecuentes a Wade. Admito que puede serte útil. Conoce a casi todo el mundo, y Andrew y él estaban muy unidos.

—¿Pero?

—Pero en este momento eres especialmente vulnerable. Este último mes y medio ha sido terriblemente duro. Y ya sabes que la reputación de Wade es...

—Dilo.

—Es un hombre hermético, y al mismo tiempo un gran observador. Lo he visto trabajando en ese local que tiene. Puede preparar comida y servir copas y comportarse como si estuviera absolutamente concentrado en su trabajo, cuando en realidad está pendiente de lo que dicen todos y cada uno de sus clientes. Es casi como si oliese el peligro antes de que se produjera. Como si tuviera una antena que lo avisara de que algo anda mal.

—No es una mala cualidad.

—Cierto, pero ese hombre solamente hace caso de sí mismo y gobierna ese salón como si fuera su reino particular. Siempre está al mando. Lo he visto echar del local a borrachos de ciento cincuenta kilos de peso sin sudar una sola gota. O sin recurrir a ese cuchillo que lleva siempre al tobillo.

—También tiene buena puntería —añadió Kelly, recordando la foto que Andrew le había sacado a Wade ganando un trofeo—. Todos los años gana el campeonato de tiro del estado. ¿Pero qué tiene de malo que no necesite de la presencia de un gorila en su local? Andrew dice... decía que siempre se podía confiar en él. Supongo que si surgen problemas, es precisamente la persona adecuada para tenerlo al lado.

—Sí, siempre y cuando no dispare contra ti —Cara tamborileó en la mesa con los dedos—. Las mujeres, mayores y jóvenes, siguen sintiéndose tan atraídas por él como una manada de yeguas por un semental.

—Dame un voto de confianza. No haremos nada que yo no quiera.

Cara la lanzó una sonrisa escéptica.

—¿Y qué es exactamente lo que quieres de él?

Kelly pagó la comida con su tarjeta de crédito.

—Hablaemos de ello mientras me ayudas a elegir mi nueva ropa. Quiero algo... que impresione.

—¿Vas a cambiar de imagen por el *sheriff* o por Wade?

—Dame un respiro. Sé lo que estoy haciendo.

—Claro que sí —Cara miró su reloj—. No tengo mucho tiempo. Algunas tenemos que trabajar para vivir.

—Te encanta tanto tu trabajo que si *La Gaceta de Mustang* no te pagara, serías capaz de trabajar gratis.

—Tengo una entrevista con el alcalde Daniels para preguntarle por su campaña electoral.

—¿Así que no estás preparando uno de tus secretos reportajes de investigación? —le preguntó Kelly.

—Esta semana no. Bueno, ¿qué te parece si te llamo después?

—De acuerdo.

—Y... Kelly.

—¿Sí?

—Ten cuidado.

—¿Quieres dejar de preocuparte? Estaré perfectamente.

Wade se dijo que aquella mujer que lo estaba esperando en la puerta de la comisaría no podía ser Kelly, luciendo aquel vestido tan sensual... Tragó saliva, recordándose que la hermana pequeña de su mejor amigo era territorio prohibido. El hecho de que Andrew no estuviera vivo para refrescarle la memoria no lo autorizaba a olvidarse de ello.

Aun así, mantener la mirada por encima de su cuello le estaba costando más que controlar a sus clientes del salón un sábado por la noche. El efecto de su blusa de encaje con escote en uve y el collar de perlas que se balanceaba entre sus senos bastaba para alborotarle las hormonas.

Suspirando, continuó caminando hacia ella con férrea determinación. Se tenía a sí mismo por un experto en lo que se refería a las mujeres y a su apariencia, pero Kelly lo había dejado noqueado por segunda vez en aquel día. ¿Qué diablos se creería que estaba haciendo? Los muchos años de trabajo en el

bar le habían enseñado a reconocer la personalidad, las intenciones y el humor de una mujer por su manera de vestirse. Kelly siempre vestía ropa clásica, cara y de diseño, como luciendo un letrero que dijese: ¡manos fuera!. Pero la blusa que llevaba en ese momento estaba diseñada precisamente para tentar y seducir. Y a juzgar por el calor que estaba sintiendo en aquel momento en sus partes bajas, él ya estaba suficientemente tentado y seducido.

«Relájate, chico», se ordenó. Kelly seguía siendo Kelly. Ante todo, una dama de la alta sociedad. Sólo la manicura de sus uñas costaba más que su factura trimestral de energía eléctrica.

No tenía duda alguna de que se había vestido así por alguna razón. Y si pensaba distraer al *sheriff* de alguna manera... tal vez no fuera descaminada. Ningún hombre con sangre en las venas podría mirarla sin que se le hiciese la boca agua. Seguía llevando la melena recogida por arriba, pero ahora le colgaban algunos mechones sobre el rostro: uno en concreto, rizado, le caía sobre la ceja izquierda.

Kelly lo saludó con la mano. El movimiento provocó un leve balanceo de sus senos, seguido de inmediato por la mirada de Wade.

—Preciosa —fue su comentario.

Kelly lo miró con un brillo de diversión en los ojos.

—¿Te parece que me queda bien el azul?

—No me refería precisamente a tu blusa.

—Oh —por un instante abrió mucho los ojos, sobresaltada. Pero a continuación, esbozó una sonrisa picara, cargada de peligro—. Bien —lo tomó del brazo.

Wade no supo cómo interpretar que no se hubiera sentido ofendida por su comentario obviamente dirigido a sus atractivos físicos. La deseaba como nunca la había deseado antes. Siempre había sido consciente de su belleza, por supuesto, pero nunca se había planteado un acercamiento. En primer lugar a su hermano no le habría gustado nada, y además siempre había existido aquella infranqueable muralla entre ellos. Sin embargo, la muralla tenía huecos y fisuras. Como el escote de su blusa, por ejemplo...

—¿Vas a decirme exactamente lo que pretendes antes de que entremos? —Le preguntó, ceñudo.

—El *sheriff* Wilson ya piensa que soy una chica frívola —no lo dijo con

resentimiento, sino como constatando un hecho—. Así que me he comprado esta blusa para reforzarle esa opinión sobre mí.

—¿Se puede saber por qué?

—Supón que esté escondiendo más cosas que el hecho de que mi hermano fuera asesinado.

—¿Más cosas? ¿Como cuáles?

Wade no creía que el *sheriff* fuera un ciudadano sin tacha solamente porque llevara una placa. Pero tampoco quería problemas con él. Los agentes de Wilson dejaban en paz al salón y Wade procuraba no darles motivos para que lo fastidiaran.

—No lo sé —entraron juntos en la comisaría—. A eso hemos venido, ¿no? A hacer preguntas.

—De acuerdo —se preguntó si tendría un plan o si pensaría improvisar. Y también se preguntó si aquellos vaqueros tendrían vida propia o si estaba contoneando a propósito las caderas con tanta sensualidad.

Kelly se dirigió directamente al mostrador, aparentemente ajena a la expectación que había generado entre los agentes.

—He venido a ver al *sheriff* Wilson.

—¿Tiene cita previa? —Le preguntó el recepcionista, que no había levantado los ojos de su ordenador.

—No, pero es muy importante que hable con él.

—No lo dudo —el agente alzó la vista, mirándola con detenimiento antes de volver a concentrarse en la pantalla—. Ahora mismo está ocupado, pero si no quiere esperar, puede contármelo a mí.

Inclinándose sobre el mostrador, Kelly insistió:

—Me temo que no me ha comprendido, agente. Es un asunto personal. Mi hermano ha muerto y yo tengo varias preguntas que hacerle al *sheriff*. Estoy segura de que el señor Wilson preferirá con mucho escuchar en privado lo que tenga que decirle. Sin embargo, si usted insiste, podría hacerlo en público...

Wade apretó los dientes, conteniéndose para no sonreír. Kelly acababa de insinuar que disponía de información crucial sobre Andrew, para que el agente le facilitara acceso directo a su jefe.

El agente pulsó el botón del intercomunicador y murmuró algo por el micrófono antes de señalar con el pulgar el pasillo:

—El *sheriff* la verá ahora mismo. Es la tercera puerta a la izquierda.

Vestido de uniforme gris, el *sheriff* Wilson estaba sentado ante su escritorio, con un puro entre los dedos. De unos cincuenta y tantos años, alto y delgado, tenía el rostro curtido y atezado, con el aspecto de alguien que había llevado una vida dura, llena de trabajos.

Su mirada viajó del rostro de Kelly hasta su escote, y allí se quedó hasta que Wade se aclaró la garganta. Kelly lo miró ceñuda y se volvió nuevamente hacia el *sheriff*, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué puedo hacer por ti, Kelly?

—*Sheriff*, sólo quería agradecerle la ayuda que nos ha prestado. Fue muy amable asistiendo al funeral de mi hermano.

—Lamento mucho lo de Andrew.

Wade se preguntó adonde querría ir a parar Kelly con aquella conversación. El *sheriff*, por su parte, parecía impaciente, como si tuviera cosas mucho más importantes que hacer que hablar con ellos.

—Mi hermano... —Kelly adoptó un tono dolido, lastimero—... significaba mucho para mí. Todo el mundo quería a Andrew. Simplemente no entiendo cómo es que alguien pudo querer asesinarlo —abrió su bolso para sacar un pañuelo.

—¿Asesinarlo? —exclamó el *sheriff*—. ¿Quién ha hablado de asesinato?

Wade no dijo una palabra, admirado de la habilidad con que estaba manipulando al *sheriff*. Era una caja de sorpresas. Una verdadera actriz. En aquel momento soltó un sollozo. Su pecho se elevaba y bajaba como un fuelle.

—¿Acaso no le dispararon con una pistola de once milímetros?

—No, de nueve —en el instante en que retiró la mirada de su pecho, tomó conciencia de que acababa de admitirlo todo. Se llevó el puro a los labios y soltó una bocanada de humo, pensativo—. ¿Puedo preguntarte cómo te has enterado de...?

—Quiero saber quién lo hizo.

—Lo estamos investigando.

—*Sheriff*, sé que debe de estar haciendo todo lo posible, pero ha pasado ya un mes y medio. Mis padres se quedarán destrozados cuando descubran que la muerte de Andrew no fue un accidente, y que su asesino aún anda suelto.

El *sheriff* Wilson empezó a sudar. El padre de Kelly era un hombre muy

poderoso en Mustang Valley, y él necesitaba su apoyo para mantener el empleo. Por lo demás, sabía que el hecho de que le hubiese ocultado lo del asesinato de su hijo no iba a gustarle nada.

—Verás... —pronunció, apagando el puro y levantándose del escritorio para darle unas palmaditas en el hombro—... no tiene ningún sentido que les cuente a tus padres lo que sucedió realmente mientras no encuentre al asesino de Andrew.

—Eso sí que no lo entiendo. Su familia lo conocía mejor que nadie. Estoy segura de que podemos serle útiles, y hasta el momento no nos ha hecho ninguna pregunta —Kelly abrió mucho los ojos—. A no ser que nos considere sospechosos...

—Por supuesto que no —repuso el *sheriff*, condescendiente—. A veces es mejor mantener en secreto una investigación. No queremos ahuyentar al sospechoso. Porque queremos atraparlo, ¿verdad?

Kelly hizo un puchero.

—Sí.

—Entonces... ¿me dejarás hacer mi trabajo?

—*Sheriff* —intervino Wade—, creo que a Kelly le gustaría que la mantuviese informada de su investigación.

—Sí, por favor —confirmó la aludida, apretándole las tuercas un poco más—. Eso haría que me sintiera mejor... y me compensaría de tener que esconderle algo tan importante a mi padre.

El *sheriff* Wilson sacudió la cabeza.

—Por desgracia, me resulta imposible compartir los hechos de este caso contigo. Sin embargo, una vez que atrapemos al asesino de tu hermano, Kelly, tú serás la primera en saberlo.

—¿Cuánto tiempo calcula que podrá llevarle eso?

—Ojalá lo supiera. Nada me gustaría más que resolver este caso y encerrar a ese asesino, pero no puedo prometerte nada. Simplemente no tengo ni la menor idea de cuánto durará esta investigación.

Kelly volvió a guardarse el pañuelo en el bolso, sin rastro alguno de lágrimas en sus ojos.

—Gracias, *sheriff*. Supongo que no hay razón alguna para alterar a mi padre. Por el momento. Pero prométame... que utilizará a sus mejores agentes para este caso.

—Absolutamente.

Se despidieron y Wade acompañó a Kelly fuera del edificio.

—Eso sí que ha sido toda una actuación.

Tan pronto como abandonaron la comisaría, dejó de contonear las caderas. Y su voz se volvió áspera, cortante.

—Había esperado sacarle más cosas. Nueve milímetros es un calibre muy frecuente, ¿verdad?

—Sí. Y teniendo en cuenta que estamos en Texas, esa información no nos dice gran cosa.

—Quizá averigüemos algo más en Lambert & Church. Esa será mi próxima visita.

—Eh... Kelly.

—¿Sí?

—¿Vas a volver a cambiarte de ropa?

—Por supuesto —y le hizo un guiño.

Capítulo 3

Kelly no sabía qué socio estaría en el bufete Lambert & Church, pero suponía que cualquiera de los dos se dignaría a hablar con ella... aunque no hubiera concertado una cita previa. Se había puesto el discreto traje de color azul marino que había elegido aquella mañana, con zapatos y bolso a juego, y se había recogido la melena en un moño de estilo formal, recatado. En el tocador de *La Gaceta de Mustang* se había quitado los últimos restos de maquillaje, revisando su apariencia en el espejo. Había conseguido el efecto buscado. Parecía una empleada común y corriente, alguien que podría pasar perfectamente desapercibida.

Con Wade esperándola en la puerta, aspiró profundamente, se apresuró a guardar sus vaqueros y su blusa de encaje en el despacho de Cara y se dirigió a la salida. Grises nubarrones se amontonaban en el cielo, amenazando lluvia. Pasaron por delante de la sede de la campaña electoral del alcalde Daniels, con sus globos blancos atados a los parquímetros y una pancarta ondeando sujeta de un árbol.

—Andrew me decía que eras un figurín, pero yo pensaba que exageraba — bromeó Wade mientras caminaba a su lado.

—La ropa me da confianza.

—Ahora mismo pareces la confianza personificada.

Kelly no podía menos que sorprenderse de la paciencia que estaba demostrando Wade con su investigación. No le metía prisa, ni la agobiaba a preguntas. Al contrario que los hombres con quienes había salido, que la abrumaban a cumplidos, era sobrio y parco en palabras, pero quizá precisamente

por eso sus comentarios la afectaban mucho más.

Y lo mejor de todo era que le estaba dejando la iniciativa.

Wade abrió la puerta del bufete y se hizo a un lado para dejarla pasar. El frío del aire acondicionado le puso a Kelly la carne de gallina. O quizá fuera el hedor procedente del cuarto donde había muerto Andrew. Aunque el despacho había sido remodelado por completo, todavía olía a humo y a quemado. Se dirigió directamente a la recepcionista.

—Hola, Wanda —saludó a la amable mujer que atendía los teléfonos—. Me gustaría hablar con el señor Lambert o con el señor Church, por favor.

—Lo siento, Kelly. El señor Lambert está en un juicio y el señor Church tiene una entrevista con el alcalde Daniels —en seguida añadió con tono triste, dolido—: Lamento muchísimo lo de Andrew. Todos lo echamos mucho de menos...

A su lado, Wade le apretó la mano como si se hubiese dado cuenta de lo difícil que le resultaba hablar de la muerte de su hermano.

—Si hay algo que pueda hacer... —en aquel instante sonó el teléfono, lo contestó y transfirió la llamada—. Si quieres, puedo concertarte una cita para la semana que viene.

Kelly estaba decidiendo un día cuando Lindsey Wellington apareció en recepción. Sabía que la abogada era una de las compañeras de Andrew, pero no la conocía bien. Recién llegada a Mustang Valley, Lindsey llevaba la blusa abotonada hasta el cuello y una chaqueta de manga larga como si todavía viviera en Boston, que era de donde procedía.

—Kelly McGovern —la saludó, estrechándole la mano. Hechas las presentaciones, estrechó también la de Wade—. No esperaba verte tan pronto. Pero por favor, pasad los dos a mi despacho...

—¿Me esperabas? —inquirió, sorprendida.

—¿Qué os apetece tomar? ¿Café, té, soda? —Les preguntó Lindsey mientras la seguían a su despacho. Había fajos de documentos en los armarios y en el suelo. En contraste, el escritorio estaba perfectamente limpio de papeles.

—No, gracias —Kelly respondió por los dos.

—¿No escuchaste el mensaje que te dejé por teléfono?

—Me temo que no.

—Bueno, en cualquier caso, me alegro de que hayas venido —de un armario

sacó una caja de cartón, que dejó sobre la mesa—. Antes de instalarme aquí, este despacho pertenecía a Andrew. Cuando se cambió al otro cuarto, se olvidó de llevarse algunas cosas. Pensé que querías conservarlas.

—Gracias —pronunció Kelly con un nudo en la garganta.

—No hay mucho —el tono de Lindsey, aunque formal, destilaba un matiz de compasión—. Unos cuantos retratos familiares, notas de trabajo, alguna agenda antigua...

Todo aquello era lo único que quedaba de su hermano. No había imaginado que aquella visita sería tan dura. Sentado a su lado, Wade pareció hacerse cargo de lo que le pasaba y retomó la conversación.

—Dime una cosa, Lindsey... ¿tenía Andrew algún enemigo aquí?

La joven abrió mucho los ojos.

—¿En la empresa? No. Todos nos llevamos muy bien.

—¿Y los clientes? —insistió Wade—. Seguro que Andrew tendría como cliente a algún delincuente molesto de que no lo hubiera defendido mejor...

—Es posible. Pero están en la cárcel —la abogada frunció el ceño, mirando a uno y a otra con expresión sospechosa—. ¿Qué significa todo esto? ¿Y cómo es que has venido si no recibiste mi mensaje?

Kelly se recuperó lo suficiente como para volver a hablar.

—Verás, pensamos que ese incendio no fue un accidente —no quiso revelarles que el fuego había sido simplemente una manera de encubrir un asesinato a sangre fría. Si el *sheriff* quería mantener en secreto los detalles de la investigación, respetaría sus deseos. Al menos por el momento.

—¿Estás sugiriendo que fue deliberado? —exclamó Lindsey con su fuerte acento de Boston—. ¿Estamos hablando... de asesinato?

—Sí —admitió Kelly—. Pero, por favor, no se lo digas a nadie. El *sheriff* no quiere que se sepa.

—De acuerdo. A mí siempre me cayó bien tu hermano —pronunció con tono dolido, y a continuación los miró pensativa, como si estuviera a punto de revelarles algo importante, confidencial.

—¿Qué pasa? —inquirió Kelly, con el corazón acelerado—. Si sabes algo que pueda ayudarnos a aclarar el asesinato de mi hermano... cualquier cosa... —le suplicó—... dínoslo.

—Probablemente no debería... daros esto —sacó el cajón del archivador y

utilizó una llave para abrir un compartimento especial—. Andrew estaba trabajando con estos documentos justo antes de morir. Es la copia de un expediente. Creo que lo dejó aquí para que estuviera mejor guardado, pero ignoro por qué.

—¿De qué se trata? —preguntó Wade.

—Es una oferta de contrato para comprar el rancho familiar de la novia de Andrew, a nombre de una empresa, Ranger Corporation.

Kelly se quedó sorprendida. ¿La familia de Debbie se mudaba? Andrew no le había dicho una palabra acerca de ello, aunque casi nunca solía hablarles de su novia, ya que sabía que su familia la desaprobaba. Y debido a esa falta de comunicación, Kelly no tenía la menor idea de por qué aquel documento podía ser tan importante.

Wade revisó los papeles.

—¿Hay algo inusual en esta oferta?

—No que yo sepa —respondió Lindsey, frunciendo el ceño—. Pero quizá debáis hablar con la familia.

—Lo haremos —Kelly se levantó—. Todo lo que nos has contado es absolutamente confidencial. Nadie sabrá de dónde proceden estos papeles. Después de todo, Andrew muy bien habría podido dejárselos en casa.

Pero Lindsey le indicó que volviera a sentarse.

—Hay otra persona a la que podríais preguntarle.

—¿Quién?

—No sé si debería decíroslo —se encogió de hombros, suspirando—. Pero quiero que se haga justicia.

—No quiero comprometerte, Lindsey, pero cualquier ayuda que puedas aportarnos...

—Al fin y al cabo, *La Gaceta de Mustang* informó de ello hace unos meses. En aquel entonces yo todavía estaba en la facultad —apuntó Lindsey—. Andrew representó a Sean McCardel durante su divorcio, el año pasado. Al parecer, el cliente no quedó muy satisfecho con su abogado. Cuando el juez otorgó a su esposa la custodia de los niños, culpó a Andrew. El hombre tuvo un ataque de furia en el juzgado, prometiendo vengarse. Aunque tal vez se tratase de un rumor sin fundamento...

Kelly se dijo que se lo preguntaría a Cara. Si su amiga no había cubierto la

noticia, sabría quién lo había hecho.

—Muchísimas gracias por tu ayuda.

Wade estaba impresionado por la manera que había tenido Kelly de conducir la conversación. Mientras cargaba la caja de Andrew en el maletero de su deportivo, pensó que Kelly había desplegado la dosis exacta de sensibilidad y determinación necesaria para granjearse la simpatía de Lindsey y conseguir su ayuda. Tenía intuición con la gente. Y sabía ganársela para su causa.

Ese día se había enterado de muchas cosas. Sabía por el médico que Andrew no había fallecido en un incendio accidental, sino que había sido asesinado de un disparo. El *sheriff* había admitido delante de ella que el arma era una pistola de nueve milímetros, y ahora Lindsey acababa de proporcionarle nuevas pistas. Y eso que no habían tenido tiempo de revisar la caja de Andrew.

Kelly miró los nubarrones que se estaban amontonando en el cielo.

—Me gustaría cambiarme de ropa antes de ir al rancho de Debbie. ¿Podemos ir en tu camioneta?

—Buena idea.

De esa manera la familia de Debbie no se molestaría viéndola aparecer a bordo de su lujoso deportivo en su pobre y destartado rancho. Además, si estallaba una tormenta y se embarraban los caminos, Wade preferiría llevar su camioneta con tracción a las cuatro ruedas.

—La tengo aparcada detrás del salón.

Diez minutos después estalló la tormenta, pero para entonces ya se habían refugiado dentro. Wade encendió las luces y el limpiaparabrisas y se puso en marcha. Le gustaba Kelly. Y le gustaba especialmente aquel halo de dulzura que envolvía una determinación y una fortaleza de carácter que jamás había sospechado en ella.

La encontraba demasiado atractiva, y se preguntó si no estaría jugando con él al igual que lo había hecho con el médico, el *sheriff* y Lindsey. No le gustaba la idea, desde luego, pero lo que no comprendía era por qué le molestaba tanto. ¿Qué era lo que tenía para atraerlo de aquella manera? Quizá fuera simplemente el último vínculo que le quedara con Andrew, su mejor amigo desde los tiempos del instituto.

—Háblame de Debbie —le pidió ella cuando entraban en la carretera.

La miró rápidamente. Tenía una expresión tensa, preocupada.

—¿Qué es lo que quieres saber?

Con la lluvia repiqueteando en el techo, el ambiente en el interior de la camioneta era íntimo, acogedor.

—El domingo por la mañana, Andrew pensaba traerla a casa a desayunar. No le importaba lo que pensarán nuestros padres. Estaba seguro de su elección, y decidido a casarse con ella. ¿Pero la amaba realmente? ¿O solamente se estaba rebelando contra mi padre?

Eran preguntas importantes, profundas, para las que Wade no creía tener respuesta.

—A mí no me hablaba mucho de ella.

—¿Pero los viste juntos alguna vez?

—La llevaba al salón casi todos los sábados por la noche.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué impresión tenías de ella?

Wade se recordó que ya no podía traicionar a Andrew. Y que lo mejor que podía hacer por su amigo era ayudar a su hermana a hacer justicia.

—Si me estás preguntando si Debbie estaba con Andrew porque procedía de una buena familia y tenía un futuro prometedor, o porque lo amaba realmente... no tengo una respuesta para eso. No lo sé.

—Me estás ocultando algo —se quejó Kelly—. No te estoy pidiendo hechos... sino solamente tu impresión. Alguna opinión tendrías de ella... O del criterio de Andrew a la hora de elegirla...

—Francamente, pensé que habría podido elegir mejor. Pero ya sabes cómo era tu hermano...

—Quería cambiar las cosas, arreglar el mundo.

—Exactamente. Le gustaba sentirse necesitado, y por tanto tenía tendencia a elegir mujeres desgraciadas. Con problemas.

—¿Qué podía necesitar ella de Andrew, aparte de asesoría jurídica con su propiedad?

Obviamente Kelly no sabía casi nada, y Wade se mostraba reacio a revelar los secretos de su amigo. Ante todo, no quería causar más dolor a la familia McGovern. Sin embargo, tuvo que recordarse de nuevo que Andrew estaba

muerto y que hablar de él con su hermana no constituía ninguna traición. Aun así, sabía que su revelación sería traumática, y se preparó para amortiguar todo lo posible el efecto.

—Debbie se había casado y divorciado.

—¿Estás seguro? —inquirió, entre sorprendida y consternada—. ¿Pero cómo podía no saberlo yo? ¿Cómo podían no saberlo mis padres? Mustang Valley es demasiado pequeño y los rumores corren rápido. Mi padre tiene un montón de contactos. Ni siquiera Cara lo sabía, porque en caso contrario me lo habría dicho...

—Según Andrew, Debbie se casó con Niles Deagen después de quedarse embarazada durante su último año en el instituto.

—¿Tuvo el niño?

—Tuvo un aborto. Así que, después de todo, la fuga a Las Vegas y la boda a toda prisa no fueron necesarias. Debbie quería anular el matrimonio, pero Niles se oponía, aunque lo mantenía en secreto para no quedar como un estúpido delante de todo el mundo.

Wade pensó que los problemas parecían perseguir a Debbie. Aunque personalmente no tenía nada contra ella, siempre había tenido la sensación de que, de alguna manera, ella misma se los buscaba. Razón por la cual Andrew la habría encontrado irresistible. Su amigo había tenido una especial debilidad por las causas perdidas...

—No entiendo... ¿Por qué habría quedado como un estúpido si la gente hubiera sabido lo de su matrimonio?

Kelly hizo la pregunta con una inocencia que le recordó de nuevo la vida tan protegida que había llevado siempre. Sus padres se habían asegurado de mostrarle solamente la cara buena y amable de la vida, del mundo. Wade no los culpaba por ello. Kelly tenía una especie de chispa que encendía el optimismo y la buena voluntad de los demás. Veía lo mejor de la gente, esperaba por tanto lo mejor de ella y raramente se veía decepcionada.

—Debbie tenía dieciséis años. Y su marido treinta y ocho.

—Oh.

—Andrew finalmente la ayudó a conseguir el divorcio, reñido y muy amargo. He oído que Niles todavía la quiere, pero es un rumor, no un hecho.

—Niles Deagen... ¿por qué me suena tanto ese nombre?

—Es un petrolero de Dallas, con una especial debilidad por las adolescentes.

—Debbie no es ninguna niña.

—Pero lo sigue pareciendo. Con tan poco pecho, esas caderas tan estrechas y un rostro tan angelical, parece una adolescente.

—¿Crees que Niles pudo haber tenido algo que ver con el asesinato de Andrew? —le preguntó Kelly, suspicaz.

—Eso es una pura especulación —la posibilidad, sin embargo, ya se le había ocurrido a Wade. Más de una vez.

—¿Sabes una cosa? Nunca pensé que descubrir al asesino de Andrew fuera algo sencillo. Pero cuantas más cosas sé, más complejo me parece todo esto. No hago más que añadir sospechosos a la lista, sin haber eliminado a ninguno.

A Wade no le gustaba nada la perspectiva de que Kelly se desanimase. No cuando lo había hecho tan bien hasta el momento.

—Hey, arriba esa barbilla. Apenas estamos empezando. Y hasta ahora has estado genial.

—Quizá debería pedirle a mi padre que contratara a un investigador privado.

—Podrías hacerlo, claro.

—¿Pero?

—Sería un forastero en Mustang Valley, y la gente de aquí no se abre a los forasteros —además, Wade perdería una excusa para pasar más tiempo con ella.

—Supongo que oirás todo tipo de rumores en tu salón.

Era uno de sus típicos comentarios soltados con el tono más inocente del mundo, que le hacían preguntarse adonde quería realmente ir a parar.

—Últimamente hemos estado bastante ocupados. Lo que significa que tengo que encargar un montón de cerveza y preparar una buena provisión de mi chili, famoso en todo Texas. Pásate cuando quieras y te serviré un buen plato. Cortesía de la casa.

—Gracias —de repente, como si la incomodara la perspectiva de pasar algún tiempo con él por otra razón que no fuera Andrew, cambió de tema—. Dime... ¿qué asuntos son los que preocupan más últimamente a la comunidad? ¿Tony Barker tiene alguna posibilidad de derrotar al alcalde Daniels?

—Lo dudo.

—Lo mismo piensa Cara. Por cierto, Tony era amigo de Andrew. Tal vez debería hablar con él.

—Incluso Andrew, por mucho que simpatizara con los más desvalidos, no creía que Tony tuviera la más mínima posibilidad contra el alcalde. Los patrocinadores de Daniels tienen los bolsillos bien llenos, y en estos tiempos que corren el pueblo no está muy interesado por la política local. La gente está más preocupada por el precio de la carne, de la tierra, del petróleo y... —se interrumpió de repente.

—¿Qué pasa?

—Quizá nada —miró por el espejo retrovisor el camión grúa que los seguía, encendidas las luces de alarma—. Es la grúa de Aaron. Probablemente se haya producido un accidente con esta lluvia.

Wade revisó su velocidad: ochenta por hora. La grúa debía de circular a más de cien, ya que se estaba acercando rápidamente. Conducir a esa velocidad con aquel tiempo era una locura. Se apartó, dejando suficientemente espacio para que lo adelantase.

—¡Wade! No quiere adelantarnos —exclamó Kelly, aferrando su cinturón de seguridad y apoyándose en el salpicadero con la otra mano—. ¡Va a chocar contra nosotros!

Wade contuvo un primer impulso de frenar. Un choque a esa velocidad podía resultar mortal. En lugar de ello pisó a fondo el acelerador.

Kelly lo agarró del brazo.

—¿Estás loco?

—No estoy compitiendo con él. Sólo quiero evitar una colisión —por el espejo vio que la grúa volvía a ganar velocidad, y le retiró la mano del brazo—. Déjame conducir.

—Nos está alcanzando otra vez. Yo creía que esta camioneta era rápida.

—Y lo es. Agárrate.

—Me temo que no tengo más remedio —masculló.

Wade sabía que nunca podría alejarse lo suficiente de la grúa. Había tomado conciencia de la amenaza demasiado tarde. Y aquella tardanza de reflejos pudo haberles costado la vida.

De repente dio un volantazo. Los neumáticos chirriaron estrepitosamente, soltando un acre olor a goma quemada. Y consiguió sacar la camioneta de la carretera, inmensamente agradecido de que la tierra de Texas fuera tan plana y tan blanda.

Arrollaron la valla y de repente la camioneta perdió contacto con el suelo. Kelly ahogó un grito. Wade se preparó para el aterrizaje, rezando para que no volcaran. Y para que ambos pudieran sobrevivir al impacto.

Antes de la muerte, supuestamente todas las escenas de la vida desfilaban por delante de uno, en un instante. Pero en lo único que pudo pensar Wade fue en la promesa que le había hecho a Andrew. Había fracasado a la hora de cuidar de Kelly McGovern.

La camioneta aterrizó de golpe, y dieron varias vueltas de campana. Una especie de remolino metálico pareció tragárselos. Hasta que expulsó a Wade fuera del vehículo.

Wade no recordaba cuándo se detuvo la camioneta. ¿Por qué estaba fuera cuando llevaba su cinturón de seguridad? Se hallaba tendido de espaldas, con la lluvia azotándole el rostro. Ignoraba durante cuánto tiempo había permanecido inconsciente, pero estaba calado hasta los huesos y temblando. La tormenta seguía en todo su apogeo, y el cielo se había oscurecido aún más, oculto el sol tras un mar de nubes.

Por un instante se sintió tentado de quedarse inmóvil, descansando. Pero entonces recordó el accidente. Kelly. Tenía que encontrarla.

La boca le sabía a sangre. Se sentó y escupió. A pesar del cinturón de seguridad, el impacto lo había expulsado fuera de la camioneta. Cada músculo de su cuerpo se quejaba de dolor, pero se obligó a levantarse, acercándose tambaleante al vehículo.

Estaba volcado, con el techo aplastado. El cristal del lado del conductor había desaparecido. Temeroso de lo que pudiera encontrar, se agachó, asomándose. Entre la lluvia y la luz mortecina del cielo, por un instante se preguntó si no estaría alucinando.

Estaba vacía.

Sólo para asegurarse, se arrastró dentro. Nada. Tiró del cinturón de seguridad. Estaba suelto. Un extremo había sido cortado con un objeto afilado, dejando solamente algunas hebras que se habrían desgarrado con el golpe. Lo mismo le ocurría al de Kelly.

La posibilidad de que hubiera fallado su cinturón era remota. Pero que hubieran fallado los dos... Evidentemente, alguien había querido matarlos. Un

escalofrío le recorrió la espalda. Salió de la cabina, confuso y asustado. «Piensa». Se ordenó.

Su teléfono móvil estaba inutilizado. Llamar no constituía una opción. El camión grúa no aparecía por ninguna parte. La carretera parecía desierta.

Quizá Kelly había sido expulsada fuera de la camioneta, como él. Tal vez estuviera en algún lugar cerca de la carretera, gravemente herida... o peor aún. Localizó su caja de herramientas y sacó la linterna.

Después de una meticulosa búsqueda, se dejó caer contra el vehículo, desesperado. Nadie había pasado por allí durante todo ese tiempo, y tampoco había encontrado señal alguna de Kelly. Había desaparecido.

Capítulo 4

Aturdida y empapada, Kelly se estremeció en el asiento delantero del vehículo. No recordaba haber subido a ninguno. Ni el nombre de su conductora. Ni nada de lo que le había sucedido desde que salió del bufete Lambert & Church, hacía una hora.

Le dolía la cabeza, y cada vez que intentaba girarla, una punzada de dolor le atravesaba el cuello. Le dolía todo el cuerpo.

La amable conductora de aquel vehículo le había dicho que la había encontrado dando tumbos por la carretera, pero Kelly tampoco se acordaba nada de eso. Dado su estado, llena de magulladuras y completamente empapada, debía de haber sufrido un accidente. Por suerte no padecía una amnesia total. Sabía quién era y recordaba toda su vida, todo excepto la última hora... sin duda debido al golpe que tenía cerca de una sien, con un bulto del tamaño de una pelota de golf.

Kelly examinó su ropa, buscando alguna pista. Desde luego, no se había vestido para montar a caballo. *Jasper* no la había derribado para marcharse en busca de pastos más verdes. Mientras intentaba recordar lo que le había sucedido, el dolor de cabeza se agudizó. Aun así, no cejó en su empeño.

Wade y ella habían estado a punto de... Wade. Algo debía de haberle sucedido. Y de repente lo recordó todo. El camión grúa a punto de embestirlos, la arriesgada maniobra de Wade, el golpe en la cabeza, el despertar bajo la lluvia.

Wade probablemente seguiría en el lugar del accidente.

—Por favor, dé la vuelta.

—Tengo que llevarte a un médico —insistió su salvadora con suave firmeza. A la débil luz del interior del vehículo, pudo ver que era mayor y que tenía el pelo blanco, como un halo en torno a su rostro.

—No lo comprende —de pronto recordó también su nombre—. Peggy, he sufrido un accidente. Y no estaba sola. Tenemos que volver.

Peggy sacó su móvil del bolso.

—Llamaremos a emergencias para que manden a la policía y una ambulancia.

—Pero estamos muy cerca —insistió Kelly, luchando contra un ataque de pánico—. ¿Y si se estuviera desangrando? No puedo marcharme contigo y dejarlo allí sin más. Por favor, da la vuelta.

—De acuerdo, pero yo no he visto ningún accidente —Peggy llamó a emergencias para informar de lo ocurrido—. Cuando te encontré, estabas completamente sola.

El pánico de Kelly se atenuó un tanto cuando dieron media vuelta.

—Wade se salió de la carretera para evitar la embestida del camión grúa... ¿Podrás encontrar el lugar donde me recogiste?

—Lo dudo. Esta carretera es prácticamente igual durante kilómetros y kilómetros. Pero lo intentaremos, querida. Háblame de tu compañero. ¿Es un buen hombre?

—No es mi compañero. Es un amigo de mi hermano, y sí, es un buen hombre —resultaba curioso que hubiera respondido a aquella pregunta de una manera tan automática, sin la menor vacilación. Wade podía tener una reputación más o menos buena, pero era un hombre con el que se podía contar—. Me ha estado ayudando...

«Oh, Dios!», exclamó para sus adentros. Si algo le había sucedido porque precisamente la había estado ayudando, jamás se lo perdonaría. No debería haberlo mezclado en aquel asunto. Las manos empezaron a temblarle tanto que tuvo que sujetárselas mientras escrutaba la oscuridad, rezando para poder distinguir la camioneta. Una luz. Algo.

Intentó decirse que habría experimentado la misma preocupación por cualquier otra persona que la hubiera acompañado, pero no estaba acostumbrada a mentirse a sí misma. Le gustaba Wade. Le gustaba de verdad.

Peggy empezó a aminorar la velocidad.

—Creo que te encontré más o menos por aquí.

Pero aquella parte de la carretera no se diferenciaba de cualquier otra.

—¿Podrías por favor aparcar en el arcén y poner las luces largas?

—Eso estaría bien si supiéramos en qué lado de la carretera tuvisteis el accidente —sugirió Peggy, haciendo de todas formas lo que ella le pedía.

De pronto Kelly estuvo a punto de darse una palmada en la frente, si se lo hubiera permitido su dolor de cabeza.

—¡Claro! Íbamos por el otro sentido de la carretera, saliendo del pueblo.

—¿Estás segura?

—Sí.

—De acuerdo. Seguiremos por este lado durante un par de kilómetros, lentamente. Luego giraremos y volveremos a hacer el recorrido en sentido inverso. Pero si no vemos nada, te llevaré al pueblo, ¿de acuerdo?

Kelly sabía que Peggy tenía buenas intenciones, pero ella estaba decidida a quedarse allí hasta que encontrara a Wade. Asomada a la ventanilla, distinguió un movimiento. Y vio una luz parpadear, varias veces. ¿Sería un faro? ¿Una linterna?

—¡Mira! —exclamó, señalando la luz.

Peggy aminoró aún más la velocidad.

—Es un hombre con una linterna, haciéndonos señas de que paremos.

—Es Wade —estaba demasiado lejos para que pudiera distinguir sus rasgos, pero tenía que ser él. El corazón se le inflamó de alegría. Estaba vivo. Ebria de alivio y emoción, se dio cuenta de que no quería seguir perdiendo el tiempo con estúpidos juegos. Quería llegar a conocer mejor a Wade y, de pronto, revelarle lo que sentía por él era algo que había dejado de tener importancia. Podía y debía hacerlo.

Sin embargo, también temía que su creciente atracción por Wade no fuera más que un medio de seguir aferrada a los recuerdos de su hermano. Eso era algo que entraba dentro de lo posible, teniendo en cuenta lo mucho que había querido a Andrew. Su hermano había sido siempre tan buena persona... No entendía cómo alguien había podido desear su muerte. Pero Andrew, precisamente Andrew, habría querido que ella fuera completamente sincera con su mejor amigo...

Fueran cuales fueran sus sentimientos por Wade... ya no estaba dispuesta a esconderlos. Ni a sí misma ni a él. La vida era demasiado preciosa como para

desperdiciar sus días. O sus noches.

Segundos después Peggy giró de nuevo y se detuvo. Kelly saltó del coche y corrió hacia Wade, con el corazón acelerado.

—¿Te encuentras bien?

—Sí... ahora que ya estás conmigo —respondió, atrayéndola hacia sí.

Tenía la camisa empapada y llena de sangre, pero no dudó en estrecharla en sus brazos. Estaba helado y Kelly se apretó contra él, intentando transmitirle el poco calor que había recuperado en el coche, mientras lo buscaban.

Pensó que su padre debía de haberse equivocado con Wade, ya que estar en el círculo de sus brazos le parecía lo más natural y hermoso del mundo. Quizá había llegado la hora de que empezara a tomar sus propias decisiones. Ya no viviría únicamente para la aprobación de su padre. Era una mujer adulta.

Aquel, sin embargo, no era el momento más adecuado para contarle nada de eso. Ya se lo haría saber más tarde. Wade la abrazó durante unos segundos más, que a ella le parecieron demasiado cortos, antes de apartarse.

—Te he estado buscando desde que me desperté.

—Después de golpearme en la cabeza, me quedé aturdida y no me acordaba de nada. Peggy me recogió caminando por la carretera. Tardé un poco en recuperar la memoria.

—Y luego insistió en que volviéramos para buscarte —terminó de explicarle Peggy—. He telefoneado a emergencias y la policía y una ambulancia están ya en camino. ¿Por qué no esperamos todos en mi coche para que entréis en calor?

Sentada en el asiento trasero del coche, acurrucada contra Wade, a Kelly se le hicieron eternos los trámites policiales. Una vez que se enteró de lo sucedido con sus cinturones de seguridad, debería haberse sentido alarmada. Y cuando el agente les informó del robo del camión grúa, denunciado unas horas atrás, debería haberse sentido doblemente amenazada, vulnerable, pero no fue así. Refugiada en los brazos de Wade, tenía la abrumadora seguridad de que todo marcharía perfectamente y que terminarían encontrando al asesino de Andrew.

Después de que los auxiliares sanitarios revisaran su estado y que ambos se negaran a ser hospitalizados, se enteraron de que otro agente había encontrado el camión grúa carretera arriba, a varios kilómetros de allí. Sin señal alguna del conductor.

El agente Mitch Warwick se ofreció a llevarlos al pueblo. Kelly agradeció a Peggy la ayuda prestada. Una grúa se encargaría de llevarse el vehículo destrozado de Wade por la mañana.

Sin embargo, la principal preocupación de Wade no era su camioneta, sino la seguridad de Kelly. Tal vez estuviera exagerando, pero prefería que se quedase con él, en vez de que pasara la noche en casa de sus padres. Sin embargo, antes de sacar un tema tan controvertido a colación, necesitaba argumentos. Y Mitch, como hombre sensato que era, parecía el tipo indicado para reforzárselos. En el asiento trasero del coche patrulla, le dijo a Kelly, alzando la voz para que Mitch pudiera oírlo también:

—Las preguntas que hemos estado haciendo hoy en el pueblo sobre la muerte de Andrew han puesto lo suficientemente nervioso a alguien... para que haya intentado asesinarlos.

—Mustang Valley no dispone de agentes para vigilaros las veinticuatro horas del día. ¿Habéis pensado en dejar el pueblo? —Le preguntó Mitch.

La tormenta de la tarde había amainado, dejando atrás una fina lluvia y demasiadas preguntas sin respuesta. Wade había creído conocer bien a Andrew, pero si no hubiera sido asesinado, jamás habría sospechado que su amigo pudiera ser capaz de concitar tanta animosidad a su alrededor.

—Yo no puedo dejar mi local —repuso. Aunque tenía un encargado para ocuparse del salón durante su ausencia, necesitaba supervisar su negocio para que marchara bien.

—Y yo vivo aquí —añadió Kelly—. No puedo huir con el rabo entre las piernas. Le debo a mi hermano averiguar lo que sucedió realmente.

Mitch tomó el desvío que llevaba a Mustang Valley.

—Tu hermano jamás habría deseado que corrieras peligro alguno, por mínimo que fuera.

Así que el sensato Mitch creía que Kelly podía estar en peligro también. Aquella confirmación era lo que necesitaba Wade para soltarle su propuesta:

—Kelly, me sentiría mejor si pasaras esta noche en mi casa.

—No lo dudo.

Wade no podía verle el rostro, pero detectó su humor burlón.

—Hablo en serio.

—Y yo.

—Conmigo estarías más segura. Además, no querrás poner en peligro a tus padres, ¿verdad?

—Podría quedarme con Cara —replicó, vacilante, como si hasta ese momento no hubiera pensado en ello y aun así tuviera que tomar una decisión.

—¿Realmente crees que dos mujeres solas no serían un objetivo tentador para nuestro agresor?

—¿Y qué tipo de objetivo tentador sería yo en tu casa? —repuso con tono tranquilo.

Ante su irónico comentario, Mitch reprimió una carcajada y Wade no pudo menos que contener otra. Si la situación no hubiera sido tan seria, habría disfrutado siguiéndole la broma. En lugar de ello, pronunció, pensativo:

—Esto no se trata de ti y de mí.

—Ahora sí que me siento insultada.

Esa vez Mitch sí que se echó a reír. A Wade le parecía increíble que pudiera sentirse desairada cuando, por lo que a ella se refería, tenía las manos atadas. Qué absurdo. Por respeto a Andrew, jamás se le ocurriría ponerle las manos encima. De hecho, si no hubiera tenido tanto frío, en aquel momento no le habría permitido acurrucarse contra él como si fuera una gata mimosa.

—¿Te importaría explicarme eso?

—Si no puedes admitir la innegable química que existe entre nosotros, lo siento, pero las explicaciones sobran.

—Muy bien dicho, chica —la animó Mitch.

—Creo que has oído suficiente. ¿Te importaría concentrarte en conducir? —Le espetó Wade antes de volverse hacia ella—. Por si te has olvidado, alguien asesinó a tu hermano. Y probablemente ese alguien ha intentado matarnos esta tarde.

—Y hemos sobrevivido. Aunque comprendo la necesidad de llevar cuidado, me niego a dejar que un asesino gobierne mi vida —y añadió, al ver que Wade se disponía a protestar—: Mi padre me compró un regalo especial por mi cumpleaños, que llevo siempre en la guantera de mi deportivo.

—¿Sabes usar un arma? —Wade se preguntó si Andrew habría sido consciente de que su dulce hermanita poseía una pistola.

—Está cargada. Mi padre me dijo que lo único que tenía que hacer era apuntar antes de apretar el gatillo.

—¿Nunca has disparado un arma? —inquirió, disimulando su indignación ante la irresponsabilidad de su padre. Sin ningún tipo de práctica previa, la primera vez que empuñara un arma sería un peligro tanto para sí misma como para su atacante.

—Hasta ahora nunca tuve necesidad de sacarla siquiera de su maletín de piel. Yo no suelo codearme con gente que necesite ir por ahí, disparando...

—¿Y yo sí?

Kelly le dio unas cariñosas palmaditas en el hombro.

—Vaya, sí que estás susceptible. Yo no he dicho nada sobre la gente que tú frecuentas. ¿Cómo podría, cuando ni siquiera conozco a tus amigos? Desde que nos encontramos frente a la clínica de Doc esta mañana, me he sentido mucho más a salvo contigo que sola. Por eso acepté tu ayuda en primer lugar. Así que acepto tu oferta, Wade. Sí que pasaré esta noche contigo. Y ahora, dame una alegría y dime que me cederás la cama.

Wade no pudo evitar admirarse de su habilidad. Estaba aceptando su invitación y al mismo tiempo dictando las reglas.

—¿Qué hay acerca de esa innegable química que decías que compartíamos?

—Eso es lo único que vamos a compartir... por esta noche, al menos. No estoy de humor para romanticismos. Tengo un buen golpe en la cabeza y Dios sabe cuántas magulladuras. Ahora mismo lo que necesito es una buena ducha caliente, sábanas limpias y una buena noche de sueño.

—Yo puedo proporcionarte algo mejor.

—¿De veras?

—En mi terraza trasera tengo una bañera con *jacuzzi*. Si no quieres recurrir a mi habilidad como masajista, los chorros se encargarán de hacer el trabajo.

Kelly le hizo un guiño.

—No he traído traje de baño. Aunque supongo que eso no importa, ¿verdad?

La imagen mental de Kelly desnuda en su *jacuzzi* lo excitó de inmediato. Abrió la puerta de la casa del rancho que su tío le había legado junto con el salón, esperando que su interés por su hogar la distrajera de la protuberancia de sus vaqueros, demasiado evidente. Encendió la luz y la reguló para atenuar su intensidad.

—Hogar, dulce hogar.

Kelly giró sobre sí misma, contemplando las paredes forradas de madera, el mobiliario oscuro y los estantes de libros que cubrían todo el muro opuesto al de la chimenea de piedra. Examinó también la única fotografía que tenía de sus padres, y otra en la que aparecía con Andrew. Por último, sonrió al descubrir el precioso jardín de flores que se veía desde la ventana de la cocina.

—Jamás habría sospechado que te gustaban las flores.

—Son muchas las cosas que no sabes sobre mí —repuso, arqueando una ceja.

Indudablemente tampoco sospecharía que había leído hasta el último libro de aquellos estantes. Aunque él había pensado lo mismo de su padre, cuando un día vio la enorme biblioteca que tenía en el despacho de su casa. Pero mientras la colección del señor McGovern se componía de libros bien encuadernados y conservados, los de Wade eran viejos y gastados por el mucho uso que les había dado. No por casualidad habían sido sus fieles compañeros de tantas noches solitarias.

—¿Qué te apetece primero? ¿Comida? ¿Un café? ¿Un baño caliente?

—¿Tienes zumo? —Con expresión curiosa, atravesó el salón y se dirigió hacia las dobles puertas de cristal del fondo—. ¿Es aquí donde guardas tu *jacuzzi*?

—Sí —encendió el aparato de DVD, esperando que la música pudiera apaciguar las traicioneras reacciones de su cuerpo. Lo de fingir que Andrew estaba allí, con ellos, no funcionaba—. En seguida traigo batas y toallas.

Recogerlas sólo le llevó unos segundos, pero tuvo que tomarse su tiempo para apoyarse en la pared del pasillo, cerrar los ojos e intentar sosegar un poco su acelerado pulso. Aspiró profundamente, pero por desgracia el embriagador aroma de Kelly entró por las puertas abiertas como una deliciosa brisa. Recordarse que no la había llevado allí para ningún propósito amoroso o sexual no consiguió enfriar su ardor.

Le habría gustado poder atribuir aquella reacción a la experiencia límite que habían vivido. Pero lo cierto era que Kelly le gustaba desde hacía mucho tiempo. Oyó un chapoteo y se la imaginó sumergiéndose en el agua. No tuvo ningún problema para hacerlo, dado que la había visto nadando desnuda en el lago Half Moon.

Pero bañarse con ella en un lago y hacerlo en un *jacuzzi* eran cosas muy diferentes. Tenerla en su casa significaba que no iba a pegar ojo en toda la noche.

Sin embargo, no había tenido otro remedio. Al menos allí podía ofrecerle un mínimo de protección. La casa disponía de un decente sistema de alarma, y si alguien aparecía, tendría que pasar por encima de su cadáver para llegar hasta ella.

No era muy probable que los atacaran dos veces en el mismo día, pero de todas formas quería estar preparado. Sus buenos puños y el cuchillo que llevaba siempre en el tobillo tal vez no fueran protección suficiente. Con la bata y las toallas bajo un brazo, los vasos de zumo en las manos y la pistola bajo el otro brazo, se dirigió a la terraza trasera.

Las nubes habían ocultado la luna, pero las luces azules de carga solar de la terraza le permitían verla. Tal y como había sospechado, ya estaba en la bañera, con la cabeza apoyada en el borde y los ojos cerrados.

Lo que parecía un mechón de cabello sobre los ojos era en realidad un moratón. Tendría suerte si no se le extendía al ojo durante la noche. ¿En qué había estado pensando? Kelly estaba lastimada, dolorida, y él salivando de deseo cuando lo que necesitaba era atención médica. O, al menos, aspirinas.

—Ahora vuelvo —dejó la bata y las toallas, colocó la pistola cerca de la bañera y volvió a entrar en la casa. Abrió la nevera para sacar un puñado de hielos, que envolvió cuidadosamente en un trapo limpio.

¿Qué más?, se preguntó distraído. Aspirinas. Cuando salió de nuevo, Kelly no se había movido ni un centímetro. Pero sus labios esbozaban una leve sonrisa.

—Esto es el paraíso...

«No», pensó Wade. El paraíso habría sido estrecharla en sus brazos, saborear sus labios, masajearle los hombros. Por un instante estuvo a punto de meterse en la bañera, pero dudó. Aunque no podía ver su cuerpo, el simple hecho de saber que estaba desnuda bastaba para excitarlo.

No quería que supiera cuál era la naturaleza de su reacción, pero disimular su excitación no parecía posible dada la negativa de su cuerpo a colaborar. «Relájate, chico», se ordenó. Intentó ganar tiempo y tomó un sorbo de zumo de manzana. Rara vez bebía alcohol. Con el historial alcohólico de su familia, prefería llevar cuidado. Le entregó su vaso a Kelly.

—Gracias —murmuró con voz ronca.

Cuando sus dedos se rozaron levemente, el calor del cuerpo de Kelly se transmitió al suyo a través de su brazo. Se apartó con rapidez, apretando los

dientes y decidido a guardar las distancias.

—¿No vas a reunirte conmigo? —Le preguntó ella, mirándolo por encima del borde del vaso.

—Uno de los dos tiene que permanecer de guardia.

Kelly bebió un trago de zumo y apoyó el vaso en el borde de la bañera de madera de cerezo.

—A ver si lo entiendo... ¿Estás de guardia por qué crees que voy a atacarte?

Wade se echó a reír.

—Esa posibilidad jamás se me ha pasado por la cabeza.

Pero ante aquella erótica sugerencia, su imaginación empezó a trabajar demasiado. Lo que habría dado porque ella lo atacara... Se la imaginó desnuda, húmeda, resbaladiza, apretándose contra su cuerpo...

Kelly lo miró ceñuda.

—¿Entonces estás de guardia por qué quieres impresionarme con tu... equipo?

Su voz ronca y su dulce aroma le habían hecho olvidarse de que tenía una mente rápida e ingeniosa, aficionada a los juegos de palabras y a los términos de múltiples sentidos. Con la frente perlada de sudor, bebió otro trago.

—Por si acaso te has olvidado, alguien pretende matarnos. No podemos bajar la guardia.

—¿Oh, de veras? —exclamó, escéptica—. Hasta hoy me las he arreglado perfectamente sin ti, y ahora me vienes con que necesitas mantenerte en guardia. Me recuerdas al amante de mi antepasada Escopeta Sally, Zachary Gale, cuando en una ocasión quiso protegerla de los indios.

—¿A qué viene esa obsesión de tu familia con esa antepasada en particular?

—¿Qué quieres decir?

—Andrew me dijo que él quería enamorarse con la misma pasión con que Zachary había amado a Sally.

—Algunas familias tienen entre sus antepasados a reyes y aristócratas. Otros remontan su genealogía a los peregrinos del Mayflower. En mi familia estamos orgullosos de descender de Escopeta Sally.

—La leyenda dice que era una rebelde, una fuera de la ley. ¿Realmente crees que eres una de sus descendientes?

—Sí. Y deja ya de cambiar de tema.

Lo había descubierto.

—¿Yo?

—No te hagas el tonto conmigo. Sabes que encuentro fascinante a esa antepasada mía, así que deliberadamente has intentado distraerme de tu evidente falta de coraje.

Wade se atragantó con el zumo.

—¿Perdón?

—Admítelo. No quieres compartir la bañera conmigo.

—De acuerdo —se encogió de hombros—. No quiero compartir la bañera contigo.

—Ah —tomó un sorbo de zumo—. ¿Y si prometo no morderte?

No contestó con palabras, pero cedió a la tentación de poner las manos sobre sus hombros. Kelly se quedó perfectamente inmóvil, como temiendo que el más leve movimiento pudiera hacerle cambiar de idea. De pie a su espalda, Wade se permitió el placer de masajearle los músculos del cuello y de los hombros. Era como si su piel reclamara su contacto, sus caricias...

—Mmmm —suspiró—. Qué sensación más agradable. No te detengas hasta dentro de una hora.

—¿Y cuando transcurra esa hora... serás pura mantequilla en mis manos? —Se burló.

—Más o menos —agitó el líquido de su vaso—. Por cierto... ¿qué razones tienes para no querer compartir la bañera conmigo?

Por nada del mundo estaba dispuesto a responder a esa pregunta. Retiró las manos de sus hombros, interrumpiendo el masaje. Sus dedos ansiaban acariciar su piel, pero se obligó a recoger los hielos que había envuelto en el trapo.

—¿Dónde tienes ese bulto de la cabeza?

—Aquí —respondió, palpándose la zona dolorida.

—Esto debería atenuar la hinchazón —y le aplicó suavemente la bolsa de hielo.

—Está frío.

—El hielo siempre lo está.

—Prefería el masaje.

—No lo dudo. Luego tendremos que aplicar los hielos al moratón de encima del ojo.

—Pero...

—Piensa en lo mal que te vas a sentir cuando mañana te mires en el espejo y te veas todo el ojo morado.

—Muy gracioso. Mira, hoy pudimos haber muerto. Y como sobrevivimos, he tomado una decisión: la de vivir plenamente —sonrió, tomando otro sorbo de zumo—. Así que... ¿por qué no me besas para que se me quite el dolor?

Capítulo 5

Kelly se despertó, esbozando una mueca de dolor. Mientras se despertaba en la habitación de invitados, donde había dormido sola, evocó lo sucedido la noche anterior... y se arrepintió de su comportamiento. ¿Qué le había pasado a la recatada licenciada universitaria que debería haber dedicado aquel verano a decidir si quería especializarse en Derecho o en Ciencias Empresariales?

No podía dar crédito a lo que había hecho. Y lo peor era que tampoco podía atribuirlo al alcohol. En el coche patrulla, se había hecho de rogar para que Wade la llevara a su casa a pasar la noche, pero él no había respondido a su flirteo de la manera esperada. De forma que había tenido que cambiar de táctica, y jamás en toda su vida se había comportado con tanto descaro.

Aquel baño en el *jacuzzi* la había relajado hasta el punto de acabar con todas sus inhibiciones. Ciertamente, el hecho de que tuviera aquellos impulsos no podía sorprenderla. Lo que la asombraba era que se hubiera dejado llevar por ellos precisamente cuando estaba intentando descubrir al asesino de su hermano. Se sentía culpable por haberse atrevido a seducir a Wade cuando Andrew estaba muerto.

Aunque, por otro lado, su hermano habría entendido perfectamente aquella necesidad de acercarse a un hombre al que apreciaba y respetaba, y sobre todo en su actual estado de alteración emocional. Si Andrew hubiera estado vivo, le habría asegurado que no había nada malo en dar y recibir consuelo. Porque le gustaba Wade, y la manera que tenía de tratarla.

En muy poco tiempo, sus sentimientos hacia él parecían haber experimentado un giro de ciento ochenta grados. Hasta la muerte de Andrew,

Wade siempre la había irritado, pero quizá aquella irritación había escondido en realidad su cerril negativa a reconocer la atracción que existía entre ellos... algo que por fin había reconocido, después de todas las horas que habían pasado juntos. Así que su atrevimiento no había surgido de la nada, sino de una tensión que se había ido acumulando con el tiempo, a la espera del momento adecuado para explotar.

Sin embargo, después de aquel paso tan descarado e insólito en ella, Wade ni siquiera se había metido en la bañera. Se había comportado como un perfecto caballero. Lo maldijo en silencio. Se sentía como una verdadera estúpida. ¿Con qué cara lo saludaría aquella mañana? ¿Fingiría que no había pasado nada? ¿Simularía que su rechazo no la había afectado? Pero eso sería como mentirse a sí misma, negar sus propios sentimientos. Y eso sí que no podía hacerlo.

Pero, por otro lado, había disfrutado tanto llevando la iniciativa en su frustrado intento de seducción, que no estaba dispuesta a renunciar tan fácilmente. El fracaso no era algo que aceptase con facilidad. Y el hecho de que Wade se hubiera resistido con tanto arrojo fortalecía aún más su determinación.

Necesitaba un plan, una estrategia. Y, evidentemente, también ropa nueva. No sabía muy bien qué atuendo suyo del día anterior le había gustado más a Wade: si el formal, el normal o el sexy. Su mirada de deseo había sido la misma, llevara la ropa que llevara. Al recordarlo, no pudo evitar maldecirlo en silencio por segunda vez.

Mientras se sentaba en la cama de matrimonio de la habitación de invitados, se quedó admirada de sus propias ocurrencias. ¿Tanto estaba cambiando, hasta el punto de ponerse a diseñar una nueva estrategia para seducirlo? O quizá simplemente estaba dejando que su verdadera personalidad surgiera, aflorara a la luz. Aquel pensamiento le agradaba y asustaba a la vez. Quizá tenía más cosas en común con Andrew de lo que había sospechado en un principio.

Suspirando, se dirigió al cuarto de baño. La noche anterior, antes de acostarse, había telefoneado a sus padres para avisarlos de que no dormiría en casa. Luego había lavado su ropa interior y la había puesto a secar. El problema era que aún no se había secado y que no había llevado ninguna muda. De manera que no tuvo más remedio que ponerse directamente la blusa y los vaqueros.

Siguiendo el aroma del café recién hecho, llegó a la cocina. Wade estaba balanceándose sobre las dos patas traseras de la silla, leyendo tranquilamente el

periódico. En el instante en que la descubrió, bajó rápidamente *La Gaceta de Mustang* y se inclinó hacia delante, mirándola de arriba a abajo. A Kelly no le pasó desapercibido que sus pupilas se dilataban ligeramente de deseo...

Así que se había dado cuenta de que no llevaba ropa interior. Mejor.

—Buenos días —le sonrió.

—Buenos días.

Si tenía siempre la voz tan ronca por las mañanas o era un efecto de lo que estaba viendo, Kelly nunca lo supo. Satisfecha consigo misma, se acercó al mostrador de la cocina.

—¿Puedo tomar un café o te lo vas a beber todo tú solo?

Wade volvió a hundir la nariz en el periódico.

—Las tazas están en el armario a la izquierda de la pila.

Kelly se dijo que podía seguir fingiendo todo lo que quisiera, pero se había dado cuenta de que no llevaba sujetador. Disimuló otra sonrisa. Estaba teniendo más éxito que si hubiera planeado una estrategia elaborada de seducción.

Se sirvió una taza y se sentó a la mesa, frente a él. Wade le pasó la sección local y se pusieron a leer juntos tranquilamente. Bueno, tranquilamente no. Porque entre ellos reverberaba una evidente tensión sexual, imposible de negar.

—Hoy me gustaría ver a Debbie, en su rancho. Y hablar también con mi familia.

—En mi camioneta no podemos ir, desde luego. O en tu deportivo o... —se interrumpió. Para asombro de Kelly, se había ruborizado.

—¿O? —inquirió.

—O en el caddy.

—¿Tienes un Cadillac?

—Lo heredé de mi tío. En realidad, *Betsy* pertenecía a su esposa. Cuando murió, no pudo desprenderse del coche. Durante todos estos años no lo he sacado del garaje, pero creo que funciona bien.

Kelly estaba impresionada. Un hombre que cultivaba orquídeas en su jardín y sentía un cariño especial por un coche antiguo... ¿quién habría imaginado que Wade era un hombre tan sentimental?

—Pero hay un problema.

—¿Cuál?

—Si sacamos a *Betsy*, no podremos ir de incógnito. Es un modelo de 1955.

—Oh.

—Y mi tía lo hizo pintar de rosa. Rosa chillón.

—Espera un momento. ¿Se trata del mismo coche que solía estar en el tejado de tu salón? —recordaba perfectamente aquel ridículo coche rosa, lleno de globos, que había sido una especie de icono de Mustang Valley durante la mayor parte de su infancia.

—Sí —sonrió—. Pero los inspectores de hostelería nos hicieron bajarlo. Dijeron que podía caerse sobre alguien. Estoy seguro de que al alcalde Daniels no le gustaba nada.

—No sabía que fueras tan sentimental.

—Y no lo soy.

—Lo que tú digas.

—Deja de hacer eso —le ordenó, ceñudo.

—¿El qué? —Kelly abrió los ojos con la expresión más inocente del mundo.

Wade esbozó entonces una de sus irresistibles y traviesas sonrisas que tanto le gustaban.

—¿Cómo puedo discutir contigo si me das la razón?

—Es verdad —alzó la taza hacia él, a modo de brindis—. Pero si crees que con ese bromista comentario vas a conseguir que me muestre en todo de acuerdo contigo, es que no me conoces nada bien.

—Te conozco mejor de lo que crees.

—¿De veras?

—Sé que eres mucho más inteligente de lo que aparentas y de lo que la gente piensa. Y aunque te encanta la moda e ir por ahí como un figurín... el contenido es mucho más importante para ti que la imagen.

—¿Qué más? —inquirió, excitada su curiosidad. ¿Qué mujer podía resistirse a oír hablar a un hombre sobre ella? ¿Sobre todo un hombre como aquél?

—Tienes determinación y coraje. Pero con todo ello envuelto en una apariencia tan femenina, el resultado es que no intimidas a hombres que, en realidad, deberían sentirse amenazados.

—¿Hombres como tú? —Le preguntó, recordando una vez su negativa a la hora de reunirse con ella en el *jacuzzi*.

—Las mujeres como tú me aterrorizan —admitió sonriendo, como si estuviera hablando en broma—. Y ahora te sugiero que dejes de buscar cumplidos y nos

preparamos para irnos. ¿En tu deportivo o en mi caddy?

Kelly abrió su bolso y sacó las llaves.

—Creo que hoy me apetece conducir.

Wade sospechaba que Kelly estaba enfadada con él. Sin embargo, no esperó que subiera a tope la música y lo ignorara durante la media hora que tardaron en llegar al rancho de los West. Lo estaba castigando. Lo estaba castigando porque no se había salido con la suya.

Kelly era inteligente y valiente, pero también una joven mimada y caprichosa. Siempre había pensado que era la clásica mujer destinada a casarse, que jamás se habría permitido una aventura. Su reciente comportamiento le había demostrado lo muy equivocado que estaba. Sin embargo, no estaba dispuesto a dejarse manipular por ella, si su intención era tener una breve aventura con el chico malo del pueblo antes de volver a la ciudad para estudiar su especialidad y olvidarse de él. Ni hablar.

No era que no le hubiese gustado hacer el amor con ella. Habría disfrutado inmensamente. El simple hecho de pensar en ello lo excitaba. Pero al mismo tiempo el también simple hecho de dejarse manipular por Kelly enfriaba todo su ardor. Si le hubiese dado lo que quería, no sólo habría traicionado de alguna forma la memoria de su amigo, sino que se habría vendido a sí mismo por demasiado poco. Que ella necesitase de su consuelo para superar la pérdida de su hermano no significaba que Wade tuviera que menospreciar su propia autoestima en el proceso. Tal vez por sus venas no corriera sangre de la ilustre Escopeta Sally McGovern, pero tenía su dignidad.

Así que refunfuñara todo lo que quisiera. Se bajó el sombrero sobre los ojos y fingió dormir, espiando de vez en cuando el espejo retrovisor. La carretera estaba tan despejada como el cielo de la mañana, sin una sola nube.

Wade nunca había estado antes en el hogar de los West, pero el rancho parecía uno de tantos que salpicaban el Oeste. Pequeños ranchos unifamiliares que no podían competir con las grandes multinacionales que se servían de la tecnología más moderna. Kelly aminoró la velocidad antes de desviarse por una pista de tierra, levantando una nube de polvo. Minutos después se detuvo y apagó el motor. Ninguno de los dos hizo amago de salir hasta que la nube no se disipó.

Poco a poco fueron distinguiendo el patio lleno de malas hierbas, el porche con la pintura que se pelaba a tiras, el desvencijado tejado de tablas. Dos motos oxidadas, con las ruedas desinfladas, estaban apoyadas contra un antiguo granero. Wade no culpaba a los West por vender su rancho. A juzgar por su apariencia, era lo mejor que se podía hacer con él.

Kelly se quedó inmóvil por un momento, contemplando la tierra reseca, ignorando las moscas. Parecía tan fuera de lugar como una princesa de cuento, pero aun así cuadró los hombros y echó a andar hacia el porche. Se notaba que no quería estar allí. Pero también que insistiría e insistiría hasta encontrar las respuestas que necesitaba.

Wade, por su parte, ignoraba cómo les recibirían los West. Las pocas veces que había visto a Debbie había sido en presencia de Andrew. Y la única vez que había visto a Debbie y Kelly juntas había sido en el funeral de Andrew, donde habían procurado guardar las distancias.

Los ladridos de un perro anunciaron su presencia, pero Kelly llamó a la puerta de todas formas. Fue Debbie la que abrió, sujetando a su pitbull por el collar. Llevaba una camiseta, vaqueros cortos y el cabello recogido con un pañuelo. Iba descalza y muy sucia, con su melena castaña cubierta de polvo y alguna que otra telaraña. Sus ojos, tristes y llorosos, hablaban de su sufrimiento.

—Hey, entrad —exclamó, sorprendida de verlos—. Estaba limpiando las ventanas.

El interior de la casa tenía el suelo de baldosas. Una alfombra deshilachada se extendía frente a un desvencijado sofá. Sobre la mesa del salón había un modesto servicio de té. Ni un solo gesto de Kelly reveló que no estaba acostumbrada a un ambiente tan pobre. De hecho, si no la hubiera conocido mejor, Wade habría jurado que se sentía tan cómoda allí como en su propia casa.

Se preguntó por qué le parecía tan sorprendente aquella capacidad de adaptación, cuando el propio Andrew la había desplegado en todo momento y circunstancia. Suponía que todos sus prejuicios sobre Kelly estaban originados por su ropa y por aquel estilo de «mujer especial». Se había dejado engañar por su apariencia al igual que todo el mundo en el pueblo, excepción hecha de su amiga Cara. Debería haberse dado cuenta de que la sagaz periodista valoraba a Kelly por sus cualidades intelectuales. Cualidades que Wade admiraba ahora tanto o más que sus atributos físicos...

—¿Os apetece un poco de té? —Les preguntó Debbie, haciendo gala de la típica hospitalidad sueña—. Acabo de preparar uno esta mañana.

—Gracias —sin demostrar el menor temor, Kelly extendió la mano hacia el hocico del perro para que la oliera, y empezó a acariciarlo lentamente—. ¿Cómo se llama?

—*Brutus* —Debbie pasó a la cocina, colocó una tetera en la bandeja y volvió con ella al salón—. Si sabéis de alguien que pueda quererlo, necesitamos regalarlo antes de trasladarnos. Es un gran perro guardián sin ser agresivo. No puedo llevármelo a mí nuevo apartamento.

—¿Así que definitivamente vais a vender el rancho? —inquirió Kelly, fingiendo un tono de naturalidad.

—Tengo un trabajo en el pueblo —se sentó en una silla, cerca de su perro—. Con el alcalde. Voy a trabajar para el ayuntamiento. Quiere que me encargue de los contactos con los rancheros y la comunidad de granjeros.

—Eso es estupendo —comentó Kelly—. ¿Y tu padre?

—El alcalde también le ha ofrecido un empleo... si es que puede permanecer sobrio —Debbie sirvió el té con hielo—. Antes de morir, Andrew se encargó de gestionar la venta del rancho así como nuestros respectivos trabajos.

—Por eso precisamente hemos venido —apuntó Kelly con tono suave—. ¿Te importaría hablar con nosotros de Andrew?

Debbie la miró entornando los ojos.

—Supongo que no.

—¿Tenía Andrew algún enemigo que tú conocieras? —Le preguntó Wade. Aunque sabía que Kelly era perfectamente capaz de formular las preguntas adecuadas, podía percibir una ligera tensión entre las dos mujeres, casi como si Andrew aún viviera y estuvieran discutiendo por él.

Debbie lo miró con expresión suspicaz, y luego a Kelly. Dejando el té sobre la mesa, se cruzó de brazos.

—¿Qué significa todo esto?

—Ayer Kelly y yo estuvimos haciendo un montón de preguntas en el pueblo acerca de Andrew —le explicó Wade—. De camino hacia aquí, un camión grúa robado nos obligó a salir de la carretera. Mi camioneta quedó completamente destrozada. Creemos que alguien intentó matarnos.

Debbie arqueó las cejas, asombrada.

—¿Por qué estuvisteis haciendo preguntas sobre Andrew?

—Efectivamente —Kelly también dejó sobre la mesa su té, sin apenas probarlo—. Por eso, si hay algo que puedas decirnos, te lo agradeceremos enormemente.

Por una especie de tácito acuerdo, ni Kelly ni Wade quisieron revelar a Debbie que Andrew había sido asesinado. Tanto ella como su ex marido podían estar vinculados con el crimen, y si ese era el caso, Wade no quería que se marchara del pueblo. Al menos no antes de que hubiese averiguado lo sucedido. Dado que no tenía ningún móvil aparente, dudaba que estuviera relacionada con el asesinato, pero podía haber suministrado accidentalmente algún tipo de información a su autor.

—Bueno, Niles, mi ex marido, odiaba a Andrew desde que empezamos a salir juntos. Y el hecho de que Andrew gestionara nuestro divorcio no mejoró las cosas.

—Entonces... ¿Niles se puso muy furioso? —quiso saber Kelly.

—Niles tiene mucho genio —suspiró—, pero no suele ser un hombre violento, si es eso lo que quieres saber. Y, por lo que yo sé, nunca se ha ensuciado las manos con nada.

No añadió más explicaciones. Kelly y Wade sabían que Niles tenía dinero de sobra para pagar a gente que le hiciera el trabajo sucio.

—¿Alguien más? —preguntó Wade—. ¿Qué me dices de tu padre? ¿Andrew y él se llevaban bien?

—Al principio a mi padre no le caía bien, pero cuando Andrew hizo un trabajo tan bueno negociando la venta de nuestro rancho a esos grandes abogados, cambió de idea. Andrew nos consiguió un buen precio y una fecha más temprana para el cierre de la operación.

—¿Te habló mi hermano alguna vez de algún cliente que le guardase rencor, alguna inquina especial? —inquirió Kelly.

—No —respondió Debbie, pero frunció el ceño y apretó los labios, como si estuviera recordando algo que no quería revelar.

—¿Qué pasa?

—Oh, no creo que tenga importancia...

—De todas formas... ¿te importaría decírnoslo? —insistió Kelly.

—Andrew me pidió que no lo contara, pero... ¿me prometéis que no se lo

diréis a nadie?

Wade asintió.

—Te lo prometemos.

—De acuerdo —Debbie vació de dos tragos su taza de té y se dedicó a hacerla girar entre los dedos, nerviosa—. Durante el último año que pasó Andrew en la universidad, se vio involucrado en un suceso bastante desagradable.

Wade miró a Kelly, que sacudió levemente la cabeza indicándole que no sabía absolutamente nada del incidente que Debbie estaba a punto de revelarles. Y él tampoco. Debbie soltó otro suspiro.

—Andrew vio a otro estudiante copiando durante un examen final. El código de honor de la facultad lo obligaba a denunciarlo, pero Andrew se resistía. Sabía que una denuncia de ese tipo provocaría su expulsión de la universidad.

—¿Qué hizo al final? —preguntó Wade.

—Denunció a Jonathan Dixon. La facultad lo expulsó dos semanas antes de su graduación. Y fue bueno que lo denunciara, porque el profesor también lo había visto y sospechaba que Andrew también. Si no hubiera dicho nada, muy probablemente lo habrían expulsado a él también por no haber informado del asunto. El caso es que Jonathan amenazó a Andrew, y el servicio de seguridad universitario tuvo que sacarlo del campus. Pero ya sabéis cómo era Andrew... en lugar de desentenderse, quiso ayudar a Jonathan. Así que le dijo que si alguna vez necesitaba un empleo, fuera a Mustang Valley y preguntara por él.

—Y ese tal Jonathan... —quiso saber Kelly—... ¿apareció alguna vez por Mustang Valley?

Debbie asintió.

—Andrew también le consiguió un trabajo en el ayuntamiento.

—¿Cuándo? —preguntó Wade.

—La semana anterior a su muerte.

¿Una semana? Esa sí que era una extraña casualidad.

—Parece que al alcalde le gusta contratar a gente —comentó, con su cerebro trabajando a toda velocidad. Mustang Valley había crecido tanto que a su salón llegaba cada vez más gente nueva. Y el ayuntamiento se estaba ampliando a marchas forzadas. Entre la campaña de reelección de Daniels y el crecimiento de Mustang Valley, Wade suponía que la plantilla municipal debía de haberse

engrosado mucho, sobre todo con empleados reclutados para trabajar para el alcalde. Pese a todo, seguía conociendo a la mayor parte de los habitantes del pueblo y, por lo que sabía, Jonathan aún no había visitado su establecimiento.

—El empleo de Jonathan es temporal. Sólo hasta las elecciones. Andrew le estuvo buscando algo para después —añadió Debbie, suspirando—. La verdad, a mí Jonathan me parece un chico realmente bueno. No me lo imagino robando un camión grúa e intentando arrollaros.

Kelly frunció el ceño.

—Wade te dijo que la grúa nos había echado de la carretera, no que hubiera intentado arrollarnos.

—Es lo mismo, ¿no? —Se encogió de hombros.

Wade se preguntó si sabría algo más de lo que les había dicho. Por lo demás, su versión acerca de Jonathan resultaba bastante extraña. Y le parecía terriblemente sospechoso que alguien que poseía un buen móvil para vengarse se hubiera presentado en el pueblo precisamente una semana antes del asesinato de Andrew.

—Oh, casi me olvidaba. Jonathan se hace llamar Johnny. Dice que quiere empezar una nueva vida.

—¿Johnny? ¿Un tipo alto, de pelo negro y bigote?

Debbie abrió mucho los ojos.

—¿Lo conoces?

—Sí. Ha estado varias veces en mi local —evocó la última vez que Johnny había bebido demasiado en el salón. Debido a su escandaloso comportamiento, le había pedido que se fuera y el tipo había salido del bar tambaleándose, furioso. Pero en la puerta había tenido una discusión con otro cliente y se había montado una pelea, con el balance de seis sillas y un espejo roto. Finalmente no había tenido más remedio que echarlo a la fuerza y restaurar el orden.

Desde entonces, Johnny no había vuelto.

A Wade le extrañaba que Andrew no se lo hubiera presentado. Justo en aquel momento, al alzar la mirada, se encontró con la mirada acusadora de Kelly, como si sospechara que le estaba ocultando algo. Aun así, por fuerza debía de comprender que no quería decir nada en presencia de Debbie.

Con un gesto de cabeza, le indicó que ya se lo contaría después. No por casualidad formaban un equipo tan bueno y compenetrado. ¿Quién lo habría

imaginado apenas veinticuatro horas antes?

Capítulo 6

—¿Mamá, papá? Ya estoy aquí.

Kelly entró en su casa seguida de Wade, que había insistido en pegarse a ella como una máscara de maquillaje. Sólo que, al contrario que la máscara, no podía quitárselo de encima con tanta facilidad. El resultado era que iba a verse obligada a explicarles a sus padres su desaparición del día anterior... con Wade escuchando hasta la última palabra.

—No grites, querida. Estamos en el comedor.

Molesta de que se hubiese negado a quedarse en su coche mientras subía a recoger un poco de ropa, pasó al comedor. Su madre había hecho pintar recientemente las paredes de un color rojo borgoña, que contrastaba con las molduras crema. La amplia habitación de planta octogonal, con vistas al jardín, era una de las favoritas de Kelly.

Dada la velocidad a la que corrían los rumores en Mustang Valley, a esas alturas sus padres por fuerza tenían que saber que había pasado el día anterior con Wade. Y enterarse del tipo de problemas en que se habían metido no iba a gustarles nada. Intentando sacar el mejor partido de una situación tan incómoda, sonrió de oreja a oreja y tomó a Wade del brazo.

—Mamá, papá. He traído a Wade, pero no tenemos tiempo para comer nada —se inclinó para besar a su padre en la mejilla.

El señor McGovern, dejándose besar, la miró con expresión preocupada. Su madre, una mujer rubia y menuda con los mismos ojos que Kelly, se levantó para sacar dos platos de porcelana de un armario.

—Por supuesto que comeréis algo. Vamos a sentarnos todos a hablar

mientras comemos como una familia civilizada.

—Bien dicho, querida —aprobó su esposo, asintiendo con energía.

Tanto Wade como ella habrían dado cualquier cosa con tal de salir corriendo, pero huir sin darles una explicación estaba descartado.

—Siéntate. Y sírvete —su padre le pasó la fuente de carne a Wade.

—Gracias, señor.

—Darte de comer es lo menos que puedo hacer, dada la protección que estás proporcionando a mi pequeña.

«¿Protección?», se preguntó Kelly, inquieta, volviéndose hacia su madre con expresión interrogante.

La señora McGovern alzó los ojos al cielo. Evidentemente, Kelly los había subestimado a los dos. Decir que su madre era inteligente era no hacerle justicia. Solía resolver los crucigramas del *New York Times* en un cuarto de hora. Su padre siempre le consultaba los detalles de sus contratos petrolíferos, y Kelly sospechaba que habría podido llevar la compañía mucho mejor que él.

Kelly se sirvió también un plato. Su padre se encargó de ofrecerles una copa de 7urdeos.

—Ya sabemos que Andrew fue asesinado —le espetó su madre mientras le pasaba la ensalada.

¿Lo sabían? Kelly estuvo a punto de dejar caer el plato. Miró de inmediato a Wade, que se encogió levemente de hombros, como diciendo: «es tu familia, no la mía». Estupendo. Siempre había evitado los enfrentamientos con su familia por la vía de satisfacer sus deseos. Hasta el momento, su momento de máxima rebelión había sido cuando se pintó los ojos y se maquilló al salir de casa, de camino para el instituto. Estaba tan acostumbrada a la aprobación de sus padres que le desagradaba terriblemente contrariarlos. Normalmente jamás los habría desobedecido, pero la muerte de Andrew había trastornado por completo su mundo, sus valores, sus metas en la vida. Lo prioritario era hacerle justicia.

—El *sheriff* Wilson se lo dijo al alcalde Daniels, que a su vez me lo contó a mí —explicó su padre mientras cortaba su filete—. Tu madre y yo queríamos ocultarte la noticia porque temíamos que te dedicaras a investigar su asesinato, poniéndote así en peligro.

—Que es exactamente lo que has hecho —remachó su madre con una expresión mezcla de compasión e irritación contenida—. ¿Crees acaso que no

nos enteramos de que esa grúa robada provocó vuestro accidente?

—Desde luego, no se os puede esconder nada —murmuró Kelly—. Si lo intenté, fue porque no quería preocuparos.

—Nosotros siempre nos vamos a preocupar por ti —replicó su madre.

—Pero ya no soy ninguna niña.

—La edad no tiene nada que ver en eso. Nos seguiremos preocupando cuando tengas sesenta años —hizo una pausa, con los ojos llorosos, antes de continuar—: Queríamos tanto a Andrew... El dolor de su muerte jamás desaparecerá. Jamás. Estará presente en todo momento, tanto si hablamos de ello como si no —se enjugó las lágrimas con la punta de una servilleta—. Y no queremos perderte a ti también. Simplemente... no podría soportarlo.

Una punzada de culpa atravesó a Kelly.

—Mamá —pronunció con el corazón encogido—, si quieres, ahora mismo podría dejar de investigar...

—Pero es demasiado tarde para eso —terminó Wade por ella, interviniendo en la conversación—. Me temo que Kelly no estará a salvo... mientras no descubramos lo que le sucedió a Andrew.

—Estamos de acuerdo contigo —repuso la señora McGovern, tomando la mano de su esposo—. Por eso mismo queremos enviaros a los dos fuera del pueblo.

—¿A los dos? —inquirió Kelly. Siempre había pensado que a sus padres no les caía bien Wade, y que desaprobaban que Andrew hubiera frecuentado tanto su compañía. Hasta que recordó que pensaban que la estaba protegiendo.

—No queremos que estés sola —le confesó su padre, confirmando sus sospechas.

Afortunadamente para Kelly, nada sabían de sus sentimientos por él. Así que no se molestó en aclarárselo.

Su madre se dispuso a explicarles su plan.

—Contrataremos a un investigador privado...

—Eso no funcionará. Lo sabes perfectamente, mamá. La gente de Mustang Valley no se abre a los forasteros.

—Nuestra primera prioridad es tu seguridad —afirmó su padre, ceñudo.

—Mira, si alguien quiere hacerme algo y yo me marchó... ¿cómo sabéis que no me seguirá? —Vio que sus padres intercambiaban una mirada, alarmados por

aquella posibilidad—. Además, si estoy en peligro, siempre preferiré quedarme en terreno conocido, rodeada de amigos en quienes pueda confiar. Pero, ante todo, mi seguridad dependerá fundamentalmente de que encontremos al asesino de Andrew y lo entreguemos a la policía.

Su padre renunció finalmente a fingir que comía y lanzó la servilleta sobre la mesa.

—¿Has pensado en darle tiempo al *sheriff* para que haga su trabajo?

—Si hasta ahora no ha encontrado nada, dudo que llegue a hacerlo nunca —afirmó Wade con tono firme—. Además, no tengo confianza en él.

—¿Por qué no confías en Wilson?

—Porque nuestro *sheriff* parece más preocupado por la campaña electoral del alcalde que por resolver el asesinato de Andrew.

—¿Es esa la única razón?

—Sí, señor. La única pero suficiente.

—¿Entonces qué sucedió? —inquirió Cara cuando se vio con Kelly en la oficina del periódico, al día siguiente.

—Terminamos de comer sin llegar a un acuerdo —respondió, suspirando—. Cuando nos marchamos, mamá estaba apunto de echarse a llorar y papá parecía... como derrotado. Querían que me marchara de Mustang Valley, pero yo no estoy dispuesta.

—Bien. ¿Y qué pasó después?

—Wade tenía que encargarse de las bebidas en su salón y pagar unas cuantas facturas. Me trajo hasta aquí, me acompañó hasta la puerta y me hizo prometer que no me marcharía hasta que volviese. Vamos a visitar a Jonathan Dixon, el antiguo compañero de estudios de Andrew que ahora trabaja para el alcalde. Puede que nos marchemos también a Dallas, si es que Niles Deagen quiere hablar con nosotros.

—¿Niles Deagen? ¿El petrolero?

—Y ex marido secreto de Debbie.

Detrás de su escritorio, Cara se puso a teclear algo en su ordenador.

—Tengo un expediente suyo. El año pasado estuve investigando un caso relacionando con el negocio del petróleo y salió su nombre a relucir.

Kelly se levantó para ver lo que estaba consultando en la pantalla.

—¿Tienes algo interesante?

—Depende de lo que entiendas por «interesante». Tengo el número de teléfono de la casa de Deagen y la dirección de su último amante. Aquí está. Te sacaré una impresión —mientras esperaba a que la impresora terminara de trabajar, Cara tamborileó impaciente con los dedos sobre la mesa.

La noche anterior, Kelly había estado registrando con Wade la caja con las pertenencias de su hermano. Nada le había parecido especialmente extraño, salvo la gran cantidad de propaganda electoral del alcalde Daniels, lo cual le recordó que tenían que hablar cuanto antes con Jonathan.

—¿Tienes alguna información sobre el alcalde? —Le preguntó a su amiga en un impulso.

—¿Como cuál?

—Su programa de discursos y su agenda electoral podrían ayudarnos a encontrar a Jonathan sin necesidad de hacer muchas preguntas y llamar aún más la atención —Kelly miró su reloj, deseando poder disponer de más tiempo para charlar—. Wade está a punto de llegar.

—Voy a ver lo que te puedo conseguir.

—Gracias, Cara. Ah, casi me olvidaba. Cuando Wade y yo fuimos a Lambert & Church, Lindsey Wellington nos dijo que Andrew tenía un cliente que no había quedado satisfecho con su defensa, cuando perdió la custodia de sus hijos.

—Sean McCardel, ¿verdad?

—Exacto. ¿Sigue viviendo en Mustang Valley?

—No tengo ni idea, pero revisaré los artículos del periódico que puedan mencionarlo. Y mientras esperamos a tener las impresiones... ¿por qué no me cuentas algo de lo tuyo con Wade?

¿Realmente había querido disponer de más tiempo para quedarse a hablar con Cara? En aquel momento no veía la hora de marcharse. A Kelly le gustaba que sus padres y amigos se preocuparan por ella... pero no siempre. En aquel momento, por ejemplo, no. Sobre todo teniendo en cuenta que la noche anterior había resultado un completo desastre. Wade había pasado toda la tarde intentando convencerla de que le dejara resolver el asesinato a él, sin interferencias por su parte. Y su paternalista actitud no había podido irritarla más.

—¿Siempre eres tan curiosa como periodista?

—Yo creía que estaba siendo curiosa como amiga —le espetó Cara, indignada por su comentario.

—Maldita sea, perdona. Lo siento. Me temo que he desahogado mi frustración contigo.

—No te preocupes —la miró con expresión compasiva—. Sé que lo has pasado muy mal.

Kelly era consciente de ello. Estaba terriblemente estresada, y tenía todo el derecho a estarlo. Había perdido a su hermano, alguien había intentado matarla, y Wade y ella... Pero no. Con Wade no tenía ninguna relación que mereciera ese nombre.

—Después de la conversación con mis padres, discutí también con Wade, para colmo. O más bien él me soltó un sermón y yo me negué a hacerle caso.

—Y supongo que terminaríais la discusión haciendo el amor loca y apasionadamente...

—Ojalá —Kelly sonrió ante el sarcasmo de Cara—. Ese hombre es tan testarudo que me entran tantas ganas de abofetearlo como de besarlo.

—Vaya. Quizás deberías acostarte con él y quitártelo de una vez de la cabeza.

—No lo entiendes.

—Pues explícamelo.

—Él no me desea —al ver que se la quedaba mirando con la boca abierta, se apresuró a explicarse—. No, verás. Sí que me desea. Lo que pasa es que no quiere hacer nada al respecto.

—No me extraña que estés frustrada.

—Lo superaré. Tengo un plan.

—¿Qué pretendes hacer?

Justo en aquel momento vio entrar a Wade, pero no le importó que pudiera oírla.

—Estoy planeando un «momento Escopeta Sally».

Cara alzó los dos pulgares.

—Pues adelante, chica. Ánimo.

Wade esperó a que estuvieran a bordo del deportivo de Kelly antes de dar rienda suelta a su curiosidad. Su expresión cuando salió del periódico, como si

se estuviera relamiendo de gusto, resultaba demasiado sospechosa.

—¿Qué es eso del «momento Escopeta Sally»? —Le preguntó mientras se abrochaba el cinturón de seguridad, contento de no conducir para poder observarla mejor.

—Mi antepasada tenía una forma muy particular de relacionarse con los hombres —Kelly se puso las gafas de sol, arrancó y salió a la calle principal del pueblo—. Era una viuda aristócrata que regentó un típico salón del Oeste durante unos cuantos años. Guardaba una escopeta detrás de la barra, pero mantenía a raya a todos esos tipos tan violentos sin necesidad de disparar un solo tiro.

—Eso resulta bastante difícil de creer —Wade llevaba regentando su salón desde los dieciocho años y tenía experiencia al respecto—. Aunque quizá en aquel entonces los hombres fueran más caballerosos que ahora. Aun así, un borracho siempre es un borracho.

—La leyenda dice que Sally solamente disparó su escopeta una vez. Y fue un disparo de aviso para evitar que su amante Zachary Gale se echará atrás en su promesa de casarse con ella.

—¿Y esa es la mujer que tú tanto admiras?

—Absolutamente. Era una mujer que sabía lo que quería y que no vacilaba en conseguirlo. Dado que Sally no tenía un padre que le recordara a Zachary su promesa, tuvo que recordársela ella misma.

Kelly parecía encontrar muy divertida aquella leyenda. O quizá tuviera otra cosa en mente, algo que intentaba mantener en secreto. Por una parte, desde luego, no esperaba que le revelara todos sus pensamientos. Pero por otra le molestaba que se lo ocultara.

Por lo demás, que estuviera pensando en eso cuando lo que debía hacer era concentrarse en resolver el asesinato de Andrew, indicaba una cosa: que Kelly le estaba afectando cada vez más. ¿Qué estaría planeando? Obviamente, no se lo diría hasta que lo juzgara conveniente.

Así que retomó el tema de Escopeta Sally con la intención de poner a prueba su paciencia, al igual que ella había puesto a prueba la suya.

—Si Sally tuvo que obligarlo a casarse con ella, el tal Zachary debía de ser un buen sinvergüenza...

—Oh, por supuesto que sí —repuso Kelly—. A Zach no le gustaban los

compromisos, ni la perspectiva de renunciar a su libertad... al menos eso fue lo que me dijo mi abuela, que a su vez escuchó la historia de la suya.

—Puede que las mujeres de tu familia hayan idealizado un poco las cosas — comentó Wade, soltando una risita.

—Sally se limitaba a ser práctica. Estaba embarazada y el bebé necesitaba un padre.

Kelly parecía defender a su antepasada con una pasión que le hacía sospechar que su entusiasmo tenía menos que ver con aquella anécdota que con el «momento Escopeta Sally» que estaba planeando para él...

De repente una piedra lanzada contra un cristal, seguido del ruido al romperse, atrajo inmediatamente su atención. Distinguió a unos chicos alejándose a toda velocidad de un escaparate roto.

—Gira a la izquierda en la esquina.

Kelly frunció el ceño, pero hizo lo que le decía.

—Pero la sede de la campaña electoral está en...

—Ya sé dónde está. Es que he visto a un par de niños tirando piedras.

Kelly siguió adelante, murmurando que tenía cosas mejores que hacer que dar caza a unos cuantos delincuentes juveniles. Pero Wade creía haber reconocido la mochila verde que llevaba un chico flacucho, de pelo oscuro.

El deportivo dobló la esquina y los chicos se dispersaron.

—Para el coche.

Wade bajó del vehículo y salió disparado hacia el parque. No tardó ni un minuto en alcanzar al chico y agarrarlo de la mochila.

—Maldita sea, Rudy. ¿Tú también formabas parte de ese grupo que estaba tirando piedras? ¿Qué diablos crees que estás haciendo?

—Nada.

—¿A tirar piedras le llamas nada?

Rudy se encogió de hombros.

—¿Vas a soltarme o no?

—No. Ahora mismo vamos a ir a esa tienda. Te disculparás y trabajarás para compensar el daño que has causado.

—¿Y si no quiero? —replicó el hijo del lavaplatos de Wade con tono desafiante.

Sin embargo, pese a sus palabras, temblaba tanto que parecía que iba a

estallar en sollozos de un momento a otro. Rudy no era un mal chico, pero frecuentaba malas compañías. Se irguió, a la espera de su respuesta.

Por supuesto, Wade sabía que la policía no lo asustaba ni la mitad que sus padres. Así que contestó con tono tranquilo:

—Pues entonces se lo diré a tu padre.

El crío pareció encogerse sobre sí mismo, derrotado. Justo en aquel instante apareció Kelly, corriendo.

—¿Qué ha pasado?

—Te propongo otro trato.

Pero Wade ya tiraba de él hacia la tienda del escaparate roto.

—No estás en situación de proponerme nada.

—La señora tal vez no sea de la misma opinión...

—¿Te conozco? —Le preguntó Kelly, mirándolo de cerca. Con aquellos vaqueros y aquella camiseta tan ancha que llevaba, no aparentaba los catorce años que tenía. Wade dudaba que se conocieran.

—Se llama Rudy Waters. Su padre trabaja para mí.

—Yo la conozco a usted —pronunció Rudy con una seguridad que sorprendió a Wade—. Usted es Kelly McGovern, y su hermano se buscó que lo asesinaran... al menos eso es lo que el *sheriff* le dijo al alcalde.

Wade no creía que el chico estuviera mintiendo para escapar del apuro. Al contrario que su padre, gran trabajador, Rudy habitualmente se escabullía de sus deberes y le encantaba escuchar a escondidas. Wade lo había sorprendido haciéndolo varias veces en los pasillos de su salón. Y la gente no se preocupaba de lo que decía cuando había niños delante.

—¿Qué más dijo el *sheriff*?

—Si te lo cuento... ¿me soltarás?

Wade echó mano de su cartera y sacó un par de billetes.

—Eso depende de lo que estés dispuesto a decirme.

—El *sheriff* le dijo al alcalde que Kelly McGovern estaba creando problemas, y que si no llevaba cuidado la asesinarían también.

Kelly abrió mucho los ojos. Wade le hizo un gesto, indicándole que guardara silencio.

Cuando Rudy intentó agarrar los billetes, no se lo permitió.

—Un momento —los puso fuera de su alcance—. ¿Qué más?

—¿Es que no te basta?

—Cuando el *sheriff* decía todo eso... ¿parecía preocupado o más bien era como si estuviera formulando una amenaza?

—No lo sé —admitió—. Estaban hablando en voz baja...

—¿Dónde escuchaste la conversación?

—En la sede electoral del alcalde.

A Wade le habría gustado poder averiguar más cosas. Tal vez el comentario del *sheriff* había sido perfectamente inocente. Aquel hombre podía haber estado legítimamente preocupado por la seguridad de Kelly, sobre todo a la luz del incidente de la grúa del día anterior. Pero sus palabras también habían podido tener implicaciones mucho más siniestras.

—Este dinero es para pagar la ventana que has roto —le puso los billetes en la mano—. Y ahora entra en la tienda y entrégaselo al dueño. Te estaremos vigilando.

—Espera —le pidió Kelly—. Si oyes algo más que pueda interesarnos, te recompensaremos debidamente. ¿Entendido?

Wade sólo esperaba que la codicia del chico no lo pusiera en peligro. Pero Rudy era un chico inteligente, habituado a la vida en las calles, que sabía defenderse. Y un verdadero experto en pasar desapercibido para que nadie se fijara en él.

—Sí, señora, lo entiendo perfectamente. Es normal. Usted tiene muchos más problemas que yo.

Capítulo 7

«Concéntrate en lo que tienes entre manos», se ordenó Kelly, intentando olvidarse de las palabras de Rudy mientras entraba con Wade en la sede electoral del alcalde. Pancartas de colores, cajas con chapas y folletos abarrotaban la tienda de materiales. Tres personas atendían los teléfonos. Una máquina de fax no dejaba de escupir papel. Un hombre sacaba copias en una fotocopidora.

Pensó que un chico como Rudy habría pasado desapercibido en medio de aquel ambiente, y sus palabras volvieron a resonar en su cabeza. ¿Les habría dicho la verdad? Los niños solían dramatizar las cosas. Aun así, se sentía inquieta.

Wade se acercó a una mujer que llevaba una chapa de *Vote a Daniels* en la solapa. La pelirroja alzó la mirada de los anuncios publicitarios que estaba ordenando sobre una mesa.

—Hola, yo soy Rebecca. ¿Han venido para repartir folletos?

—No. Estamos buscando a Jonathan, Johnny Dixon. ¿Está por aquí?

—No. No ha venido hoy.

—¿Sabe dónde podemos encontrarlo?

—No se ha presentado, pero tampoco ha llamado —Rebecca frunció el ceño

—. Y eso es extraño en él.

—¿Tiene su teléfono o su dirección? —inquirió Wade.

—Lo siento. No puedo facilitarles ese tipo de información. Sin embargo, si quieren dejarle algún mensaje, se lo daré cuando llegue.

El alcalde Daniels salió en aquel momento de una habitación del fondo. De unos cincuenta y tantos años, su característico cabello gris y sus ojos verdes de

mirada afable le habían hecho ganar muchos votos. Popular tanto entre la gente del pueblo como entre los rancheros, buscaba salir reelegido por cuarta vez.

Se dirigió directamente a Kelly, tomándole las manos. No estaba muy segura de si aquella mezcla de compasión y calor era sincera, pero aceptó su pésame por la muerte de Andrew como si fuera un viejo amigo de la familia. En realidad, no lo conocía bien. Aunque su padre sí, y Daniels había estado presente en el funeral con la mayor parte de los principales ciudadanos de Mustang Valley.

—Bienvenida, Kelly.

Rebecca los dejó con el alcalde y volvió a sus ocupaciones. Daniels estrechó la mano de Wade con la misma simpatía.

—Hola, Wade. ¿Habéis venido a ofrecer os de voluntarios para mi campaña?

—Me temo que no —respondió Kelly—. En realidad, estamos aquí para pedirle ayuda.

—¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Estamos buscando a un viejo amigo de mi hermano Andrew. Johnny Dixon.

—Un gran chico. Y un gran trabajador —barrió la sala con la mirada—. Me parece que no está aquí, pero Rebecca podrá decirnos a dónde lo ha mandado...

—Precisamente acaba de decirnos que no se ha presentado.

El alcalde continuó buscando a Johnny con la mirada, casi como si estuviera actuando. Kelly tuvo la sensación de que sabía de sobra que no estaba allí. ¿Tendría alguna razón para mentirles?

—Esperábamos que usted pudiera facilitarnos su número de teléfono y su dirección —se aventuró a pedirle. Al ver que vacilaba, insistió—. Como era amigo de Andrew...

—Lo sé —dejó de sonreír—. Andrew me lo presentó, pero... no iréis a hacer nada peligroso, ¿verdad?

—¿Se ha enterado de lo que nos pasó ayer en la carretera? —Le preguntó Wade.

—Sí. El *sheriff* duda que fuera un accidente, y ambos estamos muy preocupados por vuestras actividades de detectives aficionados. Una muerte sin resolver en nuestro pueblo siempre es un acontecimiento... desagradablemente escandaloso. No necesitamos para nada una reputación de violencia. No es

bueno para los empresarios que están pensando en invertir aquí, y tampoco para mi campaña.

—Vaya, alcalde. Lamentaría profundamente que mi asesinato afectara negativamente a su campaña —murmuró Kelly.

—Mira, no quería parecer tan frío, y tú lo sabes. No quiero que te pongas en peligro. ¿Por qué no le dejas hacer su trabajo al *sheriff*?

Parecía preocupado. Pero era un político consumado, y Kelly pensó que debía de tener la voz tan entrenada como la de un actor. Se obligó a mantener un tono ligero:

—Yo sólo quería hablar con Johnny sobre la facultad de Derecho, donde quiero hacer mi especialidad. Me han aceptado para el semestre que viene.

—Felicidades —Daniels recuperó su sonrisa.

Una vez más se preguntó si aquella sonrisa era sincera.

—Siempre confié en que Andrew me asesoraría en mis estudios universitarios, pero...

Dejó la frase sin terminar, sin sentirse en absoluto culpable de intentar manipularlo. Tenía una obligación: la de hacerle justicia a su hermano. Y, por el momento, todo el mundo era sospechoso.

Wade le pasó un brazo por los hombros con gesto protector.

—No te preocupes. Todo saldrá bien.

El alcalde se acercó entonces a un fichero.

—Supongo que a Johnny no le importará que le facilite su dirección a la hermana de un viejo amigo suyo —fue pasando las fichas hasta que encontró la que buscaba—. Vive en el 22 de Mustang Road, apartamento 1C. es el edificio de ladrillo de la esquina, frente a la gasolinera.

—Gracias —Wade le tendió la mano.

Daniels se la estrechó.

—El número de teléfono de Andrew figura en la guía, pero os ahorraré la molestia de buscarlo —sacó una nota de papel y se lo apuntó.

Kelly la dobló y se la guardó en un bolsillo.

—Muchísimas gracias.

—Espero que encuentres lo que andas buscando —ya se retiraba cuando se detuvo en seco, volviéndose—. Ah, Wade...

—¿Sí, señor?

Esa vez utilizó un tono mucho más duro.

—Mantenla alejada de la investigación del *sheriff* Wilson.

—Lo intentaré, señor.

Kelly miró a uno y a otro, maravillada.

—¿Os habéis olvidado del siglo en que estamos? Hace ya tiempo que las mujeres conseguimos el derecho al voto.

—Por supuesto —repuso el alcalde—. Y yo cuento con el tuyo.

A Wade no le gustaban los políticos. Y Daniel menos aún. No confiaba en él.

Mientras regresaban al coche, Kelly sacó del bolso el teléfono móvil que le habían entregado sus padres antes de salir de casa. Wade no los culpaba por querer estar en permanente contacto con su hija, y se recordó que debía conseguir otro, ya que el suyo había quedado destrozado en el accidente. Lo malo era que entre sus obligaciones con el local y la investigación del asesinato de Andrew, no le quedaba mucho tiempo libre. Y Wade no tenía ningún familiar que se preocupase por él.

Su madre se había separado de su padre cuando todavía era un niño, marchándose de casa. Su padre no había dejado de beber hasta que un cólico se lo llevó a la tumba. Unos tíos lo habían acogido, intentando educarlo, pero para entonces ya estaba acostumbrado a una completa libertad y a obrar a su antojo. Ahora se arrepentía de lo mal que se lo había hecho pasar. Después de su fallecimiento en un accidente, había heredado el salón Dale, y probablemente eso lo había salvado. Se había visto obligado a asumir la responsabilidad de un negocio, bajo riesgo de fracasar y morirse de hambre. Y había trabajado duro para salir adelante. Desde entonces, jamás se había tomado más de un día libre a la semana.

Kelly desdobló el papel con el número de teléfono de Johnny y lo marcó. Se llevó el aparato al oído y esperó durante unos segundos hasta que lo cerró, suspirando.

—¿No responde? —inquirió Wade.

—Ni siquiera tiene contestador ni buzón de voz —sacó las llaves de su bolso y se las lanzó—. ¿Te importaría conducir?

—Claro que no. Será un privilegio conducir un deportivo como el tuyo.

—Qué gracioso.

Se dirigieron a las afueras del pueblo. Las casas estaban cada vez más espaciadas y finalmente se desviaron por una pista de tierra. Cuando se detuvieron frente a una verja de alambrada, Kelly pareció salir de su trance. Wade se bajó del coche para abrirla.

—¿Dónde estamos? ¿A dónde me has llevado?

—Dado que Mustang Valley carece de campo de tiro, pensé que podríamos practicar aquí.

—¿A quién pertenece esta propiedad? —Le preguntó, divisando a lo lejos los postes de alambrada y una especie de cobertizo en un extremo.

—Es mía.

—¿Piensas construirte un rancho?

—No me hace ninguna ilusión arruinarme, pero mi padre tenía muchos proyectos para este solar. Fue lo único que me legó y casi no tiene ningún valor. Pero de todas formas pago los impuestos correspondientes para conservarlo.

—Tú nunca hablas de tu familia —le comentó Kelly.

A Wade no le pasó desapercibido su tono de interés.

—No hay mucho que decir. No llegué a conocer a mi madre, o al menos no la recuerdo. Se marchó y no volvió más. Mi padre era alcohólico, y bebió hasta que se murió.

Detectó un brillo de emoción en los ojos de Kelly antes de que desviara la mirada hacia el horizonte.

—¿Entonces no tienes tíos, tías? ¿A nadie?

—Uno no echa de menos lo que nunca ha tenido —lo último que quería era despertar su compasión o hablarle de los tíos que lo habían educado. Encendió de nuevo el motor y entró en el rancho.

Kelly se dijo que, evidentemente, no quería profundizar en el tema. Echando hacia atrás la cabeza, cerró los ojos. Una leve sonrisa asomó a sus labios. Wade habría dado cualquier cosa con tal de adivinar sus pensamientos.

Enfiló hacia el cobertizo que su padre había levantado cuarenta años atrás. La estructura necesitaba una mano de pintura, pero el verano anterior había reparado el tejado. La puerta era resistente y estaba cerrada con un candado, aunque no era gran cosa lo que escondía: unas pocas armas con munición, una vieja silla de montar y cajones llenos de trastos que no se había molestado en tirar.

—¿Así que vas a darme lecciones de tiro?

Aquella misteriosa sonrisa asomaba de nuevo a sus labios. Se preguntó por lo que la divertiría tanto.

—Espero que nunca tengas que usar la pistola que te regaló tu padre, pero al menos deberías saber utilizarla.

—Estoy de acuerdo.

Al menos no parecía importarle que estuviera retrasando la investigación. Aparcó el coche frente al cobertizo, abrió el candado y empujó la doble puerta. Kelly se asomó al interior, curiosa, con su melena dorada brillando al sol. Wade se dijo que si se hubiera tratado de cualquier otra mujer, habría considerado seriamente la idea de sacar la manta que guardaba en uno de los cajones, extenderla sobre la hierba y...

«Alto ahí». Se recordó que era la hermana de Andrew. Intocable, por tanto.

—¿Por qué no sacas tu arma de la guantera? —Le sugirió, afectado ya por su perfume. Un aroma que le recordaba a flor de naranjo y a piel fresca, humedecida por la lluvia. A una tórrida noche de verano, cuando estuvieron viendo una película con Andrew, los tres, al aire libre, mientras comían palomitas. Sus labios habían tenido entonces aquel mismo tono rosado. Y habían sido igual de inalcanzables...

Mientras él hacía acopio de cartones de zumo y de leche vacíos para utilizarlos como blancos, Kelly fue al coche a por su arma. Agarró la pistola del cañón, con dos dedos, frunciendo la nariz como si le diera asco.

Wade se sonrió. Era tan dulce y femenina que aquel arma de frío metal parecía en sus manos un objeto extraño y absurdo, una nota discordante con su imagen.

—Esa pistola es una Beretta semiautomática de nueve milímetros.

—¿Entonces es buena?

—Sí. Y tengo mucha munición de ese tipo.

—¿Quieres decir que vamos a dispararla más de una vez? —Se estremeció visiblemente.

—¿Por qué no te gustan las armas?

Kelly alzó la mirada al cielo con gesto impaciente.

—¿Quién ha dicho que no me gusten?

Wade revisó el seguro y sacó el cargador lleno de balas. Echó un vistazo a la

recámara, confirmando que estuviera vacía. A continuación volvió a concentrarse en ella.

—Necesitaremos material protector.

—¿Material protector? —inquirió, ceñuda—. ¿Temes que pueda dispararte?

Riendo, le tendió unos protectores para los oídos.

—Toma.

Los aceptó tan reacia como si acabara de entregarle una serpiente viva.

—Me voy a despeinar.

—¿Realmente no tienes ninguna gana de disparar esa pistola, verdad?

—Bueno, se me ocurren cosas mucho mejores que hacer —susurró con tono seductor.

¿Cosas mejores? ¿Como hacer el amor sobre una manta, en la hierba?

Se le quedó la boca seca. Aunque no sabía si lo había dicho en broma, prefirió ignorar su comentario. Tomándose su tiempo para tranquilizar su acelerado pulso, se pasó una mano por el pelo.

—Mira. Puede que alguien esté intentando matarnos, pero aunque no fuera así, es peligroso ir por ahí con un arma cargada, sin saber utilizarla.

—De acuerdo —se puso los protectores—. No necesitas ponerte tan serio conmigo.

¿Serio? Ciertamente estaba un poco susceptible, sobre todo con las imágenes que le había evocado su anterior comentario...

—Lo primero que debes saber es que, incluso con el arma descargada, siempre hay que apuntar hacia el suelo. Tratar el arma como si estuviera cargada.

—Entendido.

—Esto es el seguro. Colocado en esta posición, no puedes apretar el gatillo.

—Entendido.

—Muy bien. Esto es el cargador. Introdúcelo en el arma.

Necesitó tres intentos pero al final consiguió cargar la pistola. En dos ocasiones estuvo a punto de caérsele al suelo. Pero al menos no había dejado de apuntar hacia abajo.

—Retira el seguro.

—Bien. ¿Y ahora qué?

—Apunta al cartón de zumo, pero no aprietes el gatillo.

—De acuerdo —lo apuntó bruscamente. A Wade le recordó en seguida a un

esgrimista a punto de asestar una estocada.

—Vas a disparar con ella, no a apuñalar a alguien.

Kelly arqueó una ceja, lanzándole una mirada irónica.

—Vaya, ¿cómo he podido olvidarlo?

—Mira a través del punto de mira del extremo del cañón.

Alzó la pistola, pero a continuación la dejó caer.

—Pesa mucho.

—Utiliza las dos manos.

—Dime tú cómo se hace —le pidió, tendiéndole el arma.

—Así.

Kelly lo intentó de nuevo, pero puso mal las manos.

—Espera un momento —le colocó una mano debajo de la otra. Tenía la piel suave, exquisitamente cálida. Y el pulso acelerado.

—Bien. Ahora aprieta el gatillo.

Cerró los ojos y obedeció. El retroceso fue tan fuerte que cayó hacia atrás, sobre el trasero, y a punto estuvo de soltar la pistola. Furiosa, se quitó los protectores y se levantó de un salto, sacudiéndose los pantalones.

—No me avisaste de que terminaría aterrizando sobre mi...

Wade reprimió una carcajada. Sabía demasiado bien que una nueve milímetros no tenía tanto retroceso, y que simplemente no había guardado bien el equilibrio. Kelly lo fulminó con la mirada.

—Me va a doler. Y ahora tengo una mancha en mis vaqueros.

—Sobrevivirás. Vuelve a ponerte los protectores e inténtalo de nuevo. Esta vez yo te sostendré.

—Bien. Pero si me vuelvo a caer, la clase ha terminado.

Se colocó a su espalda y ella se apoyó contra su pecho, con el cabello rozándole la mejilla. Su embriagador aroma lo envolvía por completo. Fue entonces cuando Wade se dio cuenta de que estaba en problemas. La postura era demasiado íntima y sus cuerpos estaban demasiado cerca.

Con la espalda contra su pecho, y su trasero haciendo contacto con su sexo, la excitación era inevitable. Apretó los dientes mientras Kelly alzaba el arma. Le estaba rozando una mejilla con la suya. Con el pelo le hacía cosquillas en la oreja. Y su aroma le aceleraba el corazón a una velocidad insoportable.

—Esta vez no cierres los ojos.

—¿Por qué no?

—Porque si los cierras no sabrás si has acertado a tu objetivo —pronunció con voz más ronca de lo que le hubiera gustado. Incluso las manos habían empezado a temblarle.

—¿Y cómo sabré si no soy yo el objetivo?

Otra vez estaba haciendo juegos de palabras a su costa. A esas alturas, no sabía ya ni lo que quería: si hacerla volverse para darle un beso o volverse él y salir corriendo.

—Lo sabrás —le aseguró.

—¿Y ahora qué?

—Aprieta el gatillo.

—Bien.

Disparó. Una y otra vez. Las balas impactaron en la hierba sin que ninguna llegara a hacer blanco en el cartón de zumo. Cuando se le acabaron, se giró entre sus brazos, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Lo hice! ¡Lo hice!

Su entusiasmo era contagioso, pero Wade sacudió la cabeza.

—Pero si no has acertado al blanco.

—Todavía no. Pero ahora sí —y lo besó en los labios, echándole los brazos al cuello y quitándole el aliento. Tenía los senos apretados contra su pecho, y sus caderas parecían encajarle perfectamente en las suyas.

Con una mano enterrada en su pelo, lo urgió sensualmente a que le devolviera el beso, lo que hizo de forma automática, refleja. Hizo sencillamente lo que su instinto masculino, tan antiguo como el tiempo, le ordenaba que hiciera.

Estaba asombrado. Aquella mujer sí que sabía besar. Lo tentaba, seducía, le mordisqueaba los labios, se abandonaba a sus caricias... Una densa sensación de felicidad lo anegó por dentro. Estrecharla en sus brazos era un puro placer. Era tan dulce, tan suave y tan... tan poco adecuada para él...

La apartó de sí, mirándola ceñudo.

—¿En qué diablos estabas pensando?

—Estaba pensando que un único beso no es suficiente.

No le gustaba la manera en que había reaccionado, con aquella irrefrenable pasión.

—Un único beso... —endureció su tono—... es ya demasiado. No te he traído aquí para eso.

—¿De veras? —Lo fulminó con la mirada—. Bueno, yo no sé tú... pero yo sí que he acertado mi objetivo.

—Esto es serio.

Kelly se guardó la pistola en la cintura de sus vaqueros.

—¿Cuándo te he dado a entender yo que no lo es?

—Me refería a lo de que aprendieras a usar un arma.

—Oh, por el amor de Dios... Dame más munición.

Sacó el cargador a la primera y cargó las balas sin que él le hubiera enseñado a hacerlo. Luego lo metió como una experta, se puso los protectores, se giró en redondo y disparó. El cartón de zumo saltó en el aire, y en el aire lo acertó de nuevo una, dos veces.

—¿No me habías dicho que tu padre no te había enseñado a usar un arma?

—Claro, porque no fue él. Fue Andrew.

—Y tú dejaste que creyera...

—Lo que tú querías creer.

De modo que todo aquello había sido un pretexto para conseguir que le pusiera las manos encima. Presa de una confusa mezcla de enfado y admiración, alzó las manos, rindiéndose.

—Muy bien, muy bien. Tú ganas.

Capítulo 8

—¿Qué es lo que gano? —Le preguntó Kelly con un brillo de felicidad en los ojos.

El beso de Wade había sido fantástico. Estaba tan entusiasmada que le costaba trabajo seguir la conversación. Pero, de alguna manera, no pensaba que las palabras pudieran tener importancia en aquel momento. No con aquel fuego brillando en los ojos de Wade e incendiándole directamente el corazón.

Besaba de maravilla, como un ángel. Pero aun así se contenía. Quizá se sintiera culpable por haber sobrevivido en lugar de Andrew, como al principio le había pasado a ella. A veces sus reacciones ante Wade la hacían sentirse egoísta. Pero la muerte de su hermano había sido un duro golpe, y no tenía nada de malo que Wade y ella profundizaran su creciente amistad... Algo que, con toda seguridad, Andrew habría aprobado.

—Ganas el premio a la mujer que mejor besa de todo el condado.

—¿Y? —Lo desafió, consciente de que tenía intención de rechazarla de nuevo.

Aunque ya empezaba a sentirse decepcionada, se consolaba pensando que cada vez le resultaba más difícil resistírsele. Eso era más que evidente.

—Y ya es hora de que llamemos de nuevo a Johnny —le recordó él.

Lo maldijo en silencio. Otra vez le estaba echando la investigación sobre la muerte de su hermano a la cara, como un arma arrojadiza. Allí estaba ella, flirteando con el mejor amigo de Andrew, mientras su hermano descansaba en la tumba. Pero no. Andrew habría querido que viviera, que siguiera adelante con su vida. Por esa razón, entre otras, no se arrepentiría de haber besado a Wade.

Jamás.

Además, si los sentimientos de Wade eran al menos la mitad de intensos que los suyos, no sería capaz de resistirse durante mucho más tiempo. Sacó su móvil. Mientras llamaba, él se dedicó a recoger y a guardar los cartones de leche y la munición de la pistola.

—Johnny sigue sin contestar.

—Bueno, pues tenemos dos opciones —volvió a cerrar la puerta, asegurando el candado—. Podemos ir a Dallas a hablar con el ex marido de Debbie West o volver al pueblo y esperar a que Johnny aparezca.

—Es muy tarde para ir a Dallas. Además, supongo que sería necesario concertar una cita previa. Un hombre de negocios como Niles estará muy ocupado, y es posible incluso que se encuentre fuera de la ciudad.

—De acuerdo. Nos volvemos a Mustang Valley.

Le gustaba el carácter de Wade, y la facilidad con que le dejaba tomar determinadas decisiones. Otros hombres, se habrían sentido amenazados por ella. Kelly nunca había tropezado con un hombre tan seguro como él, y al mismo tiempo tan poco necesitado de demostrarlo a cada momento. Su autoconfianza le permitía tratarla como a un igual. Le gustaba la manera que tenía de hacerla sentirse apreciada, valorada. Y deseada.

Tal vez todavía tuviera fuerzas para resistirse, pero la deseaba, eso estaba claro. Durante su beso, había sentido su excitación presionando contra su vientre. Pero no entendía los motivos que tenía para ponérselo tan difícil. Se preguntó si le habría hecho algún tipo de promesa a Andrew, en vida. O quizá todo fuera más sencillo. Quizá simplemente la deseaba, pero no le gustaba lo suficiente. Una posibilidad que no era en absoluto de su agrado.

Sin embargo, Wade podía haberse callado la boca cuando ella intentó tirarle de la lengua, y no lo hizo. Le había hablado de su familia, sin extenderse en detalles. Convencerlo de que le contara las razones que tenía para rechazarla no sería fácil... pero no iba a amilanarse por ello. Aunque sospechaba que parte de su resistencia tenía que ver con el hecho de que fuera la hermana de Andrew, ignoraba sus motivos exactos. Wade era un hombre al que merecía la pena comprender. Y ella estaba dispuesta a hacer mucho más que comprenderlo...

—¿En qué piensas? —Le preguntó él mientras volvían al pueblo.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Tienes una sonrisa tan misteriosa... Como si estuvieras disfrutando de un delicioso secreto y te faltara poco para estallar en carcajadas...

—¿De veras? Pues entonces tendré que llevar más cuidado —replicó, nada afectada por su observación. En realidad, el hecho de que la estuviera observando con tanta atención y haciéndole ese tipo de preguntas demostraba que su táctica estaba funcionando. Y no veía nada malo en reflexionar sobre su relación a la vez que seguían investigando la muerte de su hermano. Pensar en Andrew todo el tiempo era tan triste y desesperante que necesitaba un respiro. Por lo demás, estaban haciendo todo lo posible por encontrar al autor de su asesinato.

—¿Y bien? ¿En qué estás pensando ahora? —insistió Wade.

—No creo que quieras saberlo —replicó, excitando aún más su curiosidad.

—No te lo habría preguntado si no quisiera saberlo.

—De acuerdo. Estaba pensando en ti.

—¿Podrías precisar un poco más?

—Estaba pensando en tu reacción durante el beso —al ver que la miraba con los ojos muy abiertos, añadió—: ¿Lo ves? Te dije que no querrías saberlo. A pesar de esta estúpida imagen idealizada de las sureñas, las mujeres también pensamos en el sexo.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres incorregible?

—Quizá sea por eso por lo que no tengo novio... —suspiró.

—No es eso lo que yo he oído. Andrew me dijo que habías dejado un reguero de corazones rotos por todo Texas.

—A Andrew le encantaba exagerar. Pero él sí que entendía a las mujeres.

—¿Estás insinuando que yo no?

—A mí no me entiendes.

—En eso estamos de acuerdo.

—Maldita sea —exclamó, frustrada—. ¿Por qué tienes que hacer eso?

—¿El qué?

—Estar de acuerdo conmigo.

—¿Quieres discutir?

—Te muestras de acuerdo conmigo siempre que quieres que me calle.

—Bueno, eso siempre es mejor que la alternativa, que no sería otra que besarte.

Aquello fue como añadir el insulto a la frustración.

—Vaya. No sabía que besarme fuera una perspectiva tan terrible... ¿Te importaría decirme por qué?

Wade se echó a reír, y demasiado tarde se dio cuenta Kelly de que se había estado burlando de ella. Sin embargo, seguía deseando que respondiera a su pregunta. Así que permaneció en silencio, a la espera.

No tuvo suerte. En lugar de satisfacer su curiosidad, Wade prefirió concentrarse en el asunto que tenían entre manos:

—¿Por qué no pruebas a llamar otra vez a Johnny?

Johnny seguía sin contestar, así que se dirigieron de nuevo a la sede electoral del alcalde Daniels. Nadie lo había visto ni sabido de él en todo el día. Kelly estaba a punto de renunciar. Después de haber pasado la tarde con Wade, se sentía cansada pero animada a la vez. Nada le habría gustado más que la hubiese invitado a cenar a su casa. De esa manera habría podido doblegar su resistencia un poco más. Quizá mucho más.

Era una lástima que no fuese políticamente correcto utilizar las tácticas de Escopeta Sally. Kelly no tenía ninguna duda de que su antepasada lo habría encañonado con un arma con tal de hacerle reconocer que la deseaba. Pero por muy atrayente que le resultara la idea, no creía que tales extremos fueran necesarios: al menos no después del apasionado beso que habían compartido.

Vaya. Se excitaba sólo de recordar aquel beso. Porque por muy tranquilo y distante que fuera el comportamiento de Wade, a ella no la engañaba. Química, deseo, atracción: todo eso existía detrás de la tensión física que reverberaba entre ellos.

Lo que todavía no sabía era si albergaba algún sentimiento por ella. Cada cosa a su tiempo.

—Vayamos al apartamento de Johnny —le propuso Wade.

Parecía decidido a toda costa a encontrar al «amigo» de Andrew. Salieron de la sede electoral hacia una zona residencial de las afueras. Las calles tranquilas y las casitas con jardines donde jugaban los niños parecían desmentir la idea de que Johnny se hubiera presentado en el pueblo con algún malvado propósito.

Su piso se hallaba en un moderno edificio de ladrillo, donde ocupaba una de sus cuatro unidades. Wade aparcó el coche y se dirigieron por el sendero hacia la puerta principal. No había luz en las ventanas.

Kelly se puso alerta. De todos los sospechosos de su lista, Johnny era el principal. Como nadie contestaba, Wade llamó con más fuerza.

Nada. La puerta de Johnny permanecía cerrada, pero el vecino abrió la suya. Era un joven delgado, de veintipocos años, con gafas gruesas. Llevaba un niño en los brazos. En el suelo, otro pequeño se agarraba a su tobillo.

—Perdone si lo he molestado —se disculpó Wade.

—No se preocupe. Los tabiques son tan finos que se oye todo. Por eso Johnny es tan buen vecino. Es muy tranquilo.

—¿No sabrá usted por casualidad dónde podemos encontrarlo?

—Vamos, papi, vamos —reclamó el pequeño, al que debía de haber estado cargando a hombros.

—Ahora mismo, cariño —lo levantó con el otro brazo—. No tengo ni idea de dónde ha ido, pero usted es la segunda persona que me pregunta hoy por él.

Disimulando su sorpresa, Kelly le preguntó con naturalidad:

—¿Quién fue la primera?

—El *sheriff* se pasó por aquí a eso de las tres. Le dije lo mismo que les estoy diciendo a ustedes. No he visto a Johnny en todo el día. Me temo que no les estoy ayudando mucho...

—Gracias de todas formas —dijo Wade, y se volvió para marcharse. Kelly, sin embargo, no se movió.

—Usted ha dicho que no sabía a dónde había ido —aquello era como dar palos de ciego, pero lo intentó de todas formas—. ¿Cómo sabe que se ha marchado a alguna parte?

—Cuando salí a recoger el periódico, lo vi metiendo un saco de dormir en el maletero del coche. Iba a haberme quedado a charlar con él, pero el niño se puso a llorar y tuve que entrar de nuevo.

—De acuerdo. Gracias otra vez —Wade le tendió una de sus tarjetas—. Si vuelve, ¿le importaría pedirle que me llamara?

—Claro, no hay problema —y se despidió, cerrando la puerta.

Habían llegado a un callejón sin salida. Kelly se preguntó por lo que habría hecho Cara en su lugar. Su amiga jamás se daba por vencida: por eso era una periodista tan buena. Habría llamado a otras puertas, molestando a todos los vecinos.

—Quizá deberíamos preguntar al resto de la gente del edificio —sugirió.

—Buena idea. Por cierto, menos mal que te diste cuenta de que Johnny se había ido a alguna parte. Has estado estupenda.

—Gracias.

A Wade no le importaba que a ella se le hubiera ocurrido algo y a él no. De hecho, parecía encantado de que llevara la iniciativa de la investigación. Hasta ese momento, Kelly no se había dado cuenta de la frecuencia con que había disimulado su inteligencia, o sus habilidades intelectuales, delante de otros hombres. Había aprendido muy pronto en la vida que a los hombres les gustaba creerse los más listos. Y había dejado que se lo creyeran, pero al hacerlo había renunciado a una parte de sí misma, que ahora echaba de menos. Con Wade era distinto, porque no solamente no se sentía amenazado por su inteligencia, sino que la estimulaba a que la usara.

Se dirigieron a la otra fachada del edificio y llamaron a la primera puerta. La abrió una anciana de pelo blanco y expresión desconfiada.

—No quiero comprar nada.

—No somos vendedores, señora —le explicó Kelly, sonriendo—. Queríamos preguntarle si sabe a dónde se ha marchado su vecino, Johnny Dixon.

—No sé nada de él —y cerró de un portazo.

—Muy bien —pronunció Kelly, sin darse por vencida—. Probemos con el último apartamento.

Wade llamó a la puerta, pero no hubo respuesta.

—Parece que hemos agotado todas las posibilidades.

—Podemos intentarlo mañana —sugirió Kelly mientras caminaban por el sendero, de vuelta al coche.

Pero se detuvieron en seco cuando un viejo Mustang aparcó justo delante de la puerta del último apartamento donde habían llamado. Bajaron un hombre y una mujer. Parecían enfadados, como si hubieran discutido. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas, y él un gesto hosco, ceñudo. Decididamente, no era el mejor momento para abordarles con preguntas. Aunque tal vez no volvieran a tener otra oportunidad...

—Perdóneme, señor —Kelly le lanzó su mejor sonrisa—. Estoy buscando a Johnny Dixon.

—Usted y hasta la última zorra de este pueblo —repuso el hombre, desdeñoso.

Al percibir la tensión de Wade, le tomó una mano y se la apretó, indicándole que se tranquilizase. Como lo que quería era información, dejó pasar el insulto.

—¿Quiere decir que Johnny ha estado con alguien además de...?

—Sí. Así que tendrá que guardar cola detrás de mi mujer —y entró en la casa. Aparentemente, su esposa conocía a Johnny mejor de lo que le habría gustado.

Rubia, guapa, ataviada con un elegante vestido, la mujer se detuvo como si no quisiera seguir a su marido al interior de la casa. Mirando a Kelly, alzó la barbilla.

—No me importa lo que piense Kevin. Está celoso de cada hombre con quien hablo.

—¿Así que ha hablado usted con Johnny? ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?
—Al ver que vacilaba, insistió—. Por favor, es importante...

—Se ha marchado esta mañana.

—¿Le dijo a dónde? —inquirió Wade.

—Sí. Me dijo que se iba a Fort Worth, y que si volvía, seguramente sería para hacer las maletas y marcharse para siempre —la mujer soltó un suspiro—. Probablemente sea lo mejor. Si se hubiera quedado, Kevin, mi marido, y Johnny habrían acabado a tiros. Pero no hay nada entre nosotros. Lo juro.

—¿Johnny tiene un arma?

—Sí. Es la única cosa que Kevin y él tienen en común...

El cerebro de Wade trabajaba a toda velocidad mientras Kelly daba las gracias a la vecina. La tomó de la mano y fingió dirigirse hacia el coche hasta que la mujer se metió en la casa.

—¿Por qué no me esperas en el coche?

Kelly lo miró con expresión desconfiada.

—¿Es que quieres deshacerte de mí?

Maldijo su sagaz inteligencia, que parecía leer todos sus pensamientos. Necesitaban más pistas, pero en aquel momento sólo veía una manera de conseguirlas.

—A no ser que estés preparada para allanar una propiedad, te sugiero que hagas lo que te pido —le dijo en voz baja.

—¿Vas a entrar en el apartamento de Johnny? —Le preguntó con un brillo de

excitación en los ojos, mezclado con cierta desaprobación.

—Esa cerradura no vale nada.

Wade se sacó una navaja del bolsillo trasero del pantalón. Con ella abrió la puerta del apartamento de Johnny con tanta facilidad como si fuera una llave. Entró y se asomó al salón. A juzgar por el aspecto de los muebles, debían de haber estado incluidos en el alquiler. La diminuta cocina estaba impecablemente limpia, como si nunca la hubieran utilizado.

—Si vas a entrar, será mejor que te des prisa antes de que te vea alguien —le sugirió a Kelly.

Hizo lo que le decía y cerró la puerta. Pero se quedó donde estaba, sin avanzar un paso.

—¿Qué estás buscando?

—Cualquier cosa que pueda estar relacionada con Andrew, o que pueda indicarnos a dónde se ha marchado Johnny. Y también me gustaría echar un vistazo a su arma, si es que se la ha dejado aquí.

Pasó al dormitorio para registrarlo. La ropa de Johnny estaba colgada en el armario, y la ropa interior guardada en los cajones. Sobre una mesilla había un montón de libros de derecho. Pensó que, evidentemente, debía de haber salido con intención de volver para recoger sus cosas.

Buscó por todas partes, incluso debajo del colchón, pero no encontró ni rastro del arma. Tampoco había notas sobre la mesilla, ni diarios. Ninguna pista. Una rápida revisión en el cuarto de baño reveló un frasco de aspirinas y otro de champú medio vacío. No había maquinillas ni hojas de afeitar. Ni cepillo de dientes.

Probablemente había pensado pasar la noche fuera y regresar al día siguiente.

—Wade.

—¿Sí? —Salió del dormitorio y se reunió con ella en el salón.

—He escuchado los mensajes —Kelly le señaló el contestador telefónico—. Hay uno del *sheriff* y dos de la sede electoral preguntando dónde está. Ahora escucha esto —pulsó un botón.

—Johnny, soy Lindsey Wellington, de Lambert & Church. Llámame de inmediato. Es importante.

Kelly se inclinó para leer la fecha del mensaje.

—Lo dejó anoche. Creo que Johnny lo recibió y se olvidó de borrarlo —miró

a Wade—. ¿Has encontrado el arma?

—No.

—Yo tampoco. Quizá se la haya llevado. O quizá la guarde en su coche, como yo. ¿Salimos ya de aquí?

Wade miró su reloj.

—Si nos damos prisa, podremos encontrar a Lindsey en Lambert & Church antes de que termine su turno. Me gustaría saber para qué asunto tan importante llamó ayer a Johnny.

Pero cuando llegaron, no parecía que Lindsey Wellington fuera a marcharse pronto. Tenía el escritorio lleno de notas y parecía muy ocupada. Aun así los saludó con una afable sonrisa.

—Wade, Kelly... Precisamente iba a ponerme con el papeleo de la venta de la propiedad de los West. Era un asunto de Andrew, pero sé que estaba preocupado por los detalles. Supongo que es lo menos que puedo hacer por su prometida y por su familia. Entrad, por favor. Sentaos. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Gracias. Verás, estamos buscando a Johnny Dixon —Wade fue directamente al grano—. ¿Tienes alguna idea de dónde puede estar?

—Pues sí. El trabajo de Johnny en la campaña electoral del alcalde sólo es temporal. Andrew confiaba en conseguirle un empleo permanente en el ayuntamiento, pero no hubo suerte. Resulta que el otro día me llamó una amiga de Fort Worth para comentarme que su empresa estaba buscando a alguien que tuviera formación jurídica, y yo le hablé de Johnny.

—¿Podrías facilitarnos la dirección de esa empresa? —Le preguntó Wade.

—¿Vais a ir a Fort Worth a buscarlo? —exclamó, sorprendida—. ¿Tan importante es lo que queréis hablar con él para no esperar a que vuelva?

Wade intercambió una mirada con Kelly. En silencio, la estaba consultando sobre la conveniencia de revelarle a Lindsey que Andrew había sido asesinado. Y que uno de los principales sospechosos era Johnny Dixon.

Pero Kelly no respondió a Lindsey, sino que le preguntó a su vez:

—¿Cuál era la actitud de Johnny hacia mi hermano?

—¿Qué diferencia puede suponer eso ahora? —Se puso a pasear por el despacho, como ordenando sus pensamientos—. Solamente los vi juntos dos veces. Una aquí, en Lambert & Church, y otra cuando estuvieron comiendo en

Dot's. Andrew lo trataba como si fuera una oveja descarriada. Parecía coleccionar a gente que necesitara ayuda...

—¿Y Johnny? ¿Qué actitud tenía hacia Andrew? —insistió Kelly.

—Si lo que me estás preguntando es si lo asesinó...

—¿Quién ha hablado de asesinato?

—Bueno, he oído ciertos rumores de que...

—Claro. Después de todo, estamos en Mustang Valley —Kelly se encogió de hombros—. Los rumores corren como el rayo.

—Johnny estaba desesperado por conseguir trabajo. Incluso tuve que prestarle dinero para gasolina, para ir a Fort Worth.

—Así que no se quedará a pasar la noche en un hotel —reflexionó en voz alta Wade. Pero entonces... ¿por qué se había llevado su cepillo de dientes?

Lindsey dejó de caminar de un lado a otro y se inclinó sobre su escritorio.

—Ahora que me acuerdo, la compañía que iba a entrevistarle se ofreció a pagarle una noche de hotel.

—Es extraño que se marchara sin dejar recado en la sede de campaña del alcalde —masculló Kelly, recordando los mensajes grabados en el contestador. Uno de ellos, por cierto era del *sheriff*, que también se había dejado caer por su apartamento.

—Dime una cosa, Lindsey... ¿Qué opinión te merece a ti Johnny? —quiso saber Wade.

—Evidentemente, jamás lo habría recomendado si no me hubiera parecido un trabajador convenientemente cualificado...

—Me refería a si todavía... guardaba algún tipo de resentimiento contra Andrew.

Lindsey cruzó los brazos sobre el pecho.

—Yo no leo el pensamiento de la gente.

—Pero tendrás una opinión, ¿no? —presionó Kelly.

—Mi opinión es que bajo una presión extrema, una persona es perfectamente capaz de perder el control.

—¿Y Johnny estaba a punto de perderlo?

—Soy abogada, no psiquiatra.

—No estás declarando en un tribunal, Lindsey. Por favor. ¿Hay algo más que puedas decirnos al respecto?

—Lo único que sé es que Johnny estaba arruinado y preocupado por su futuro —rebuscó entre sus notas y sacó un papel—. Esta es la empresa que se ofreció a entrevistarle, con el nombre y el número de teléfono de mi amiga.

—Gracias —Kelly tomó el papel y se dispuso a salir del despacho.

—Oh, una cosa más.

—¿Sí?

—Por favor, avisadme si lo encontráis. Estoy un poco preocupada —admitió Lindsey.

—¿Por qué? —Quiso saber Kelly.

—Me prometió que me telefonaría después de la entrevista, para contarme cómo fue. Y no he vuelto a tener noticias suyas.

Capítulo 9

A Kelly había dejado de remorderle la conciencia por disfrutar tanto de la compañía de Wade, aunque todavía sentía ocasionales punzadas de culpabilidad por estar viva, al contrario que Andrew. En cualquier caso, estaba haciendo todo lo posible por encontrar al asesino de su hermano. Además, Andrew habría querido que viviera la vida en su plenitud, aprovechándola a tope. Y eso era precisamente lo que pretendía hacer.

Si Johnny no volvía a Mustang Valley al día siguiente por la mañana, para trabajar en la sede electoral, Wade y Kelly tenían pensado levantarse temprano y salir para Fort Worth. Suspendida momentáneamente la investigación, Wade la invitó a probar su famoso chili, en su casa. Kelly contribuyó con pan de ajo y el postre, un exquisito pastel de mantequilla y azúcar moreno con nueces y helado.

Después de fregar los platos, Wade llamó por teléfono a su encargado del salón y Kelly se dedicó a disfrutar nuevamente del *jacuzzi*, en la terraza, mientras seguía dándole vueltas a su plan de seducirlo. Apoyó la cabeza en el borde, cada vez más relajada. Se le endurecían los pezones cada vez que pensaba en la posibilidad de que Wade se reuniera con ella en la bañera, una sensación que no podía ignorar. Sobre todo en aquel preciso instante, cuando podía verlo sentado en el columpio de la terraza, a un par de metros escasos de ella.

Tenía la mirada clavada en el horizonte. Kelly sabía que evitaba deliberadamente mirarla, y por la tensión de la mandíbula habría jurado que también estaba apretando los dientes. De vez en cuando se tiraba del cuello de la camiseta, como si le apretara demasiado. Evidentemente estaba mucho más inquieto de lo que quería aparentar.

¿Qué habría hecho Escopeta Sally en su lugar? Fingir ahogarse para que se metiera en la bañera con ella? Rió entre dientes al imaginarse la situación. O quizá habría sacado su arma para obligarlo a que se desnudara y dejar que la naturaleza siguiera su curso... Soltó una maldición.

—Te he oído maldecir —le informó Wade, burlón—. ¿Sabía Andrew que soltabas tantos tacos?

—Andrew era mi hermano. El mayor, el protector. Siempre me veía como una niña, y no como una mujer con personalidad propia —recogió un poco de agua en la palma de la mano y la dejó escurrir entre los dedos—. Andrew no parecía tener en cuenta que me gustaba, y me gusta, que me besen, que me acaricien, que me persigan...

—Yo no tengo ningún interés en perseguirte —replicó Wade con una mezcla de diversión e irritación.

—Qué pena —dio un manotazo en el agua, salpicándolo ligeramente.

Wade alejó su silla unos centímetros más.

—¿Por qué?

—Porque después de nuestro beso, supongo que si hiciéramos el amor, sería algo... maravilloso.

—Estás diciendo tonterías.

—Por supuesto. Soy yo la que dice tonterías. Tú no. Por eso quieres seguir sentado ahí en vez de disfrutar conmigo, amargándote a ti mismo...

—¿Amargándome yo?

Kelly se echó a reír.

—¿Sabes una cosa? Los ejercicios de tiro que he hecho hoy me han dejado doloridos algunos músculos que no suelo utilizar. Supongo que tendré que aliviarme la tensión yo misma.

Sacó una mano del agua y empezó a masajearse el cuello, dejando caer gotas que resbalaban lentamente por su piel cremosa, a la luz de la luna.

—No estás jugando limpio —se quejó Wade con voz ronca, sin quitarle los ojos de encima.

Kelly se tomó su tiempo en acariciarse un brazo, y luego el otro, como si se estuviera untando de aceite.

—Es una pena que no quieras reunirte conmigo en la bañera, porque estoy segura de que tus dedos podrían aliviarme... mejor que los míos.

—Eres una desvergonzada.

—No. Simplemente sé lo que quiero —lo corrigió, desafiante. Estaba disfrutando con aquel ejercicio de seducción. Volviéndose, cruzó los brazos sobre el borde y apoyó la barbilla, con el agua hasta el cuello—. Te he elegido a ti. Y te deseo.

Pronunció las palabras con una especie de lánguido abandono. Después de todo, no tenía nada que perder excepto su orgullo. Y aun así, si se atrevía a rechazarla de nuevo, sabía que a cada intento estaba más cerca de alcanzar su objetivo.

—Bien. Pues si no tienes intención de reunirme conmigo, tendré que arreglármelas yo misma —se llevó una mano al cuello, bajándola lentamente todo a lo largo de su pecho.

Wade soltó un gruñido, incapaz de apartar la mirada.

—Para ya.

—De acuerdo.

Se incorporó, con el agua hasta la cintura y la luz de la luna bañando sus senos desnudos. Nunca en toda su vida se había comportado con tanto descaro, pero después de la muerte de su hermano y del riesgo que había corrido con Wade el día anterior, había tomado plena conciencia de que la vida podía terminarse de repente. Y quería aprovechar al máximo la suya. No quería disimular el deseo que sentía por aquel hombre, y si para eso tenía que dejar que la viera desnuda, estaba dispuesta a ello.

Nunca se había sentido tan vulnerable. Ni tampoco tan feliz, tan triunfante, cuando el fulgor que distinguió en sus ojos le recordó a un tigre a punto de saltar sobre su presa. A la vista de su evidente excitación, disimuló una sonrisa de satisfacción.

—Ven a jugar conmigo, Wade.

—No.

—¿Por qué no?

—No te debo ninguna explicación.

—Tú no me debes nada —empezó a deslizar las manos por su vientre, con deliciosa lentitud.

—Le prometí a Andrew que cuidaría de ti.

—Pues adelante, cuídame.

—Maldita sea. Déjate de juegos.

—¿Qué tienen de malo los juegos? —Cuando metió las manos bajo el agua y contuvo el aliento, lo dejó sin habla. Dejaría que se ahogara en su propia frustración. Y le daría tiempo para que cambiara de idea...

Se metió en el agua de golpe, sin desvestirse. A la luz submarina de la bañera, pudo ver que se había quitado los zapatos, pero no la camiseta, ni los vaqueros, ni los calcetines. Agarrándola con fuerza de los hombros, la besó.

«Ya era hora», fue lo primero que pensó Kelly. No estaba muy segura de que a la mañana siguiente pudiera mirarlo a la cara sin sentir vergüenza. Pero en aquel momento estaba allí, con ella, abrazándola, besándola...

Un torrente de fuego circulaba por sus venas. Quería prolongar aquella sensación. Quería saborear, paladear su propia necesidad y la de Wade. Pero a la vez se sentía arrastrada por su poder, como si alguien la hubiera subido de repente en un tren en marcha. Le echó los brazos al cuello, presionando los senos contra su pecho y besándolo y dejándose besar hasta perder el sentido.

Excitada por su triunfo al haber doblegado su resistencia, le agarró la camiseta e intentó sacársela por la cabeza. Wade la dejó hacer. Deleitada por el contacto de su piel desnuda contra sus senos, se apresuró a acariciarle con los labios el cuello, el duro pecho...

—Hey, despacio —susurró él.

—Ni hablar —le mordisqueó un hombro.

—No hay prisa.

Pero sí que la había. No quería dejarle un solo momento para pensar, por miedo a que pudiera cambiar de idea. Y después de que se hubiera reunido con ella en la bañera... no podía arriesgarse a un nuevo rechazo.

—Wade.

—Mmmm —le estaba sembrando un ardiente sendero de besos a lo largo del cuello.

—No estoy segura de que pueda soportar esto durante mucho tiempo.

—Pero si acabo de empezar...

Eso era exactamente lo que quería oír. Aun así, y de manera contradictoria, necesitaba darse prisa. Quería desnudarlo del todo, pero él parecía más interesado en explorar el dibujo de su oreja. Y sus manos ni siquiera se habían aventurado a explorar sus senos. Allí estaba ella, desnuda, perfectamente

disponible, y él se mostraba más interesado por su cuello que por entrar directamente en faena...

—Wade.

Arqueó la espalda, sacando pecho y apuntándolo con sus pezones endurecidos.

—Tócame.

—Te estoy tocando. Tienes la piel más suave que la seda. Y sabes a néctar...

Deslizó nuevamente los labios por su cuello, haciéndola estremecerse de anticipación. Al mismo tiempo, Kelly echó mano a sus vaqueros, forcejeando con el cinturón. Justo cuando había alcanzado la cremallera, los labios de Wade se cerraron sobre un pezón. Contuvo el aliento, intentando concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Los movimientos de su lengua parecían envolverla en una especie de aura, sumiéndola en un trance hipnótico, irresistible. Y, pese a sus esfuerzos, ya no pudo moverse.

Cualquier reserva que hubiera tenido hasta entonces acerca de seducirlo, se evaporó por completo. Era como si aquel encuentro hubiera sido decidido por el destino. Una sensación mezclada de certidumbre, de expectación y de esperanza desterró sus últimas inhibiciones.

Mientras la mantenía clavada, inmóvil, seduciéndola con las manos, con los dientes, con la lengua, Kelly sintió que se le debilitaban las piernas y se le aceleraba el pulso.

—Por favor —murmuró, sin saber realmente qué era lo que le estaba pidiendo. Solamente sabía que no podía mantenerla así, completamente inmovilizada. Necesitaba moverse. Wade le mordisqueó ligeramente el pezón y se apresuró a lamer el amoroso mordisco antes de ocuparse del otro seno, repitiendo la operación. Kelly, mientras tanto, enterró los dedos en su pelo, urgiéndolo a que continuara.

Hasta que llegó un instante en que la excitación se hizo insoportable. Quería más. Todo su cuerpo temblaba por él...

—Maldita sea, Wade, necesito que te metas dentro...

—De acuerdo —respondió, pero continuó con aquel asalto sensual a sus senos hasta dejarla aturdida, mareada.

—Necesito... quitarte... los vaqueros —pronunció, atravesada de los pies a la cabeza por una violenta punzada de deseo.

—De acuerdo.

Con sus labios en un seno, acariciándole el otro con la otra mano, le impedía moverse. Seguía paralizada. La había atrapado en el vértice del deseo, y parecía decidido a mantenerla allí, tentándola, atormentándola hasta que reclamara a gritos su liberación.

Hundió entonces una mano entre sus muslos, acariciando su vello, y Kelly ya no supo si se había abierto de piernas para él o si ya las tenía abiertas. Solamente sabía que nunca se había sentido tan vulnerable, tan a punto de explotar. Sólo unas pocas caricias en los húmedos pliegues de su sexo bastarían para desencadenar el orgasmo. Temblaba de anticipación, tenso cada músculo ansiando su contacto.

Esperó. Y esperó, pero Wade parecía eludir el lugar exacto donde necesitaba sentir su mano. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba leyendo en ella como si fuera un libro abierto, manteniéndola expectante a propósito, negándole aquel último placer para volverla loca de frustración.

—No puedo... soportarlo más.

—De acuerdo.

Para su sorpresa, la soltó. Agarrándola de la cintura, la sacó de la bañera y la sentó en el borde, con los pies en el agua. La brisa nocturna, acariciando su espalda, la hizo estremecerse de frío. Pero cuando Wade hundió la cabeza entre sus muslos y empezó a lamerla, se olvidó de todo y soltó un grito lleno de pánico... y de puro placer.

Cada nueva sensación que le provocaba se atropellaba y se solapaba con la anterior, en una interminable cascada de necesidad. Archeó la espalda y echó la cabeza hacia atrás, con sus pezones apuntando hacia el cielo. Abriéndole el sexo con los dedos, Wade se concentró en acariciárselo con la lengua.

Cuando apoyó las manos sobre el suelo de la terraza y las piernas sobre sus hombros, facilitándole un mejor acceso, ya no pudo soportarlo más. Wade se apresuró a salir de la bañera y la levantó en brazos. No sabía si besarle o maldecirlo porque se sentía desquiciada, enloquecida, airada. No era para menos, ya que la había amado hasta el borde del orgasmo para negarle la tan ansiada liberación.

La llevó al dormitorio y allí se dedicó a secarla con una toalla, tomándose su tiempo para acariciarle el rostro, el cuello, los senos, el trasero... hasta que ella

se la arrebató para secarlo a su vez.

Pensó que tenía un torso perfecto, maravilloso, con una sensual sombra de vello. Finalmente pudo bajarle la cremallera. Bajarle los vaqueros mojados era otra cosa, ya que se necesitaba una fuerza que no tenía. A duras penas logró introducir una mano para separar la tela de su... piel desnuda. No llevaba ropa interior.

Conforme transcurrían los minutos fue recuperando un cierto control sobre sí misma, de modo que vio una oportunidad de devolverle el golpe. Sacarle los vaqueros de golpe era una tarea imposible, pero mientras se los bajaba poco a poco, se concentró en acariciarlo, explorando su cuerpo.

Cuando finalmente los pantalones cayeron a sus pies y se quitó los calcetines, ambos estaban tan excitados que se arrojaron sobre el colchón, abrazándose. Kelly logró colocarse arriba, en posición dominante.

—¿Vas a llevar ahora tú la iniciativa? —Le preguntó Wade con una sonrisa sensual.

—Creo que sí.

—Los preservativos están en el cajón superior —señaló la mesilla con el pulgar.

Kelly se inclinó para abrir el cajón, pero él aprovechó su distracción para apoderarse de un seno con los labios. Una llamarada de deseo se extendió por todo su ser. Como el preservativo se le cayó al suelo, fue a tomar otro.

Insistente, Wade deslizó un dedo en el interior de su sexo. Como resultado, a Kelly le temblaron tanto las manos que ya no pudo rasgar el sobre.

—¿Te importaría estarte quieto por un momento?

—Mmm...

Frustrada, rasgó el sobre con los dientes y se dio cuenta de que también había rasgado el preservativo.

—Maldita sea. Ahora voy a necesitar otro.

—Mmmm...

Pero su lengua no la dejaba en paz. Esa vez se le cayó el paquete entero y su contenido se desparramó por la cama. Wade, mientras tanto, proseguía con su labor obstaculizadora.

Estaba desesperada. Necesitaba sentirlo dentro. Esa vez rasgó cuidadosamente el sobre, sacó el preservativo y se lo puso. No fue tarea fácil, ya

que no podía ver lo que estaba haciendo. Pero a juzgar por el frenético movimiento de su boca y de sus dedos, estaba tan deseoso de meterse en ella como ella de sentirlo en su interior.

Respirando aceleradamente, se montó a horcajadas sobre él, encajándose en su erección. Y se quedó absolutamente inmóvil.

—Ah, por fin te tengo.

—¿Me permites enseñarte el significado de un concepto? —Le preguntó, agarrándola de las caderas—. Se llama «movimiento».

—Creo que deberíamos esperar.

—Pues eso no va a suceder —y de pronto rodó a un lado, arrastrándola consigo y quedando encima.

Debería haber protestado. La había hecho esperar. Le había dicho que ella tendría la iniciativa, pero había sido al contrario. Aunque tampoco podía quejarse. Y le gustaba la idea de que él perdiera el control, hasta el punto de no poder cumplir una promesa. O que estuviera tan desesperado por penetrarla.

Cuando empezó a moverse, rápido y con fuerza, Kelly enredó las piernas en torno a su cintura y buscó sus labios. Olas de placer la anegaban mientras Wade seguía empujando sin cesar. Sin aliento, le clavó los dedos en la espalda, alcanzando un orgasmo tras otro. Esa vez la sincronización fue perfecta.

Minutos después, cuando su pulso se hubo tranquilizado, se dio cuenta de que Wade la estrechaba en sus brazos con gesto protector, procurando no aplastarla con su peso.

—Necesitamos hablar —le dijo de pronto.

—Mmmm...

—En serio.

—Yo no quiero hablar —repuso Kelly. Lo que ella quería era disfrutar de cada uno de aquellos momentos. Se sentía tranquila, saciada, más relajada de lo que se había sentido nunca. Y con el efecto de múltiples orgasmos reverberando en su ser, lo último que deseaba era analizar una experiencia tan maravillosa.

Una sola mirada a su expresión la convenció de que no iba a gustarle lo que estaba punto de decir. De modo que le puso un dedo sobre los labios:

—Sss.

Por toda respuesta, Wade se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño. Kelly se arropó con las sábanas y cerró los ojos. Quizá se quedara dormida

antes de que volviera. Wade había sido absolutamente maravilloso en la cama. Y sus caricias, la ternura con que la había tratado, eran más elocuentes que cualquier conversación que pudieran tener sobre sus sentimientos.

Tal vez no lograra quedarse dormida, pero lo fingiría. Wade tomó una rápida ducha, y cuando volvió se la encontró con los ojos cerrados, respirando profundamente. Kelly sabía que la estaba observando, pero no abrió los ojos.

Vaciló, como dudando entre reunirse o no con ella en la cama. Cuando sintió la presión del colchón a su lado, Kelly tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír. Y cuando lo oyó deslizarse entre las sábanas, se apresuró a arrebujarse contra él.

Se abrazaron. Y seguir fingiendo que estaba dormida perdió todo sentido.

Wade escuchaba su respiración, profunda y regular. No estaba nada orgulloso de su comportamiento. Debería haberse contenido. Pero cuando la vio levantarse en su *jacuzzi*, con el agua chorreando por sus senos... simplemente fue incapaz de resistirse.

El instinto se había apoderado de él. Un instinto que le decía que jamás olvidaría aquella noche. Y que se arrepentiría de su debilidad durante los años venideros. La culpa jugaba un papel en aquella mezcla. Le había prometido a Andrew que cuidaría de su hermana. Y no se había referido precisamente a hacerle el amor loca, apasionada, salvajemente.

Había defraudado la confianza que su mejor amigo había depositado en él. Y además se había defraudado a sí mismo. Había probado una fruta prohibida, de ordinario inalcanzable, y tendría que sufrir las consecuencias.

Se merecía las noches de insomnio que sobrevendrían. Y la absoluta seguridad de que ninguna otra mujer con la que se relacionara en el futuro podría darle jamás lo que Kelly le había dado.

Pero aquello no volvería a suceder. Al día siguiente irían a Fort Worth, encontrarían a Johnny y llegarían al fondo de aquel asunto. Quizá tuvieran también que ir a Dallas y hablar con el ex marido de Debbie. Y entonces terminaría todo. Incluso aunque nunca llegaran a descubrir al asesino de Andrew, Kelly volvería a la facultad después de sus vacaciones veraniegas para comenzar su especialidad en Derecho.

No se comprometería más. Solamente se permitiría disfrutar, sólo por esa

vez, de la fragancia de su cabello en su almohada, del delicioso roce de su seno desnudo contra su pecho, de la maravilla de sus piernas enlazadas con las suyas.

Poco antes del amanecer, Wade había caído en una especie de duermevela cuando un golpe sordo lo despertó por completo. Lo primero que pensó fue que un mapache se había subido al tejado. O quizá el perro del vecino había derribado el cubo de la basura.

Saltó de la cama y recogió su pistola de la mesilla. No se molestó en vestirse. Salió sigilosamente del dormitorio sin despertar a Kelly.

Probablemente no sería nada. Aun así, no encendió las luces. Procurando no hacer el menor ruido, entró en el salón. La puerta principal estaba cerrada, y también la trasera. Pero no había vuelto a conectar la alarma desde que entraron en la casa, procedentes de la terraza. Había tenido otras cosas en mente...

Se asomó a la cocina. Revisó el armario. Nada. Estaba a punto de conectar la alarma y volver a la cama cuando escuchó el inequívoco ruido de un zapato en el suelo de madera del porche. Se le erizó el vello de la nuca.

Si hubiera estado solo, habría salido a investigar. Pero tenía que quedarse dentro para proteger a Kelly. Porque si algo llegaba a sucederle, jamás se lo perdonaría. Jamás.

Capítulo 10

Un leve golpe en la puerta principal seguido de una voz femenina preguntando: «Kelly, ¿estás despierta?», hizo que Wade tomara conciencia de que aquella mujer no representaba ninguna amenaza. Pese a ello, no tenía intención de abrir la puerta desnudo y con una pistola en la mano.

—Dame un minuto para vestirme —pronunció antes de correr al dormitorio, donde Kelly seguía durmiendo. Volvió a guardar la pistola en la mesilla, sacó unos vaqueros y agarró una camisa, pero no se los puso.

—Despierta, Bella Durmiente —le dijo, sacudiéndola suavemente de un hombro.

—¿Mmmm?

—Despierta —la sacudió más fuerte. Como no se movió, encendió la luz—. Arriba. Tienes visita.

Al oír aquello se incorporó de inmediato, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué quieres decir con eso de que tengo visita?

Evidentemente se había estado haciendo la dormida, pero... ¿por qué? Sólo se le ocurría una razón: que no quisiera hablar con él. Como antes. Qué ironía: ahora que él quería hablar de su relación, era ella la que se negaba a hacerlo. Pero no tenía tiempo para eso, y empezó a ponerse los vaqueros.

—Alguien ha llamado a la puerta preguntando por ti.

Kelly miró el reloj de la mesilla.

—Pero si son las seis de la mañana... —de todas formas, saltó de la cama, inconsciente de su desnudez.

Aunque durante la noche anterior Wade ya había visto todo lo que había que

ver, no pudo evitar admirarla de nuevo. Le gustaba su figura esbelta y su cuerpo bronceado, perfecto.

—Es tan extraño que alguien haya venido a buscarme aquí, y a esta hora... Algo malo ha debido de pasar —le arrebató la camisa—. ¿Me la dejas? Gracias —y salió del dormitorio.

Wade no se molestó en calzarse. Fue Kelly quien abrió la puerta:

—¡Cara! ¿Qué ha pasado? Mis padres...

—Están perfectamente.

Cara entró en la casa y cerró la puerta. Se fijó en que ella sólo llevaba una camisa y él los pantalones, pero no dijo nada. Ni siquiera pareció sorprendida de encontrarlos así.

—¿A qué has venido? —Le preguntó Kelly.

Cara miró a Wade, que de inmediato sospechó que no quería hablar en su presencia. Sin embargo, no pensaba marcharse. Lo menos que podía hacer era ser cortés.

—¿Os apetece un café?

—Gracias —repuso Cara—. A mí me gusta solo.

—Sí, por favor. Y ahora... ¿qué ocurre? ¿Cómo es que has venido a buscarme tan temprano, casi de madrugada?

—Por culpa de una información que ha llegado a mis manos sobre Niles Deagen, el ex marido de la prometida de Andrew.

—Pensábamos ir a verlo hoy mismo, o mañana.

—Puede que os resulte difícil.

—¿Está muerto? —inquirió Wade desde la cocina.

—No, no. Tiene problemas económicos.

Cara se sentó en una silla, como si estuviera a punto de caer al suelo de un momento a otro. Kelly lo hizo en el sofá, mirándola extrañada.

—No entiendo... ¿qué tiene eso que ver con Andrew, o conmigo?

—A eso voy. Andrew defendió a un hombre llamado Billy Jackson, un empleado de Niles Deagen.

—¿Y?

—Cuando Niles fue detenido por asociación con banda criminal, Billy Jackson testificó contra su jefe. La semana pasada, su cadáver apareció en un contenedor de Dallas.

—¿Y?

—La bala que lo mató tenía un calibre de nueve milímetros.

—Igual que la que mató a mí hermano.

—Sé que ese calibre es muy frecuente, pero si pudieras pedirle al *sheriff* que comparara los dos proyectiles... quizá descubriéramos que pertenecen a la misma pistola.

—Bien pensado —la felicitó Wade mientras le entregaba una taza de café.

—Gracias.

—Dado que Mustang Valley carece de un laboratorio de balística, la bala que mató a Andrew podría ser enviada a Dallas para compararla con la otra.

—¿Sabemos cuál es la acusación exacta que ha presentado el fiscal contra Niles?

—Lo pregunté, pero el sumario es secreto. No hay documentación pública al respecto. Y el fiscal acaba de adquirir una propiedad por un precio irrisorio. Una propiedad que, con su sueldo actual, no se habría podido permitir.

—¿Crees que recibió un soborno? —Le preguntó Wade.

Cara tomó un sorbo de café y le aconsejó a Kelly, como si él no estuviera presente:

—No lo dejes escapar. Un hombre que prepara un café tan sabroso... Mmmm...

—¡Cara!

Wade se sentó en el otro extremo del sofá, divertido por el cumplido.

—Te mereces ser feliz, Kelly.

—¿No tienes que entrar a trabajar a las siete? —Le preguntó con tono suave, mirando su reloj. Su amiga se estaba extralimitando en sus comentarios...

—Diablos, es verdad —le tendió su taza vacía—. Se me está haciendo tarde. Pero no te creas que no me doy cuenta de que estáis deseando que me vaya...

Kelly se levantó para darle un cariñoso abrazo.

—Muchas gracias por la información. De verdad.

Cara ya se dirigía a toda prisa hacia la puerta cuando se detuvo en seco, haciéndole un guiño a Wade:

—Habrás observado que lo que no me ha agradecido es el consejo que le he dado...

—Voy a llamar a mi padre —le informó Kelly, levantando el teléfono.

Marcó el número y le pidió a su padre que hablara con el *sheriff* para que comparase el proyectil que había matado a Andrew con el que había sido encontrado en el cuerpo de su antiguo cliente, Billy Jackson.

La petición servía a varios propósitos. Por un lado, les evitaría tener que ir a ver a Johnny Dixon a Fort Worth y a Niles Deagen a Dallas. De esa manera, el tipo que había robado la grúa e intentado matarlos pensaría que renunciaban a seguir investigando. Además, que Kelly hubiera planteado su petición directamente al *sheriff* habría sido como publicar sus sospechas en *La Gaceta de Mustang*. En tercer lugar, era bastante más probable que el *sheriff* aceptase un requerimiento semejante de uno de los principales ciudadanos del pueblo que de ella.

A continuación intentó llamar a Johnny a la habitación del hotel cuyo número les había facilitado Lindsey. No hubo respuesta. Lo intentó también con su apartamento. Nada. Bostezando de sueño, se desperezó, y la camisa se le subió varios centímetros. Wade fingió no notarlo, desviando la mirada con un aparente desinterés que no logró engañarla.

Mientras se dirigía a la habitación de invitados a recoger alguna ropa y usar la ducha, se preguntó durante cuánto tiempo más podría seguir retrasando la conversación que Wade habría querido tener con ella. Continuar fingiendo no era una opción. Más tarde o más temprano terminaría arrinconándola. Estaba segura de que le diría que no estaban hechos el uno para el otro. Pero cuanto más retrasara ese momento, más posibilidades tendría de intentar convencerlo de lo contrario.

Por supuesto, sintonizaban de maravilla en la cama, pero eso no era suficiente. Kelly siempre había buscado el amor, un alma gemela, alguien con quien compartir su vida, y creía que Wade podía ser ese hombre. Se metió bajo el chorro de agua caliente, recordando su estrategia de seducción en el *jacuzzi*. Ciertamente en un principio no había querido hacer el amor con ella, pero Kelly había terminado ganando aquella batalla de voluntades, y esperaba que durante los próximos días su actitud se suavizara lo suficiente como para que pudiera llegar a reconocer sus sentimientos. Porque tenía que tenerlos. Ella, desde luego, sí que los tenía.

Necesitaba persuadirlo, seguir insistiendo. Podría hacerlo. Una vez su padre

le había comentado que era una seductora nata. Pero... ¿y si se había equivocado con Wade? ¿Y si no la amaba, ni aceptaba el amor y la amistad que ella le ofrecía? ¿Se sentiría decepcionada? De eso no había duda. Destrozada, más bien.

Después de ducharse, se secó el pelo, se lo recogió en una cola de caballo y se maquilló un poco. Luego se puso un top sin mangas, una chaqueta, una falda corta y sandalias a juego. Por último llenó su bolso de todo lo necesario en caso de que se decidieran a pasar la noche en Fort Worth o en Dallas.

Cuando volvió al salón, Wade llevaba unos vaqueros y una camisa. Estaba hablando por teléfono con el encargado del salón, algo relacionado con su inventario y una pelea de bar. Mencionó a Rudy, el chico que había roto el cristal de una de las tiendas del pueblo.

—¿Lista? —Colgó el teléfono.

—Sí.

—Al parecer Rudy tiene algo que decirnos. Está fuera.

El chico estaba sentado en los escalones del porche, lanzando piedrecitas contra el cubo de basura. Se levantó, con las manos en los bolsillos.

—Mi padre se enteró de lo del cristal roto y me dijo que viniera a verlo. Gracias.

—Disculpas aceptadas —repuso Wade.

—Tengo una información para usted, pero no sé si es importante...

—¿De qué se trata?

—Resulta que estaba merodeando por la sede electoral del alcalde Daniels, esperando a que terminaran de imprimir los folletos para repartirlos...

—¿Y?

—El alcalde Daniels estaba hablando con el *sheriff* Wilson acerca del contrato de unas tierras, y cuando dijeron que los West estaban a punto de recibir algún dinero, puse la oreja. Como Debbie y Andrew estaban comprometidos, pensé que podría interesarles.

—Y tienes razón. Los West pusieron su rancho a la venta y Andrew los estaba asesorando en el trato cuando murió. Eso es de conocimiento público.

Pero Rudy lo miró extrañado.

—¿Es de conocimiento público que el alcalde y el *sheriff* tengan interés en que el contrato salga adelante?

—No sé qué interés pueden tener en ello, al margen de que la familia West

necesita el dinero. ¿Eso es todo? —Wade se dispuso a recompensarlo con un billete de cinco dólares.

—No. Me vieron y dejaron de hablar —el chico se encogió de hombros—. Tengo la sensación de que no debería haber oído todo eso.

—Gracias —le entregó el dinero.

—¿Tan importante era esa conversación? —inquirió Rudy, curioso, mientras se lo guardaba.

—No lo sé. Es como si estuviéramos resolviendo un *puzzle*, y tú acabas de aportarnos una pieza más. Por el momento, necesitamos que sigas con los oídos bien alerta.

—De acuerdo.

—Una cosa más, Rudy. Sé discreto. Lo que significa que no deben sorprenderte escuchando.

—Bien —y se alejó silbando tranquilamente.

Wade lo observó alejarse con una sonrisa. Kelly le comentó en voz baja, para que no la oyera el chico:

—Si quieres darle dinero, ¿por qué no le consigues un empleo, como cortar el césped de tu jardín o lavar los platos en el salón?

—No está preparado para un trabajo tan duro.

—Bueno, tú sabrás —Kelly se encogió de hombros—. Es tu dinero.

—Tú no lo entiendes.

—Pues explícamelo.

—En tu ambiente entra dentro de lo normal que los chicos hagan pequeños trabajos para costearse la gasolina del coche. Pero Rudy nunca tendrá un coche. Su familia es demasiado pobre.

—Pero un trabajo regular le permitiría ganar suficiente dinero para...

—Él no lo ve de esa manera. Cree que ponerse a trabajar para mí sería como venderse por poco. Tiene miedo de que aceptando un trabajo de lavaplatos pueda terminar como su padre.

Kelly se dio cuenta de que Rudy le recordaba a Wade su propia infancia. Él habría podido ser ese chico. Lo comprendía perfectamente. En cambio a ella, educada en los valores del trabajo constante de la clase media-alta, le costaba entender la lógica de su razonamiento. O quizá no se tratara tanto de una lógica como de una actitud diferente ante la vida. Las respectivas actitudes de Wade y

de ella ante la vida... ¿podrían acaso constituir un obstáculo para su relación?

Kelly, en todo caso, era optimista, y generalmente no se veía decepcionada. Wade, en cambio, procedía de un ambiente marcado por la pobreza y la inseguridad. Para él, la vida venía a ser como un gran juego de dados. Por eso las señales que le enviaba a ella eran tan contradictorias.

No sabía cómo comportarse ante eso. Kelly procedía de una familia de clase media-alta, Wade no había conocido a su madre, y su padre no lo había ayudado, más bien al contrario. Quizá fuera por eso por lo que lo admiraba tanto. Había llevado una vida muy dura y había salido adelante.

Sin embargo, después de lo sucedido la noche anterior y por muy diferentes que fueran, estaba convencida de que su relación tenía futuro. Sólo faltaba que Wade tuviera esa misma seguridad.

El tráfico en Fort Worth era bastante más denso que en Mustang Valley. Wade conducía. Durante el trayecto, Kelly había recibido dos llamadas. La primera de su padre, para comunicarle que el *sheriff* había aceptado enviar la bala que había acabado con la vida de Andrew al laboratorio de Dallas, para que la analizaran y compararan con la que había sido encontrada en el cuerpo de Billy Jackson. Lindsey también la había llamado, preocupada, para avisarles de que Johnny Dixon no se había presentado a su entrevista de trabajo.

Kelly se guardó el teléfono en el bolso.

—Lindsey teme que pueda haberle sucedido algo malo.

—Seguramente. La entrevista era muy importante para él, sobre todo teniendo en cuenta que ni siquiera tenía dinero para gasolina —Wade giró a la derecha, prescindió del servicio de aparcacoches del hotel y aparcó en un espacio libre.

—¿Qué pasa? —Le lanzó una mirada curiosa—. ¿Prevés que tengamos que salir corriendo?

—Simple precaución.

En silencio, Kelly abrió la guantera, sacó su arma y se la guardó en el bolso. Luego bajó el quitasol y se revisó el maquillaje en el espejo. Wade la contempló, admirado. Estaba empezando a pensar que su ropa y su maquillaje eran, para ella, una especie de armadura. Cambiaba de aspecto según la persona con la que fueran a verse. Y estaba seguro de que, la noche anterior, había hecho

exactamente lo mismo con él.

Ciertamente jamás la había visto tan atractiva como en aquel *jacuzzi*, con la luz de la luna bañando su piel desnuda. Le había preparado el cebo y él lo había mordido, confiado. Sólo que no se había sentido atrapado, sino fascinado, intrigado, esperando ansioso su próximo movimiento...

Esa vez, sin embargo, estaría preparado: no lo sorprendería. Esa vez encontraría la fuerza de voluntad suficiente para resistir. No sólo por la memoria de Andrew, sino por su propio bien. Tenía que reprimir y ahogar sus sentimientos por ella antes de que se hicieran aun más profundos, más intensos.

Entraron en el hotel por una puerta lateral y se dirigieron directamente al ascensor.

—Según Lindsey, Johnny reservó la habitación 504.

Una vez ante la puerta, Kelly llamó una vez. Dos veces. Tres.

Nada.

—¿Y ahora qué hacemos? —inquirió, desconcertada.

Pero antes de darle tiempo a responder, vio a una asistenta al final del corredor y un brillo de esperanza asomó a sus ojos. Inmediatamente se dirigió hacia la mujer, de raza negra y estatura pequeña, con el cabello recogido en un moño.

—Disculpe, me preguntaba si podría ayudarnos...

La mujer empujó el carrito de la limpieza hasta la siguiente habitación.

—¿Necesita jabón, toallas, sábanas limpias?

—No, no. Es que un amigo de mi hermano me pidió que viniera a visitarlo. He conducido todo el día para llegar hasta aquí —improvisó Kelly—. Anoche no contestaba al teléfono.

—Pues pasó la noche aquí. Me pidió otra almohada.

—Acabo de llamar a su puerta y no me abre. Tengo miedo de que le haya sucedido algo.

—Llamaré al servicio de seguridad.

La asistenta utilizó el teléfono, y dos minutos después un vigilante de uniforme se reunió con ellos.

—¿Piensan que puede haber algún problema en la habitación 504?

—No lo sabemos —respondió Wade—. Esperábamos que el señor Dixon contestara al teléfono o abriera la puerta. Esta mañana tenía una importante

entrevista de trabajo y no se ha presentado.

—De acuerdo —el vigilante llamó, y como tampoco obtuvo respuesta, abrió la puerta con su llave. Entró en la habitación y echó un rápido vistazo al armario y a los cajones—. Aquí no hay nadie. Parece que su amigo se ha largado.

Wade no sabía qué pensar. Johnny había estado desesperado por conseguir aquel trabajo. Si no estaba en el hotel... ¿adonde había podido ir?

—Gracias por su ayuda. Perdonen por haberles molestado.

Desanimados, volvieron al deportivo. Kelly guardó de nuevo su arma en la guantera.

—Tal y como yo lo veo, tenemos dos opciones. O buscamos a Johnny en el hospital, el depósito de cadáveres y la comisaría, o nos vamos a Dallas a hablar con Niles. ¿Qué te parece?

—Yo voto por que vayamos a Dallas —declaró Wade—. Johnny podría aparecer hoy mismo, más tarde, en Mustang Valley.

Kelly se ajustó el cinturón de seguridad.

—Todo esto es tan extraño... Se marchó de la sede electoral del alcalde sin avisar a nadie. Viene aquí y no se presenta a la entrevista. Según la asistente, anoche estuvo hablando con ella...

—Es como si estuviéramos persiguiendo a un fantasma —masculló Wade—. Tal vez fue una simple cuestión de mala suerte, y pinchó una rueda de camino a la entrevista...

—Pero entonces habría telefonado a la empresa, que a su vez habría informado a Lindsey de lo ocurrido.

Acababan de salir de Fort Worth cuando Wade aminoró la velocidad. Un atasco. Un policía estaba regulando el tráfico.

—Debe de ser un accidente.

—Oh, no —exclamó Kelly.

—¿Qué pasa?

—Ese coche, el del accidente... parece el de Johnny. Lo vi en una foto que tenía colgada en el salón de su casa.

Capítulo 11

—¿Está muerto? —preguntó Kelly, temiendo ya la respuesta.

Apenas unos minutos antes, Wade había aparcado el deportivo y se habían acercado para hablar con la policía. El coche de Johnny estaba sellado por una cinta amarilla. Se había llevado por delante varios arbustos de la mediana, hasta chocar con un poste de teléfonos. Un agente tomaba fotografías mientras otro parecía redactar un informe de lo ocurrido y un tercero medía las huellas de frenado en la carretera.

El parabrisas estaba roto y salpicado de sangre. Kelly volvió la cabeza, con el estómago encogido. Si Wade no hubiera evitado la embestida del camión grúa varios días atrás, habrían podido terminar como el desgraciado Johnny Dixon.

—No puedo facilitarle esa información, señora —respondió el policía desde el otro lado de la zona acordonada—. Una ambulancia se lo llevó al hospital del condado. Tendrá que preguntar allí.

Una grúa había empezado a remolcar el coche de Johnny. Al parecer un segundo vehículo, que ya había sido retirado, también se había visto involucrado en el accidente.

—¿Hay resultado alguien más herido?

—No, señora.

Wade sabía que a Kelly la preocupaba que alguien hubiera sacado a Johnny fuera de la carretera, al igual que habían intentado hacer con ellos.

—Perdone, agente... ¿ha habido algún testigo?

El policía la miró con expresión desconfiada, entrecerrando los ojos.

—¿Por qué lo pregunta?

—Simple curiosidad —intervino Wade—. ¿Han encontrado algún arma en el coche?

—Les sugiero que satisfagan su curiosidad en otra parte. No puedo decirles más.

Volvieron al deportivo. Kelly no estaba de humor para hablar. Ver aquel coche destrozado la había afectado más de lo que le habría gustado admitir. Además, aquella grúa le había recordado el peligro que habían corrido unos días antes. ¿No habrían tenido razón sus padres al pedirles que se marcharan de Mustang Valley mientras el *sheriff* se hacía cargo de la investigación? Sin embargo, el caso no parecía avanzar. Y ni Wade ni ella estarían seguros hasta que no descubrieran al asesino de su hermano.

—¿Me dejas el móvil? —Le preguntó Wade.

—Claro.

Después de marcar el número, pulsó un botón para que ella también pudiera escuchar la conversación. Fue el agente Warwick quien contestó:

—Mitchell al habla.

—Me estaba preguntando si podrías echar un vistazo de nuestra parte al informe provisional de un accidente que acaba de tener lugar en las afueras de Fort Worth.

—Dame más detalles.

Wade le dio el nombre completo de Johnny y la calle en la que se había producido el siniestro.

—¿Se sabe ya algo sobre la bala que mató a Johnny?

—Deberíamos recibir una respuesta del laboratorio esta misma tarde —respondió Mitch—. El señor McGovern ha estado presionando al *sheriff*. Oh, tengo aquí delante el informe de la brigada de bomberos. Alguien utilizó combustible para acelerar el efecto destructivo del fuego en Lambert & Church. Gasolina.

—Gracias, Mitch.

Kelly no sabía cuál de aquellos datos era el más relevante, pero tenía intención de seguir reuniendo las piezas de aquel *puzzle* hasta encontrarle algún sentido. En aquel momento lo que quería era hablar con Johnny Dixon, así que se dirigieron directamente al hospital.

Pero en el hospital nadie quiso facilitarles ninguna información, ya que no

eran familiares del herido. Kelly se sentó en la sala de espera, confiando en que Johnny se recuperase, mientras Wade intentaba sonsacarle algo a la enfermera de guardia.

—Johnny tiene una lesión cerebral y se encuentra en coma —le explicó, reuniéndose de nuevo con ella—. Puede que no pase de esta noche. O que se quede en estado vegetativo durante el resto de su vida.

—Es terrible...

—Aunque también puede despertarse en cualquier momento y ponerse bien. Nadie sabe cómo va a evolucionar.

Consternada, Kelly intentó recuperarse. No había estado preparada para escuchar aquello. No podía sacarse el «accidente» de Johnny de la cabeza. No tenía ningún dato en que apoyarse, pero estaba segura de que había sido provocado. Demasiadas cosas extrañas habían sucedido durante los últimos días para que pudiera atribuirlo a una simple casualidad.

—Los médicos están haciendo todo lo posible. Quedarnos aquí no servirá de nada —le aseguró Wade—. Creo que deberíamos ir a hablar con Niles Deagen.

—De acuerdo.

A Kelly nunca se le había pasado por la cabeza que su decisión de investigar pudiera tener tan graves consecuencias. Aquellos últimos días que había pasado con Wade habían supuesto un hito, un jalón nuevo en su vida. Había cambiado en muchos aspectos, y uno de ellos era su renovada confianza en su propia intuición, en sus propias capacidades. Ya no quería que la aprobación de los demás dictara su comportamiento. Si sus padres no aprobaban a Wade, ese sería su problema, no el suyo. Ya era mayor y la decisión de mantener o no una relación con Wade le pertenecía únicamente a ella. Y lo mismo pasaba con su proyecto de comenzar la especialidad para el siguiente semestre.

En aquel momento, su primera preocupación no era otra que hacer justicia a su hermano. No se echaría atrás. Mientras volvía con Wade al deportivo, aceleró el paso. Cuanto antes descubrieran quién había asesinado a Andrew, antes podría seguir adelante con su vida.

Niles Deagen trabajaba en una lujosa suite del edificio que llevaba su nombre, un rascacielos de mármol y cristal. Levantado con los buenos dividendos del petróleo, era tan opulento como un palacio, y dos veces más

seguro.

Kelly le había hecho detenerse en una tienda, insistiendo en su estrategia de cambiarse de ropa con cada nueva visita. Como resultado, Wade llevaba en aquel momento un traje gris oscuro de tres piezas y unos zapatos negros. Para ella, Kelly había elegido un vestido azul de corte conservador, a juego con el color de sus ojos. De esa manera se sentiría más segura en la deslumbrante guarida de Niles.

Kelly lo había llamado para pedirle una cita, convencida de que sin ella les habría resultado imposible acceder a un hombre tan poderoso, rodeado de secretarias y agentes de seguridad. Para su sorpresa, les había concedido una entrevista para las tres de la tarde.

En aquel momento dieron sus nombres en recepción y un empleado de uniforme les entregó unos pases temporales. Después de subir al décimo piso, recorrer varios pasillos y recibir indicaciones de dos secretarias, entraron por fin al despacho de Deagen. Varios ventanales, altos hasta el techo, ofrecían una maravillosa panorámica de la ciudad. Una pared entera estaba decorada con valiosas obras de arte. El mobiliario, de madera oscura, daba un aire aristocrático a la suite.

A sus cuarenta y pocos años, Niles conservaba una buena mata de pelo oscuro, con las sienes salpicadas de canas. Llevaba unas gafas de montura dorada y un traje de estilo formal. La mirada de sus ojos verdes irradiaba tanto poder como autoridad.

—Señor Deagen, me llamo Wade Lansing y ella es Kelly McGovern.

—Gracias por haber aceptado vernos con tan poco tiempo de antelación —le dijo Kelly mientras le estrechaba la mano.

—No hay problema. Por favor, siéntense y pónganse cómodos, como si estuvieran en su casa —no tomó asiento detrás de su escritorio, sino que sacó una silla para estar más cerca de ellos—. Debbie me avisó de que se pasarían por aquí.

—¿Debbie? —inquirió Wade. El comentario de Niles lo sorprendió. No se le había ocurrido que Debbie aún podía seguir en contacto con su ex marido. Pero aparte de eso... ¿cómo había adivinado que Kelly y él pensaban visitarlo aquel día?

—Por favor. No se anden con juegos. Andrew tramitó el divorcio de Debbie

y murió asesinado. Debbie me dijo que ustedes estuvieron haciéndole preguntas y que probablemente también querrían hablar conmigo. Por sus miradas puedo ver que el hecho de que ambos amáramos a la misma mujer me convierte en sospechoso. Sin embargo, pese a lo que usted pueda pensar, yo no odiaba a su hermano, señorita McGovern. Como abogado, su trato fue correcto conmigo. Aprovecho, además, para darle el pésame.

—Gracias.

Wade tenía la sensación de que a pesar del empeño del *sheriff* por mantener la investigación en secreto, la noticia del asesinato de Andrew había rebasado con mucho los confines de Mustang Valley. Y a juzgar por el tono de Niles, o era un consumado mentiroso o realmente no había sentido ninguna animadversión hacia Andrew.

—¿Le importaría decirnos dónde estuvo la noche en que murió mi hermano?

—Le espetó Kelly con tono cortante.

Aunque admiraba su valentía, Wade dudaba que un enfrentamiento directo fuera la mejor estrategia para lidiar con un hombre como aquel. Niles, sin embargo, no pareció molestarse.

—Estuve en Washington D.C. con varios senadores y un par de congresistas. Quiero promover una ley para abrir el Golfo de México a las prospecciones petrolíferas.

Era una buena coartada, pero eso no significaba que no hubiera contratado a un matón para hacer el trabajo sucio. Wade estaba a punto de preguntarle por los rumores de sus presuntos problemas económicos cuando la puerta se abrió de repente.

Kelly se quedó de piedra. Niles esbozó una sonrisa de bienvenida.

Wade se volvió para ver entrar a Debbie West. No llevaba maquillaje y lucía una ropa demasiado juvenil para su edad. Con aquella camisa rosa y aquella falda de colegiala, aparentaba unos quince años de edad. No pareció nada asombrada de verlos. Se dirigió directamente hacia Niles y se sentó en su regazo.

Kelly y Wade se miraron. Con los ojos en el suelo, Debbie les confesó, como respondiendo a una tácita pregunta:

—Niles y yo nos hemos reconciliado.

—Entiendo —pronunció Kelly, dolida y furiosa a la vez por lo que consideraba una especie de traición hacia Andrew—. ¿Alguna vez amaste

realmente a Andrew o simplemente...?

—Lo amé, pero está muerto.

—¿Esperas que me crea que lo amaste con lo rápido que te has movido, cuando aún no han pasado ni dos meses de su muerte?

Debbie empezó a temblar. Se negaba a mirar a Kelly. Niles le tomó las manos, lanzándole una mirada cargada de ternura.

—Yo estoy dispuesto a cuidarla bien.

A Wade eso no le extrañaba nada. Por su mente desfiló un sinfín de posibilidades. Nunca había esperado un desenlace semejante. Pero lo que más le extrañaba era que a Niles no pareciera importarle que Debbie se hubiese divorciado y hubiera cambiado luego tan rápidamente de opinión, tras la muerte de Andrew. Una actitud semejante se le antojaba obsesiva, extremada, morbosa.

Por lo demás, sabía que a Kelly lo que más le indignaba era la presunta traición de Debbie hacia su hermano, que a su vez se había metido en problemas para ayudarla. Le dolía que su prometida hubiera rehecho su vida con tanta facilidad.

—Pues te diré una cosa, Debbie. No estoy muy segura de que hayas cerrado un trato tan bueno —pronunció Kelly con un tono frío como el hielo—. Por los rumores que he oído acerca de Deagen Oil, Niles podría perder la compañía entera.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Debbie, abriendo mucho los ojos y forzando una expresión aniñada.

Niles le acarició el pelo como si tuviera un perrito, y no una mujer adulta, sentada en su regazo.

—Oh, tú no tienes por qué preocuparte de nada, corazón...

Debbie se levantó rápidamente.

—Sé que tienes mucho trabajo, querido. Si te parece bien, yo me encargaré de acompañarlos hasta la salida.

En el preciso instante en que cerró la puerta a su espalda, Debbie abandonó su anterior tono infantil. Cuadrando los hombros, alzó la cabeza.

—Puedo imaginarme lo que debéis pensar de mí.

—Yo no sé qué pensar, de verdad —le confesó Kelly, dolida—. ¿Cómo pudiste volver con un hombre como Niles después de haber estado con Andrew?

Pasaron a su lado varios empleados, que no lograron disimular su interés por

la conversación. Debbie se llevó un dedo a los labios.

—Sss. Aquí no —los guió por el pasillo hasta una sala de reuniones, con una gran mesa rodeada de sillas—. Aquí podremos hablar tranquilos.

Wade estaba hirviendo de curiosidad. Se prometió prestar especial atención a las palabras de Debbie, toda vez que Kelly parecía demasiado afectada por su aparente traición.

Debbie cerró la puerta y se volvió hacia ellos, mordiéndose el labio.

—Yo... amaba a Andrew. Creía que podíamos ser felices, pero...

—Ya, claro —la interrumpió Kelly con tono duro—. Amabas tanto a mi hermano que dos meses después de su muerte volviste con tu ex marido, ¿verdad? Todas esas lágrimas durante el funeral debieron de ser un puro cuento.

—Tú no lo entiendes —se dejó caer contra la pared, agotada—. Mira, ahora mismo podía haberme quedado con Niles en el despacho. No tenía ninguna obligación de hablar contigo, pero quiero hacerlo porque...

—¿Por qué qué? —Volvió a interrumpirla Kelly, desdeñosa.

Obviamente, no estaba dispuesta a darle a Debbie ninguna oportunidad. Wade, sin embargo, la compadecía. Sospechaba que había tenido que reunir una gran dosis de coraje para atreverse a hablar con ellos. Le temblaban las manos. Con la mirada clavada en el suelo, les confesó en voz baja:

—Es sólo que... yo no soy como tú.

—¿Qué quieres decir?

Kelly estaba perpleja. Pero Wade se hacía mucho mejor cargo de la situación que ella. Ambas mujeres se habían criado en el mismo pueblo, pero en ambientes y circunstancias por completo distintos. Kelly había nacido con una cucharilla de plata en la boca. Había tenido que esforzarse mucho en la universidad, desde luego, pero su padre había estado junto a ella, pagándoselo todo. Seguramente Debbie ni siquiera se había planteado la posibilidad de estudiar.

—Yo ni siquiera me gradué en el instituto, y mucho menos fui a la universidad, al contrario que tú. ¿Crees que no me gustaría trabajar y ser autosuficiente?

—No sé qué pensar. Quizá simplemente quieras depender de un hombre para satisfacer tus caprichos.

Debbie sacudió enérgicamente la cabeza.

—Pues yo he aprendido que para conseguir un trabajo decente, se necesita formación, o poseer alguna habilidad. Yo no tengo ninguna de las dos cosas. Y además estoy sin un céntimo.

—¿Qué hay del dinero de la venta del rancho?

—La mayor parte se lo quedó el banco, el resto lo debemos a las empresas de crédito. Necesito que alguien me ayude a salir adelante. Sola no puedo. Eso era lo que quería decir cuando te comenté que yo no soy como tú. Tú eres fuerte.

—¿Acaso valoraste a mi hermano por otra cosa que no fuera su dinero? —Le espetó, y se dirigió hacia la puerta, dispuesta a marcharse de una vez.

Evidentemente no quería escuchar las excusas de Debbie, pero Wade la comprendía mucho mejor. Kelly nunca había tenido que limpiar su propia casa, siendo una adolescente: sus padres siempre habían tenido asistentas para que se encargaran de ello. Tampoco había tenido que trabajar en dos empleos a la vez para llevar un poco de comida a la mesa, ni llegar al instituto tan cansada que apenas podía mantener los ojos abiertos.

Wade se dispuso a seguir a Kelly fuera de la sala, deteniéndose un segundo para apretarle cariñosamente un hombro a Debbie, como compadeciéndose de ella. Pero justo en aquel instante Kelly se detuvo en seco, girándose rápidamente.

Abriendo el bolso, sacó su chequera y un bolígrafo. A toda prisa le firmó un cheque y se lo entregó.

—Toma. Usa este dinero como quieras.

Debbie se quedó consternada al leer la cifra.

—No puedo aceptarlo.

—Andrew habría querido que tuvieras algún medio de mantenerte sin tener que echarte en brazos de un hombre como Niles.

—Pero no sabría qué hacer con tanto dinero. Yo no soy tan lista como tú.

—Tal vez, pero mi hermano no salía con mujeres tontas —como seguía sin aceptar el cheque, lo dobló y se lo guardó en un bolsillo de la camisa—. Lo primero que tienes que hacer es creer en ti misma, porque nadie más lo hará por ti.

—No sé cómo agradecértelo —pronunció, emocionada.

—Yo te lo diré. Retomando los estudios con ese dinero. Toda mujer debería ser capaz de mantenerse a sí misma. Y si necesitas ayuda, llámame.

—Gracias —repuso Debbie, llorando de puro alivio.

Aquel despliegue de generosidad había dejado sorprendido a Wade. Después de haberse enfurecido tanto con ella, no había esperado que pudiera mostrarse tan compasiva. O tan dura. Pero aquella dureza, más la abultada cifra de aquel cheque, tal vez fuera el eficaz estímulo que necesitaba Debbie para recuperar su autoestima y cambiar de vida.

De repente la joven abrió la puerta.

—Venid conmigo. Hay algo que quiero enseñaros.

Se encaminaron hacia los ascensores. Como había más gente, no hablaron mientras bajaban. Kelly y Wade intercambiaron una mirada de perplejidad: ninguno de los dos tenía la más remota idea de lo que iba a enseñarles.

Por lo demás, Wade no podía sentirse más orgulloso de ella. Al principio la había cegado la furia, pero después se había recuperado lo suficiente no sólo para ayudar económicamente a Debbie, sino para ofrecerle también su amistad.

Salieron al aparcamiento, y Debbie se dirigió a unas dobles puertas cerradas que estaban al lado de las escaleras.

—Niles siempre sube y baja los diez pisos a pie. Dice que de esa manera se mantiene en forma. Aun así, si no aparca el coche lo más cerca posible de las escaleras, se queja como un condenado. Sin embargo, no suele aparcarlo en esta zona.

—¿Por qué nos has traído aquí? —Le preguntó Kelly.

Debbie se encogió de hombros.

—Niles me había mentado antes, por supuesto. Pero esta vez vi su coche.

Sacó unas llaves de un bolsillo y abrió la doble puerta. Una vez dentro los llevó ante un lujoso coche de color verde oscuro, aparcado justo al pie de las escaleras. Todo parecía en orden, hasta que lo rodearon y vieron una gran abolladura en la parte delantera, con el parachoques hundido.

—Parece que ha tenido un accidente —comentó la joven de manera innecesaria.

Wade sabía que Kelly se estaba preguntando lo mismo que él. ¿Había echado Niles a Johnny fuera de la carretera aquella mañana? ¿O era su imaginación la que estaba funcionando demasiado rápido?

—Niles le ha pedido al dueño de un taller cercano que venga a buscarlo a las cinco de la tarde. Parece especialmente deseoso de borrar las huellas del

accidente.

Wade llamó de inmediato al agente Warwick.

—Hola, Mitch. ¿Has consultado ya el informe sobre el accidente de Johnny Dixon?

—Sí. Espera un momento. Ya. Lo tengo aquí delante.

—¿Dice algo sobre la pintura del otro vehículo?

—Verde oscuro.

—Lo que tengo yo ahora mismo delante es un coche de color verde oscuro con un golpe en la parte delantera. El propietario tiene intención de arreglarlo dentro de una hora. Si te doy la localización exacta, ¿podrás hacer que lo retiren para estudiarlo?

—No si no disponemos de algo que vincule el coche con el accidente —respondió Mitch—. ¿A quién pertenece el coche?

—A Niles Deagen.

—¿El petrolero de Dallas? Tendremos que llevar cuidado. Al más leve error de procedimiento, sus abogados se nos echarán encima. Ahora mismo no tenemos nada que pueda garantizarnos una orden.

—Dime una cosa... ¿en el informe se recoge que algún testigo vio el accidente?

Kelly le recordó a Wade que el policía al que le había preguntado en el lugar del accidente no llegó a contestarle nada concreto. Tal vez les hubiera escondido aquella información.

—Hubo un testigo —admitió Mitchell.

—¿Dijo algo de un coche verde oscuro? —Y añadió la marca.

Wade esperó, impaciente. Debbie también parecía muy inquieta. Esperaba que no se estuviera arrepintiendo de haberlos ayudado. O de haberse ayudado a sí misma.

—Aquí lo tengo. Sí, es la misma marca y el mismo color. Muy bien. Con eso bastará: yo me encargo de ello. Dame la localización exacta y le pediré a la policía de Dallas que levante el vehículo. Luego compararemos su pintura con la muestra que tenemos de la del coche de Johnny.

Wade pasó a la siguiente pregunta:

—¿Tienes ya el informe balístico?

—La bala que acabó con la vida de Andrew procedía de un arma distinta de

la que mató a su cliente, el tal Billy Jackson. El inspector a cargo del caso culpa del homicidio a una ex novia suya. Tengo entendido que la chica ha confesado hace cerca de una hora. Pero no te preocupes. Si la pintura del coche es la misma, interrogaremos a Deagen.

Debbie frunció el ceño.

—Pero si Deagen ni siquiera conocía a Johnny... ¿Por qué habría de querer hacerle daño? No tiene sentido.

—No tenemos ni idea —admitió Kelly—. Pero sin tu ayuda, jamás habríamos llegado tan lejos. Gracias.

—Si hay algo más que pueda hacer, decídmelo —les ofreció. Tocándose el cheque que llevaba en el bolsillo, añadió—: Me iré del pueblo. Podréis contactar conmigo a través de Lindsey Wellington.

—Te estamos muy agradecidos, de verdad —Kelly la abrazó—. Creo que deberías marcharte ahora mismo. Es posible que Niles esté envuelto en algún oscuro asunto.

—¿Y qué haréis vosotros ahora?

—Lo ignoro —contestó, encogiéndose de hombros.

Pero el brillo de su mirada y la manera que tenía de fruncir los labios le decía a Wade lo contrario.

Lo que ninguno de los dos advirtió cuando abandonaron el aparcamiento... fue la camioneta que los seguía.

Capítulo 12

Aunque frustrada por no haber resuelto todavía el asesinato de su hermano, Kelly se consolaba pensando que al menos estaban haciendo progresos. Cuando empezaron su investigación, no habían tenido una sola pista. Ahora tenían demasiadas. Y con más datos y más sospechosos que interrogar, se avivaba su esperanza de poder hacerle justicia a Andrew algún día.

Tranquilizada en ese aspecto, lo que necesitaba en aquel momento era tener una conversación en serio con Wade. Aquella noche, cuando volvieron a casa después de cenar en un restaurante de carretera, Kelly sirvió dos copas de vino, bajó el volumen de la música y se arrellanó en el sofá, dispuesta a sacar el tema de su relación.

—Tenemos que hablar.

—¿De qué? —Bajó el periódico que había estado ojeando.

—De nosotros.

—No hay nada que hablar.

Ya se disponía a levantar de nuevo el periódico cuando Kelly se le acercó. Poniéndole una mano en el hombro, empezó a jugar con su pelo.

—Todavía no hemos hablado de la otra noche. Cuando hicimos el amor.

Le plantó un beso en la base del cuello, donde latía su pulso. Era consciente del efecto que le provocaba, y eso la animaba a seguir insistiendo. Además, le gustaba tocarlo, verlo reaccionar a sus caricias.

La mano de Wade se cerró sobre la suya.

—Estás dispuesta a usar todas las armas de tu arsenal para salirte con la tuya, ¿verdad?

—Aja —se inclinó para besarle detrás de la oreja.

—De acuerdo. Tú ganas —se volvió hacia ella—. ¿Qué es exactamente lo que quieres de mí?

Aquellas palabras tan directas la confundieron. Primero, no quería hablar de su relación, luego decía que no había nada de qué hablar y, por último, le soltaba una pregunta tan difícil de contestar. ¿Qué quería realmente de él? Quería que admitiera sus sentimientos por ella. Quería que le dijera que quería que volvieran a hacer el amor. Quería que la quisiera porque era su mujer... y no la hermana de Andrew.

Pero confesarle todo eso estaba descartado, a la luz de su evidente postura defensiva, recelosa. Bebió un sorbo de vino y lo miró por encima del borde de la copa, con el corazón acelerado.

—¿Puedes ser algo más concreto? —inquirió a su vez.

—¿Quieres tener una aventura con el chico malo de Mustang Valley? ¿Necesitas que alguien te consuele de tu dolor? ¿Estás intentando utilizarme para rebelarte y salir de tu pequeño y seguro mundo, donde tan protegida estás?

Le lanzó aquellas preguntas con tono brusco, cortante. Disimulando su dolor, Kelly replicó:

—Parece como si pensaras que te estoy utilizando.

—¿Y acaso no es verdad? —La miró, acusador—. Me conoces desde siempre, y hasta ahora no me demostraste el menor interés.

—Eso no es cierto.

—¿Ah, no? —Arqueó una ceja, incrédulo.

—No. Tuve un enamoramiento contigo cuando estaba terminando la primaria y tú el instituto. Todavía me acuerdo de la fiesta de graduación, a la que te presentaste acompañado de Cindy Jo Crocker. Tú llevabas un traje negro, con camisa blanca, y me dejaste sin habla. Aquella noche, os seguí a Andrew y a ti en mi bicicleta. Ni siquiera supe lo que hacía, y cuando perdí de vista el coche, me volví a casa y me pasé toda la noche llorando. ¿Y sabes por qué lloraba?

—¿Por qué no eras lo suficientemente mayor para comprarte un vestido largo y asistir a la fiesta?

—No —sacudió la cabeza—. Lloraba porque las chicas de buena familia no salían con chicos excitantes de mala reputación. Y tú representabas todo aquello que yo no podía tener: excitación, rebeldía, libertad. O al menos no podía tener

todas esas cosas y al mismo tiempo la aprobación de mis padres.

—La elección era tuya.

—Eso sólo lo sé ahora. Andrew era el brillante hijo mayor, y yo asumí el papel de hija bella y cultivada, al estilo sureño, siempre haciéndolo todo bien, complaciendo a todo el mundo, sin avergonzar nunca a la familia.

—Ahí quería llegar yo. Lo nuestro nunca debió haber sucedido.

—Pero yo ya no soy la adolescente ansiosa por agradar de antes. La aprobación de los demás no me importa tanto como mi propia felicidad.

—Vaya, y ahora que la pequeña rebelde ha salido del huevo, necesita demostrarlo haciendo el amor conmigo, ¿verdad? Bueno, pues ya lo has hecho. Ahora ya puedes seguir adelante con tu propia vida.

Kelly dejó su copa sobre la mesa, frustrada.

—Esa es mi idea, pero tú te sigues resistiendo.

—¿Perdón? —inquirió, sorprendido.

No había esperado que se mostrara de acuerdo con él, y eso lo confundió. Se preguntó si estaría preparado para escuchar las palabras que quería decirle. Y se preguntó también si no estaría yendo demasiado rápido. Pero no podía contenerse.

—¿Crees que habría podido hacer el amor si no hubiera estado ya medio enamorada de ti?

—¿Crees que estás enamorada de mí?

—Sí.

La miró fijamente durante un buen rato, con expresión inescrutable.

—¿Y cuánto tiempo crees que durará ese amor?

—No lo sé —repuso, indignada por su actitud—. Nunca antes había estado enamorada —no le daría ninguna garantía. No estaba dispuesta a entregarle su vida, su corazón, a no ser que él hiciera algún movimiento, le diera alguna señal. Porque no solamente no parecía creerla, sino que se mostraba absolutamente reacio a admitir sus propios sentimientos... si acaso los tenía.

Pero había sido ella quien había querido tener aquella conversación, así que ahora tendría que soportar lo que él tuviera que decirle. Lo malo era que no le estaba diciendo nada. Seguía mirándola con aquellos maravillosos ojos grises... que la hacían desear olvidarse de todo, agarrarlo de las solapas de la camisa y besarlo hasta hacerle perder el sentido...

—¿Tú me amas? —Le preguntó de nuevo, con un tono algo menos incrédulo que antes.

—Sí. Te amo —respondió, esperanzada e irritada a la vez.

Wade seguía mirándola, muy serio, con expresión pétrea.

—¿Y qué pasa con tus padres?

—Ellos no tienen nada que ver en esto —alzó la barbilla.

—¿Y tu especialidad en Derecho?

—Eso aún menos.

Le estaba presentando demasiadas objeciones, lo cual resultaba más que sospechoso. Pero no estaba dispuesta a renunciar sin plantar batalla.

—Si haces la especialidad, tendrás que dejar Mustang Valley.

Fue entonces cuando lo comprendió. El motivo de que se hubiera estado conteniendo, reprimiendo. No porque no sintiera nada por ella, sino porque tenía miedo de perderla. De que lo abandonara. Como habían hecho todos los seres con los que se había encariñado.

—Que haga mi especialidad no significa que vaya a dejarte. Existe una cosa que se llama teléfono. Y podemos vernos en las vacaciones, los fines de semana...

—Creo que no has reflexionado lo suficiente sobre ello.

Kelly cerró los puños, apoyándolos en las caderas.

—No, eres tú quien no ha reflexionado. No tienes el coraje suficiente para arriesgarte conmigo. Eres tú quien se ha estado retrayendo todo el rato. Jamás imaginé que un hombre capaz de echar a un borracho de ciento veinte kilos de su local sin sudar una sola gota, un hombre que no ha vacilado en investigar el asesinato de su amigo... pudiera tenerme miedo. Eres un cobarde emocional, Wade.

—¿Qué?

—No es tu reputación lo que te alejará de mí, Wade. Es tu propio miedo de amarme. Lo que significa, en suma, que no eres lo suficientemente bueno para mí.

Se dirigió hacia la puerta, con el corazón encogido y los ojos llenos de lágrimas. Le había entregado en bandeja su corazón, para que lo tomara. Y, en lugar de ello, había optado por destrozárselo. A fin de cuentas, no podía obligarlo a que la amara, o a que le dijera que la amaba. Y si él no hacía el

esfuerzo, entonces no merecía la pena.

Pero confiar en que aún pudiera cambiar de idea no le servía de consuelo. Maldiciéndolo para sus adentros, se enjugó una lágrima furtiva, de pura furia. Necesitaba localizar a su amiga Cara, hablar con ella.

Tan furiosa estaba que derribó una silla, volcando la caja con los papeles de Andrew. Estupendo. Lo último que quería era retrasar su marcha. En aquel instante, no quería pasar ni un segundo más con Wade. A regañadientes, se arrodilló para recoger los documentos que tantas veces había examinado con la esperanza de encontrar alguna explicación al asesinato de su hermano.

Mientras ella seguía recogiendo los papeles, Wade se le acercó y puso la caja boca arriba.

—Necesito un poco de tiempo, Kelly.

—Pues tómate el resto de tu vida —masculló.

—Nunca imaginé que ibas tan en serio conmigo, y eso determinó mi opinión, todo lo que pensaba al respecto... Supongo que me estaba protegiendo.

—¿De qué?

—De ti —admitió—. Siempre te consideré... inalcanzable. Inaccesible. Y no quería ser un juguete en tus manos.

—Yo jamás habría hecho algo así —no le gustaba que pensara eso de ella, que lo había estado manipulando.

—Lo entiendo. Ahora sí —la miró a los ojos—. Pero todo esto ha sido tan rápido... Podría decirte lo que quieres escuchar, pero...

—¿Pero?

—Pero sería una mentira.

—Genial.

Aquellas palabras la hirieron terriblemente, pero lo que no podía negar era su sinceridad.

—Mira, yo no quiero hacerte daño —pronunció con tono suave—. Cuando descubra y analice lo que siento por ti, te lo haré saber.

—Qué amable —insultada e irritada, se levantó con el fajo de papeles en las manos—. Pues será mejor que te des prisa, porque no pienso esperar mucho tiempo.

Wade le sostuvo la caja para que guardara los documentos. De repente Kelly frunció el ceño al descubrir un papel amarillo pegado al fondo.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Eso —lo señaló con la barbilla—. No recuerdo haberlo visto antes —dejó el fajo de documentos sobre la mesa y sacó la nota, que estaba doblada.

—Tiene la letra de Andrew.

—Debió de haberse quedado atrapado entre las solapas del fondo, hasta que tú volcaste la caja.

Cuando desdobló el papel y lo alisó, las manos empezaron a temblarle.

—Es un listado de propietarios de la Ranger Corporation.

—¿No es esa la empresa que adquirió el rancho de la familia West? —Le preguntó Wade, dejando a un lado la caja y leyendo por encima de su hombro.

—Sí.

—¿Quién figura en la lista?

—Niles Deagen, El alcalde Daniels. El *sheriff* Wilson. Mi padre, Paul Lambert y Donald Church, más una lista de veinte inversores que no reconozco —suspiró, tirando el papel—. No parece muy importante.

—Pero podría serlo —Wade se apresuró a recogerlo.

—¿Tú crees? No hay nada ilegal en formar una corporación, ni en el hecho de que Niles sea el mayor contribuyente a la campaña electoral del alcalde.

—Bueno, no creo que a muchos de sus votantes les hiciera gracia enterarse de sus tratos con la gran industria —de repente chasqueó los dedos—. Oye... ¿no tendría Andrew la declaración fiscal del alcalde entre sus papeles?

—¿Para qué?

De todas formas, se ocupó de buscársela y se la entregó. Wade la revisó detenidamente.

—En ese documento no se menciona para nada la participación del alcalde en Ranger Corporation.

Kelly estaba empezando a comprender:

—Si no consiguió mantenerla en secreto y Andrew se enteró...

—Eso habría podido perjudicarlo mucho en plena campaña electoral —especuló Wade.

—¿Y si fue él quien mató a Andrew?

—Supón que Ranger Corporation quería invertir en más tierras, o en otro negocio. Con tanto dinero por medio, necesitaría de la influencia del alcalde para

construir carreteras, infraestructuras...

—Entonces... ¿qué vamos a hacer ahora? ¿Hablar con el alcalde?

—Eso es lo que habría hecho Andrew...

«Y fíjate lo que le pasó». La implicación de las palabras de Wade la dejó consternada. No había olvidado su conversación anterior, ni la petición que le había hecho de que le concediera más tiempo para reflexionar sobre sus sentimientos. Recogió de la mesa las llaves de su deportivo.

—Antes de nada, quiero hablar con Lindsey y con Cara.

Cara, Lindsey y Kelly se citaron para una cena tardía en Dot's. Wade se había negado a que fuera sola, pero nada más acompañarla hasta la puerta se fue al salón a supervisar su negocio. Kelly le prometió que le telefonaría cuando terminara.

En una mesa de la esquina, Cara y Lindsey escucharon atentamente las informaciones de Kelly mientras tomaban un *sandwich*.

—Creo que tienes pruebas suficientes para acusar al alcalde de ocultación de datos fiscales en plena campaña electoral, pero no del asesinato de Andrew —observó la abogada.

—Lindsey tiene razón —secundó Cara—. El alcalde ni siquiera tiene un arma registrada a su nombre. Lo he comprobado.

—¿Habéis encontrado alguna información relevante sobre Niles Deagen? —inquirió Kelly.

Lindsey revisó sus notas.

—Ha sido denunciado varias veces por asociación con banda criminal, pero ninguna de las acusaciones ha prosperado. Ese hombre puede permitirse los mejores abogados.

—Siguen corriendo rumores de que su empresa está a punto de quebrar —le informó Cara—, pero eso sí que no he podido comprobarlo. Por cierto... ¿cuándo terminarán de comprobar en la oficina del *sheriff* las muestras de pintura del coche de Deagen y las de Johnny?

Kelly suspiró. Se sentía agotada física y emocionalmente.

—Varios días, seguramente. Y Johnny sigue en coma.

—¿No vas a renunciar, verdad? —Quiso saber Cara.

—¿Por qué dices eso?

—Porque pareces tan desanimada... —contestó Lindsey por ella—. Pero estás haciendo un excelente trabajo de investigación.

—Sí, tan excelente que lo único que tenemos son cabos sueltos. A esas alturas, ya no sé qué hacer.

—¿Qué te pasa realmente? —Le preguntó Cara, apuntándole con su tenedor.

—Nada —murmuró Kelly, pero su amiga la conocía demasiado bien.

—Se trata de Wade, ¿verdad? —Se volvió hacia Lindsey—. Es que le gusta. Y mucho.

—¿Y qué es lo que siente él por ti?

—Ese es el problema. Dice que no lo sabe.

—Típico de los hombres —repuso Cara—. A veces son los últimos en saberlo. ¿Sabes? Creo que lo que necesitas es ponerle un cebo...

Kelly telefoneó a Wade para avisarlo de que su reunión había terminado. Él le dijo que pasaría a recogerla en unos minutos.

Una vez que Cara y Lindsey se marcharon, entró al servicio para retocarse el maquillaje. No renunciaría a resolver el asesinato de Andrew, y tampoco renunciaría a sus propósitos con Wade. Se preguntó qué habría hecho su antepasada Escopeta Sally de haberse encontrado en su situación, pero no se le ocurrió nada.

Salió del servicio y tropezó con el alcalde Daniels. Perdiendo el equilibrio, tuvo que apoyarse en la pared.

—Dios mío, qué susto me ha dado. ¿Se puede saber de dónde ha salido?

—Perdón —se acercó para sujetarla—. ¿Estás bien?

—Sí.

No la soltó. Y de repente Kelly sintió el cañón de una pistola en el costado.

—Espero que no se te ocurra chillar.

Se quedó muda. Estaba armado. Y ella tenía su pistola en la guantera del deportivo.

Sus amigas hacía rato que se habían marchado, creyéndola perfectamente a salvo en un local público hasta que volviera Wade. Pero el alcalde Daniels había escogido aquel momento con precisión de cirujano.

La sacó del restaurante por la puerta trasera. Dudaba que alguien hubiera notado su súbita partida, o que pudiera echarla de menos. La gente no era tan

observadora. Luego la empujó por un callejón, el mismo por el que debía de haber accedido al local.

Probablemente nadie lo habría visto entrar. Cuando Wade se presentara y empezara a hacer preguntas, nadie podría decirle nada. El callejón, donde se amontonaban las basuras, apenas tenía luz. Al final se veía su coche aparcado. Kelly pensó rápidamente que si la metía dentro, se la llevaría a cualquier parte, la mataría y se desharía de su cadáver. Pasarían días antes de que alguien la encontrara.

Sus pensamientos giraron en una espiral de pánico. Necesitaba hacer algo, pero... ¿qué? La idea de forcejear con el alcalde era absurda. Si llegaba a herirla, disminuirían sus posibilidades de escapar. «Piensa», se ordenó, desesperada.

Llevaba un móvil en el bolso, pero aunque lograra llamar secretamente a emergencias, nadie sabría su localización. Podía intentar liberarse y echar a correr, pero el alcalde la agarraba con fuerza, clavándole los dedos en el brazo.

O quizá podía hacerse la tonta...

—¿A qué viene todo esto, alcalde? Ya cuenta con mi voto.

—Cállate.

—Esta no es manera de tratar a sus votantes. Mi padre siempre dice que...

—Cállate —la sacudió violentamente.

Kelly intentó pensar en otra cosa. Haciendo un rápido giro, le pasó la mano libre por el cuello, como si lo estuviera abrazando.

—¿No le parece que soy demasiado joven para usted, alcalde? —Le preguntó en voz baja, sensual.

Eso lo hizo detenerse en seco.

—¿De qué diablos estás hablando?

Al menos ya no la estaba arrastrando hasta el coche. Si pudiera retrasarlo un poco más, aunque sólo fueran unos cuantos segundos, tal vez Wade lograra encontrarla...

—Estoy hablando de ti y de mí —lo tuteó—. Yo siempre te he encontrado muy atractivo. Lo que no sabía era que yo te gustara.

—¿Crees que a mí me gustas? —Le espetó, desdeñoso.

—Claro. Pero nunca me atreví a decirte nada. Por eso me alegro tanto de que hayas dado el primer paso —le acarició un brazo—. Los hombres poderosos, sobre todo los políticos, me parecen tan atractivos...

¿Habría exagerado demasiado? ¿Se lo creería?

«Date prisa, Wade», pronunció para sus adentros. Pero Daniels la agarró todavía con más fuerza, empujándola contra su coche.

—Esto es una pistola. No estoy para bromas.

Kelly continuó haciéndose la tonta. Era su única posibilidad.

—Oooh, a mí siempre me ha gustado la pistola del *sheriff* Wilson. No sabía que tú tuvieras otra...

—Te he dicho que te calles. ¿Crees que soy idiota? ¿Crees que no sé qué has estado haciendo preguntas sobre mí por todo Texas?

La empujó de nuevo contra el coche, y Kelly gritó de dolor cuando se golpeó en una rodilla. De repente, para su sorpresa, la soltó. Pero sólo pudo alejarse unos pasos, porque al instante sintió su mano cerrándose sobre un hombro.

—Da un solo paso más y te mato.

Se obligó a permanecer quieta, temblando, mientras Daniels usaba un cable de plástico para atarle las muñecas a la espalda. A continuación, sin perder tiempo, la metió en el asiento delantero del coche.

Un terror como jamás antes había experimentado la debilitó por dentro, mareándola. El alcalde Daniels debía de haber asesinado a Andrew y ahora estaba a punto de hacer lo mismo con ella. Sólo que no podía matarla allí, en mitad del pueblo, donde demasiada gente escucharía los tiros.

Forcejeó con sus ligaduras, pero la había atado tan fuerte que casi no sentía los dedos. Se habría arriesgado a gritar si no hubiera sido porque el aparcamiento trasero de Dot's estaba completamente desierto a esas horas de la noche.

«Piensa», se ordenó una vez más.

El alcalde se había dado tanta prisa en atarla que se había olvidado de quitarle el bolso, que seguía colgando de su hombro. Desgraciadamente no tendría tiempo de buscar las tijeras de manicura que llevaba siempre, para cortar el cable de plástico. Una vez que arrancara, estaría completamente a su merced.

Daniels se sentó al volante y encendió el motor. Kelly se dijo que tenía que hacer algo para llamar la atención sobre su situación y conseguir ayuda. Algo drástico. Aquella podía ser su última oportunidad.

Apoyándose en la puerta, alzó una pierna y dio una patada en el centro del volante, haciendo sonar el claxon. Daniels soltó una maldición. Cuando quiso apartarle violentamente la pierna, ella aprovechó para golpearle con el talón la

mandíbula y volvió a hacer sonar el claxon.

Daniels le agarró el tobillo y se lo retorció. Kelly se mordió el labio de dolor, pero continuó dando patadas, a ciegas.

Fue entonces cuando recibió un puñetazo en la sien, y todo se volvió negro.

Capítulo 13

Kelly se despertó segundos después, dolorida.

—No puedes matarme así como así. Hay demasiada gente en este pueblo que sospecha de ti. Yo me he encargado de que así sea —mintió.

El alcalde se había guardado el arma en la cintura del pantalón. No se molestó en abrocharse el cinturón de seguridad. Y el de ella tampoco, lo cual podía constituir una ventaja. Kelly decidió hacer un discreto intento por recoger su bolso, que había resbalado por su hombro hasta caer al suelo del coche.

Segundos después, cuando tomó una curva a toda velocidad, fingió caerse al suelo por el impulso. Incluso soltó un grito para dar mayor veracidad a su actuación. Sus dedos hicieron contacto con el bolso, a su espalda. Lo tenía.

Lo abrió justo cuando Daniels la levantó con una mano, haciéndola sentarse de nuevo. Afortunadamente no se le volvió a caer.

—¿A quién le has hablado de mí? —Le pregunto con un tono más curioso que preocupado.

No podía hablarle de Lindsey y Cara, con quienes tenía por fuerza que saber que se había reunido. Si finalmente no lograba escapar del apuro, no quería que sus amigas corrieran su misma suerte.

—Wade lo sabe. Y mi padre también —mintió una vez más.

—Dudo que tu padre te haga caso.

—Cambiaré de idea cuando descubra que me han asesinado —sin dejar de hablar, deslizó los dedos en el interior de su diminuto bolso. Su cartera estaba arriba. Debajo tenía su chequera, su lápiz de labios...

—No tengo ninguna intención de dispararte, como hice con tu hermano.

Así que había matado a Andrew. Hasta ese momento no había estado del todo segura.

—¿Ah, no?

Sus dedos encontraron por fin las tijeras de manicura justo en el instante en que abandonaban Mustang Valley. Pero manipularlas le resultaba imposible. Tenía los dedos entumecidos, como dormidos, por la presión del cable.

—Por supuesto que no. Tú morirás en accidente. Y en la propiedad de Wade —y añadió, suspirando—: Con Wade encarcelado por asesinato, mi campaña electoral no sufrirá ningún percance, tal y como había planeado.

—Te olvidas de mi padre. Yo le hablé de ti cuando encontré...

—¿Qué encontraste?

—Andrew me dejó sus documentos —todo su objetivo era ganar tiempo, para poder utilizar sus tijeras.

—¿Y qué decían esos documentos?

—Que formabas parte de una compañía...

—No hay nada ilegal en eso.

—Sólo que cometiste fraude en tu declaración fiscal, ocultando ese dato —esperaba que aquella combinación de verdades y mentira le hiciera reconsiderar sus acciones. Le dolía la sien que le había golpeado con el puño. Mientras manipulaba las diminutas tijeras, el plástico le cortaba las muñecas, pero siguió adelante con su tarea—. Tus votantes se sentirán decepcionados cuando lean esa información en los diarios.

—Tu amiga Cara estará elaborando el reportaje, supongo.

—Ya está escrito y en prensa.

Daniels se encogió de hombros.

—Bueno, entonces supongo que *La Gaceta de Mustang* sufrirá un pequeño incendio esta noche...

Salió a la carretera, y Kelly distinguió los faros de un coche por el espejo retrovisor. Rezando para que fuera Wade, redobló sus esfuerzos para cortar sus ligaduras de plástico. La sangre le corría entre los dedos.

—¿Piensas seguir matando para cubrir una mentira en una declaración fiscal?

—Esa mentira me servirá para salir reelegido.

—¿Y para mantenerme callada también piensas cometer asesinato?

—Gobernar esta población me proporciona un poder al que ya estoy acostumbrado. Créeme, yo nunca tuve intención de matarte. Pero una vez que encontraste aquel papel en el fondo de la caja de Andrew... comprendí que debía hacerte callar a toda costa —le dijo, esbozando una cruel sonrisa.

—¿Cómo te enteraste de lo del papel?

—Por el hombre de la camioneta que te ha estado siguiendo. Él te vio rebuscando en los papeles, cuando encontraste la nota. En ese momento me convencí de que tenía que matarte. Y el siguiente en caer será Wade.

«Oh, Dios mío», exclamó para sus adentros. Estaba loco. Había encargado a alguien que la vigilara, y ella no se había dado cuenta en ningún momento... Se le secó la garganta de puro terror.

—No puedes seguir matando a gente —lo dijo para incitarlo a seguir hablando, y distraerlo de la nueva postura que había adoptado para aliviarse de la insoportable presión del cable en las muñecas.

—Oh, tú solamente serás mi segunda víctima. Es una lástima, la verdad. ¿Quién habría pensado que habría de deshacerme de una joven tan bonita como tú? La política tiene estas cosas.

El tono ligero de Daniels, como si estuviera hablando de sus próximas vacaciones, fortaleció su decisión de liberarse. Pero cuando lo consiguió, no supo qué hacer en un primer momento. Las tijeras eran demasiado pequeñas para servirse de ellas como arma. En cualquier caso, era lo único que tenía. Agarrándolas con fuerza con una mano, abrió y flexionó los dedos de la otra para estimular la circulación sanguínea.

¿Y ahora qué? ¿Abalanzarse sobre él para que diera un volantazo, y sacar así el coche de la carretera? Si lo hacía, era posible que perecieran los dos, pero al menos lo arrastraría a la muerte con ella.

Quizá fuera esa la única manera de proteger a sus seres queridos de las asechanzas de Daniels: agarrar al volante y tirar de él con fuerza. Sin embargo, no quería morir. No podía ni imaginarse el dolor que su muerte causaría a sus padres. Y a Wade. Tal vez Wade no hubiera admitido sus sentimientos, pero ella sí. Y quería tiempo para explorar las posibilidades de su relación. Quería más días, más noches.

Pero no tenía tiempo. Daniels la estaba llevando al rancho de Wade. Una vez que empezara a reducir la velocidad, sus opciones de provocar un accidente

disminuirían drásticamente. Tenía que actuar sin demora, cuando todavía estaban circulando por la carretera. Aquella parte de Texas no tenía muchos árboles, así que era improbable que chocaran contra uno.

Empuñó con fuerza las tijeras, tensos los músculos a la espera del momento adecuado. No había ningún coche delante. Detrás se distinguían los faros de un único vehículo, bastante lejos. «Puedes hacerlo», se dijo. «Uno, dos... tres!». Sacando la mano derecha, hundió las tijeras en el muslo de Daniels, que soltó un grito de dolor.

El coche dio un bandazo, chocando contra una valla de madera. Varias astillas salieron disparadas hacia el cielo.

Kelly soltó las tijeras y agarró el volante. Maldiciendo entre dientes, el alcalde intentó apartarla. Fue entonces cuando el vehículo se salió a la cuneta, volcando.

Wade no podía estar seguro de que Kelly estuviera a bordo del coche que estaba siguiendo. Cuando entró en la cafetería y no la vio, supuso que habría ido al servicio. Luego, cuando oyó el claxon de un coche sonar un par de veces, se decidió a entrar en el lavabo. Allí no había nadie.

La adrenalina empezó a correr por sus venas, a oleadas. Salió por la puerta trasera justo a tiempo de ver las luces traseras de un vehículo desapareciendo en la noche. Luego volvió a la cafetería: ni la camarera ni los clientes pudieron decirle a dónde había ido Kelly. La mujer pensaba que se había ido con Cara y Lindsey, pero no estaba muy segura. Wade intentó llamar a Cara, pero le respondió la voz del contestador automático de *La Gaceta de Mustang*. Colgó y lo intentó con Lindsey, en la oficina. Pero era medianoche, no contestaba nadie y no tenía el número de su casa.

Mientras llamaba a información por el móvil, subió al deportivo, rodeó la manzana y buscó las luces del coche que había visto desaparecer en la esquina. Quince minutos después creyó identificarlo en un vehículo que circulaba a gran velocidad por la carretera, aunque no podía estar seguro de que Kelly viajara a bordo. Lo único que sabía era que iba demasiado rápido y que, evidentemente, su conductor no quería que lo alcanzaran.

Intentó llamar de nuevo a Cara. No hubo respuesta. Si Kelly se había ido con sus amigas sin avisarlo... se iba a sentir tan furioso como aliviado cuando la

viera, por haberle dado un susto tan grande. Probablemente no estaría en el coche que estaba siguiendo. Pero si no era así... ¿dónde?

Pisó a fondo el acelerador y siguió adelante por la carretera. La conocía bien, ya que era la que llevaba a su rancho. De pronto, el coche que iba delante dio un bandazo hacia la cuneta. Y otro más. ¿Estaría borracho el conductor? ¿O estaría forcejeando con alguien?

Al parecer, su intuición había acertado una vez más. El coche dio varias vueltas de campana y fue a chocar contra una valla publicitaria. Ahogando una punzada de pánico, frenó de golpe, salió del deportivo y echó a correr hacia el vehículo, que había caído de pie.

La boca se le secó de miedo cuando descubrió a Kelly en el asiento del pasajero. No se movía. Olía la gasolina y a humo.

Abrió de un tirón la puerta, apagó el motor para evitar que se incendiara del golpe y sacó a Kelly. Tenía los ojos cerrados y sangre en la frente, pero respiraba. Tenía que alejarla de allí antes de que las llamas alcanzaran el depósito de gasolina y se produjera una explosión.

Corrió con ella en brazos y la tumbó en la hierba, a una distancia segura. Ya se disponía a volver para rescatar al conductor cuando el motor se encendió de nuevo. El conductor debía de seguir consciente. Pero... ¿qué diablos?

Lo que debería haber hecho ese tipo era salir corriendo para huir de las llamas. Pero en lugar de ello había arrancado el coche y se dirigía hacia ellos. Directamente.

Wade no lo dudó. Levantó de nuevo a Kelly en brazos, buscando un refugio, algún lugar donde pudieran protegerse. No había ninguno. Excepto detrás del deportivo.

Echó a correr a toda velocidad. Los pulmones le quemaban con el acre olor a humo. Las piernas le dolían por el esfuerzo. Apretándola con fuerza contra su pecho, se prometió que si no podían escapar los dos, se sacrificaría sin dudarle por ella. A su espalda podía oír el motor del vehículo ganando velocidad, pero no se molestó en volver la mirada.

Por fin consiguió alcanzar el deportivo y refugiarse detrás, girando tan bruscamente que cayó al suelo con Kelly.

La caída, amortiguada por el cuerpo de Wade, consiguió despertarla. Abrió los ojos y lo miró estupefacta, asombrada:

—¿Qué...? —De repente lo recordó todo—. El alcalde...

¿El alcalde? Wade identificó a Daniels a bordo del vehículo, en el instante en que daba la vuelta con la intención de arrollarlos una vez más. Que la carrocería continuara echando humo no parecía importarle.

—¿Puedes subir al deportivo? —Le preguntó Wade, inseguro acerca de su estado físico. Tenía golpes y arañazos, pero no parecía que se hubiera roto nada.

Levantándose trabajosamente, Kelly consiguió subir al coche. Cerró la puerta y sacó su arma de la guantera. Para entonces Wade ya había encendido el motor. Demasiado tarde.

A su izquierda, el otro vehículo había embestido contra su puerta, destrozando la ventanilla del conductor. Kelly disparó dos tiros. Wade no sabía si la ventanilla se había roto por el impacto del golpe o por las balas, ni siquiera sabía si ella había hecho blanco. Pero los disparos debieron de intimidar al alcalde, porque lo siguiente que hizo fue emprender la huida. Volvió a la carretera y tomó la dirección contraria a Mustang Valley.

—Ve tras él —le ordenó Kelly con tono urgente.

No pudo ser. En el instante en que pisó el acelerador, comprendió que algo fallaba. El motor no estaba funcionando con toda su potencia.

—No va bien...

—Se está escapando —pronunció Kelly, despreocupada de la sangre que le corría por la frente y la mejilla—. ¡Vamos!

El motor del deportivo se apagó de golpe. Wade bajó rápidamente, pero no pudo abrir el capó debido al choque que había recibido.

—Me temo que no vamos a ir a ninguna parte. Pero podemos pedir ayuda —sacó su nuevo móvil para llamar al agente Mitch Warwick.

—¿Tienes idea de la hora que es? —Fue lo primero que le espetó Mitch, malhumorado.

—El alcalde Daniels acaba de secuestrar a Kelly McGovern y ha intentado atropellarnos.

—¿Qué?

—Despiértate de una vez. Ahora mismo se dirige hacia el sur. Sospecho que no piensa detenerse hasta cruzar la frontera mexicana.

—¿Es una broma?

—A mí me confesó que había asesinado a Andrew —intervino Kelly.

—¿Cuál era su móvil?

Mientras Kelly le explicaba que Daniels se había esforzado a toda costa por mantener el secreto de sus actividades inversoras en las tierras del municipio como condición indispensable para salir reelegido, Wade se dedicó a observarla. Había sentido tanto miedo cuando no la encontró en la cafetería... Y luego, cuando vio el coche volcar... Ninguna mujer había significado ni significaría tanto para él.

En aquel instante, mientras la observaba hablando tranquilamente por teléfono después de haber estado a punto de morir dos veces, no pudo menos que maravillarse de su fortaleza interior. Había disparado contra el alcalde y luego, sin vacilar, lo había urgido a que lo persiguiera. Cualquier otra mujer se habría abrazado a él, llorando. Pero Kelly había estado decidida desde un principio a hacer justicia a su hermano, y Wade incluso sospechaba que su férrea determinación también había sido responsable del accidente de Daniels, cuando perdió el control del coche y se salió de la carretera.

Mitch les prometió que les enviaría una ambulancia, asegurándoles que el *sheriff* Wilson y sus agentes encontrarían a Daniels y lo llevarían de vuelta a Mustang Valley para juzgarlo. De repente Kelly cortó la comunicación, jurando entre dientes.

—Maldita sea. Maldita sea...

—¿Qué pasa? ¿Estás herida?

—Estoy sangrando —se tocó la sangre de la barbilla como si hasta ese momento no se hubiera dado cuenta de la herida.

—Te pondrás bien. Sólo es un pequeño corte.

—Me estoy manchando de sangre mi blusa de seda. Y estas manchas son de las que no se quitan.

Wade se la quedó mirando estupefacto, con la boca abierta.

—¿Me estás diciendo que estás preocupada por tu blusa?

—Es de un diseñador famoso.

—¡Qué horror! —Se llevó una mano a la cabeza, fingiéndose consternado.

—¿Te estás burlando de mí?

—¿Yo? Jamás. Al menos mientras lleves esa arma en la mano...

De pronto, el sonido de una explosión interrumpió sus palabras.

Capítulo 14

Ambulancias, coches patrulla y un camión de bomberos ocuparon la carretera.

—¿Estáis bien? —Se apresuró a preguntarles el agente Warwick.

—Sí, pero después de la explosión que hemos escuchado, no sé si el alcalde Daniels podrá decir lo mismo —repuso Wade con tono pensativo.

Su buen humor anterior parecía haberse evaporado. Estaba tenso, rígido, con la camisa llena de sangre, pero a Kelly nunca le había parecido más atractivo. Estaba segura de que jamás se cansaría de mirarlo.

Le había salvado la vida, había arriesgado la suya para rescatarla. Sin su fortaleza, su ingenio y su coraje, tal vez no estaría allí ahora mismo. Era extraño que hubiera llegado a comprometerse tanto con ella con sus actos, sin llegar a expresarlo con palabras.

Todavía no había reconocido sus sentimientos por ella, y quizá tardara aún mucho tiempo en hacerlo, si acaso se decidía alguna vez. Por mucho que lo amara, no podía pasarse toda la vida esperando a que él diera el primer paso. Pero tampoco estaba dispuesta a renunciar, no después de todo lo que habían compartido. Así, que, al igual que lo había seducido con éxito, tendría que convencerlo como fuera de que podían convertirse en pareja. Una pareja permanente.

De repente Warwick tuvo que retirarse para recibir un mensaje por radio.

—El vehículo del alcalde ha explotado —les informó poco después—. Daniels ha muerto.

—Así que todo ha terminado. Por fin —Wade la tomó de la mano, y Kelly se

lanzó a sus brazos.

Había querido justicia para su hermano, y la había conseguido. Pero a la vez había encontrado otra cosa. Había descubierto el amor de su vida. Los demás detalles podían esperar. En aquel momento sólo deseaba que Wade la llevara a su casa.

Pero, al parecer, eso no iba a suceder. Sus padres acababan de llegar. Los abrazó, enternecida, asegurándoles que se encontraba perfectamente. Tiró de Wade para que se incorporara al corro, pero se resistió. Estaba hablando con Warwick sobre el trámite de remolcar el deportivo hasta el pueblo. Cuando terminó, se volvió hacia Kelly para decirle que tendría que acompañar al agente a la comisaría en el coche patrulla, para hacer declaración. Mientras tanto, ella podría irse tranquilamente a su casa con sus padres.

Pero si pensaba librarse de su compañía con tanta facilidad, estaba muy equivocado. Por desgracia, aquel no era el momento más adecuado para tener una discusión, con tanta gente a su alrededor. Al día siguiente prestaría declaración ante el *sheriff* e inmediatamente después se reuniría con sus amigas para planificar una estrategia de cara a Wade Lansing. Se iba a enterar.

Wade observó a Kelly mientras subía al coche de sus padres. No dejó de mirarla hasta que la perdió de vista, preguntándose por aquel sentimiento de pérdida, de vacío, que le atenazaba el corazón. Sobre todo cuando sabía que la vería al día siguiente, cuando se acercara por su casa para recoger sus cosas. Se había acostumbrado tanto a su compañía, a vivir con ella, a pasar todas las tardes y noches juntos...

Maldijo para sus adentros. Tenía un negocio del que ocuparse. Con la investigación cerrada de una vez y Daniels muerto, Kelly ya no necesitaba su protección. Estaría perfectamente a salvo con sus padres. Pero entonces... ¿por qué el hecho de que volviera a casa de sus padres se le antojaba tan injusto a la vez que doloroso? ¿Por qué sentía aquella opresión en el corazón como si estuviera cometiendo el mayor error de su vida?

Después de ducharse, fue al local. Encargó más bebidas, pagó las facturas y contrató a un nuevo mozo de barra, pero nada de aquello consiguió distraerlo de su preocupación por Kelly. Cuando llegó la hora de cerrar, decidió gastar el exceso de energía corriendo los cuatro kilómetros que lo separaban de su casa.

Al día siguiente se encargaría de comprarse otra camioneta, una vez que su compañía de seguros ya había resuelto los trámites. Revisó nuevamente los mensajes de su móvil, pero no tenía ninguno. Lo que significaba que Kelly se encontraba bien. En su propia casa, en su propia cama... allí donde pertenecía.

Se metió en el *jacuzzi*, esperando relajarse lo suficiente como para dejar de pensar en Kelly. Pero todavía podía oler su maravilloso aroma, o evocar exactamente su imagen mientras se acariciaba, tentándolo como un fruto prohibido. Era culpa suya, por supuesto. Debería haberse resistido. Ni siquiera debió haberla besado.

Maldijo entre dientes. Debería sentirse satisfecho de que Kelly estuviera sana y salva en su mundo protegido, seguro. Andrew se habría sentido encantado de que ambos hubieran salido con bien del trance. Y de que por fin su asesino hubiera pagado sus crímenes. No se sentía en absoluto cansado, pese a lo agotador de aquel día. Sentado en el salón, contemplando el amanecer, los violentos tonos rojizos y morados del cielo le recordaron que, por desgracia, ese día iba a ser aún más duro que el anterior.

Cuando sonó su móvil, se sobresaltó tanto que a punto estuvo de lanzarlo contra el suelo. Era una voz femenina, pero no la que tanto ansiaba escuchar.

—Perdona por llamarte tan temprano.

—¿Quién eres?

—Debbie West.

Lo primero que se preguntó Wade fue por qué lo había llamado a él, cuando había sido Kelly quien le había dejado su número.

—¿Pasa algo malo?

—Los McGovern no responden al teléfono.

Rápidamente la puso al tanto de lo ocurrido con el alcalde Daniels.

—Probablemente lo habrán desconectado para poder dormir tranquilos. O quizá no suene en las habitaciones.

—Quizá tengas razón.

—¿Pero? —inquirió, consciente de que parecía demasiado preocupada.

—Niles me ha seguido hasta la casa refugio de mujeres donde me alojo actualmente.

—¿Una casa de seguridad?

—Niles tiene un carácter muy violento. Aquí me siento más segura. La otra

noche, de madrugada, alquilé un apartamento y también me siguió hasta allí. Está furioso por la muerte de su socio, el alcalde, y tiene miedo de perderlo todo.

Desde un principio, tanto Wade como Kelly habían sospechado que Niles era el principal valedor de la reelección de Daniels como alcalde, y que incluso tal vez lo había ayudado a hacer el trabajo sucio. ¿Pero y si había sido al revés? ¿Y si había sido el alcalde quien había recibido órdenes del poderoso empresario? Eso significaba que Kelly aún podía seguir en peligro...

—¿Qué quieres decir con eso de perderlo todo?

—No conozco los detalles, pero sé que pidió prestada una gran cantidad de dinero y que contaba con los ingresos que le aportaría su asociación con el alcalde. Con su imperio a punto de quebrar, si todo sale a la luz en la prensa, me preocupa que intente acallar a Kelly para que no declare contra él en el juicio.

Wade se dijo que al final tendría que sacar su viejo Cadillac rosa del garaje, después de todo...

—Salgo ahora mismo para casa de los McGovern. De camino intentaré llamar a Kelly.

Pero en el instante en que abrió la puerta, se encontró con el cañón de la pistola de Niles, apuntándole.

—Por supuesto que vamos a llamar a tu novia.

Y Wade ya no necesitó que ningún laboratorio le demostrara, a partir del análisis de la pintura de su coche, que Niles Deagen había asesinado a Johnny Dixon.

Agitada, Kelly durmió profundamente hasta que la despertó el insistente timbre de su móvil.

—¿Diga? —contestó, soñolienta.

—Kelly, soy Wade. No vengas, yo...

Al escuchar un sordo golpe, se despertó del todo, temerosa y confundida:

—¿Wade? ¡Wade! ¡Contéstame!

Oyó varios gruñidos y encendió la luz. Eran la siete de la mañana y el corazón se le encogió de terror. Lo que estaba escuchando era una pelea a puñetazos. Gritos. Maldiciones. Se llevó una mano a la boca, desesperada. Wade estaba en problemas. Había intentado llamarla, seguramente para avisarla, y alguien se había abalanzado sobre él. Tenía que hacer algo.

Ya se disponía a llamar por el móvil de su casa cuando de repente escuchó una voz familiar.

—Tengo a tu novio atado a una silla. Ya no tiene tan buen aspecto como antes.

Kelly había creído oír el fragor de una pelea, cuando en realidad Wade debía de haber recibido varios golpes, atado de pies y manos.

—Si quieres volver a ver vivo a Wade Lansing, tendrás que hacer exactamente lo que te diga.

De repente reconoció la voz. ¡Niles Deagen! Estaba casi segura.

—¡No le hagas caso! —Oyó gritar a Wade, al fondo.

A continuación escuchó unos golpes más, y Niles volvió al teléfono, jadeando por el esfuerzo.

—No tengo tiempo para heroicidades. Si no vienes ahora mismo a la casa de tu chico, lo mato.

¿Pero y si los mataba a los dos? Por mucho que temiera por la seguridad de Wade, tenía que actuar correctamente, por su bien y por el suyo. Haciéndose matar no lo ayudaría en nada. Debería despertar a sus padres. Llamar al *sheriff*. Tenía que ganar tiempo. Atiplando la voz como si fuera una niña aterrada, exclamó:

—Estoy asustada y además no tengo coche. El mío está destrozado.

—No juegues conmigo. Mira por la ventana.

—¿Qué?

—¡Que mires por la ventana!

Abrió una rendija en la persiana y distinguió a un hombre fumando tranquilamente un cigarrillo al volante de una furgoneta, al otro lado de la calle. A la tenue luz del amanecer, vio que la saludaba llevándose dos dedos a la frente.

El hombre de la furgoneta. Había sido Niles, y no el alcalde, quien la había estado vigilando. Un estremecimiento le recorrió la espalda.

—Si no sigues al pie de la letra mis instrucciones, me enteraré por el chico que tengo apostado ahí fuera.

—¿Qué es lo que quiere?

—Que subas al coche de tu papá y te vengas para la casa de Wade. Si intentas llamar a alguien o haces una parada por el camino, me enteraré, por supuesto, y tu novio pasará a la historia. Tienes diez minutos.

—Que sean veinte. Aún no estoy vestida —un plan estaba cobrando forma en su mente. Un plan para el que necesitaría hasta el último minuto.

—Quince y ni un minuto más. O mato a tu amigo. ¿Entendido?

—Tengo miedo —pronunció Kelly, fingiendo más temor del que sentía realmente, mientras se ponía un vestido muy ancho, con grandes bolsillos—. ¿Por qué no podemos resolver esto como dos adultos? Mi padre es un hombre rico, y estaría dispuesto a pagar...

Por toda respuesta, Niles colgó el teléfono. Aparentemente, no estaba interesado en un trato, lo que solamente significaba una cosa: que su intención no era otra que matarla a ella y a Wade, a cualquier precio.

Como no se atrevía a usar el teléfono, lo lanzó sobre la cama mientras terminaba de vestirse. Era posible que Niles hubiera instalado un micrófono de escucha en su dormitorio, o en su bolso. No podía arriesgarse a que la oyera, pero eso no le impidió escribir a toda velocidad una nota dirigida a sus padres. Se puso el suéter que habitualmente llevaba atado a la cintura y se miró en el espejo. Sí, ese era el efecto deseado, la imagen de niña inocente y desvalida que estaba buscando. Al menos no necesitaba maquillaje. Luego se peinó con la raya en medio y se hizo dos trenzas, con lacitos rosas. Por último, se puso unos calcetines blancos y zapatillas negras. Antes de salir recogió su pistola, asegurándose de que estaba cargada.

Se miró nuevamente en el espejo. El suéter disimulaba convenientemente sus curvas. Y el amplio y profundo bolsillo del vestido disimulaba a la perfección su arma. Mientras caminaba por el pasillo, deslizó la nota bajo la puerta de la habitación de sus padres. Miró su reloj, con el corazón tan acelerado como si acabara de correr un maratón. «Respira», se ordenó. Necesitaba permanecer tranquila para poder pensar bien, y no cansarse tensando cada músculo.

Cuando arrancó el coche de sus padres y salió de la calle, la furgoneta se apresuró a seguirla. No hizo nada para llamar la atención, conduciendo a velocidad regular. No quería arriesgarse. Todavía no.

Llegó a la casa de Wade y aparcó frente al sendero de entrada. ¿Y ahora qué? Bajó lentamente del coche, metiéndose discretamente la mano en el bolsillo donde llevaba el arma.

—Entra —le ordenó una voz.

La puerta principal se abrió. De Niles no veía más que su brazo.

—No entraré mientras no oiga la voz de Wade.

—Vete de aquí —oyó gritar a Wade en aquel instante.

—¿Satisfecha? —inquirió Niles al otro lado de la puerta entornada.

A Kelly le habría gustado poder ver a través de aquella puerta, para conocer exactamente la situación con la que iba a enfrentarse. Pero no podía ser. Recordó entonces una frase de su antepasada Escopeta Sally, que su madre solía repetir a menudo: «a veces una tiene que confiar únicamente en sí misma».

Esa era una de aquellas veces. Aspiró profundamente. Luego, lentamente, con el corazón en la garganta, se encaminó hacia una trampa segura.

Wade maldijo las ligaduras que lo mantenían atado a la silla y al destino que había permitido a Niles que lo sorprendiera. Y a Kelly también, por haberse puesto conscientemente en peligro. Aunque tenía el ojo derecho hinchado, aún podía ver algo con el otro. Cuando descubrió a Kelly dirigiéndose hacia la puerta, a punto estuvo de sufrir un ataque al corazón.

¿Cómo podía haber sido tan estúpida para arriesgarse de esa manera? ¿Acaso era tan ingenua como para creer que Niles no los mataría a los dos? Estaba hirviendo de rabia. Kelly no tenía nada que hacer allí, exponiéndose de aquella manera. Y además, vestida con esa ropa...

Fue entonces cuando se dio cuenta. Intentó parpadear para que la sangre del ojo bueno le permitiera ver algo más. Se había peinado con trenzas, como si fuera una colegiala. La maldijo por enésima vez. Se había vestido de aquella manera para seducir a Niles, con el evidente propósito de distraerlo. La sangre se le heló en las venas.

Kelly entró en el salón con pequeños pasitos de niña y la expresión más candorosa del mundo. Sin embargo, por un instante, Wade distinguió un feroz brillo de decisión en sus ojos. Evidentemente, tenía un plan.

—Cierra la puerta a tu espalda —le ordenó Niles, sin dejar de apuntar a Wade a la cabeza.

—De acuerdo.

Hizo lo que le pedía, y Niles encendió la luz. Cuando vio la cara de Wade, se quedó sin aliento, pálida.

—He pensado que podríamos hacer un trato...

—Ni se te ocurra —intervino Wade, ganándose un nuevo puñetazo, que le

abrió una brecha justo encima de su ojo bueno.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tipo de trato piensas hacer conmigo después de haber tomado muestras de pintura de mi coche?

—El que usted quiera —respondió Kelly, atiplando la voz con un tono infantil, añinado.

Wade se preguntó qué diablos estaría haciendo. ¿Acaso pretendía que Niles la aceptara a ella a cambio de Debbie?

Su insinuación, como no podía ser menos, no pasó desapercibida a Niles.

—Oh —se echó a reír—, pero si yo puedo obtener lo que tú me ofreces en cualquier parte.

—Quizá. O quizá no. Yo creía que lo que quería era callarme para siempre. Bueno, pues incluso aunque nos matase a los dos, eso no sería posible. En cambio, si nos deja vivir, tal vez podríamos llegar a un acuerdo.

Wade sacudió la cabeza, frustrado. Apenas podía ver con el ojo cubierto de sangre.

—No puedes llegar a ningún acuerdo con un hombre tan tramposo como él...

Niles le propinó una patada en la pierna.

—¡Quieto! ¡No hagas eso! —exclamó Kelly, dirigiéndose hacia él. Pero lo hizo dando un rodeo, de manera que Niles no pudiera vigilarla a ella y Wade al mismo tiempo.

Fue entonces cuando Wade descubrió que llevaba una mano dentro de un bolsillo, que parecía bastante abultado. No llegó a ver lo que llevaba dentro. El terror por lo que pudiera pasarle lo impulsó a levantarse, cayendo al suelo con la silla.

Un disparo resonó de pronto, con la bala haciendo impacto a su lado y arrancando esquirlas que le rozaron el cuello. Lo siguieron otros dos más.

Wade se tensó, esperando una punzada de dolor. Pero no pasó nada. Lo siguiente que oyó fue un cuerpo desplomándose junto a él, como un fardo.

—¿Kelly?

—Estoy aquí —pronunció, sollozando, mientras lo desataba—. He disparado a ese maldito canalla justo entre los ojos.

De repente se vio libre, y la abrazó desesperado.

—¿Estás bien?

—Tenía que venir —se apretó contra él, apartando la mirada del cadáver de Niles—. No tenía otra elección. No podía permitir que te matara.

—Me diste un susto de muerte al venir aquí cuando te dije que no lo hicieras...

—No soy muy buena... recibiendo órdenes —explicó, llorando—. Tendrás que perdonarme.

¿Quería que la perdonara? ¿Había arriesgado su vida por salvarlo y todavía le pedía perdón? Nunca entendería a aquella mujer. Jamás.

Pero... ¿y qué? No tenía que entenderla. Bastaba con amarla. Y la amaba.

Por supuesto que la amaba. ¿Cómo podía dejar de admitirlo después del coraje que había demostrado?

Pero cuanto más se convencía de ello, más claro veía lo mucho que iba a sufrir cuando se separara de ella. Kelly McGovern tenía mejores cosas que hacer con su vida. Él no quería truncar su brillante futuro, cargándola con un montón de hijos que le impidieran alcanzar sus objetivos.

La amaba. Y precisamente por eso, por mucho que fuera el dolor que le causara, tenía que renunciar a ella. Para que fuera libre.

Capítulo 15

—Wade no me ha llamado ni una sola vez en toda la semana —se quejó Kelly mientras comía con Cara y Lindsey en Dot's.

—Pero el teléfono funciona en las dos direcciones, ¿sabes? —repuso Cara, apuntándole con su tenedor—. Para llamar y para recibir llamadas.

—Ya lo sé. Pero sólo consigo hablar con su contestador.

—¿Por qué no vas a buscarlo al salón? —Le sugirió Lindsey—. Puede que ese bar sea su territorio, pero precisamente por eso no podrá salir corriendo delante de todo el mundo.

—Ese plan ya se me ha ocurrido. Pero el Dale Otra Vez no es lugar adecuado para mantener una conversación privada.

—¿Sabes cuál es tu problema? —Le espetó Cara.

—¿Que me he enamorado de un hombre tan testarudo que es incapaz de reconocer que se ha equivocado? —Al ver que su amiga negaba con la cabeza, Kelly lo intentó de nuevo—: ¿Que no estoy dispuesta a renunciar a lo mejor que me ha ocurrido en la vida?

Cara alzó los ojos al techo. Lindsey se echó a reír, y lo intentó disimular con un ataque de tos. Lo hizo tan bien que terminó atragantándose. Kelly tuvo que darle varios golpecitos en la espalda.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Tu problema es que eres tan testaruda como él —continuó Cara.

—Yo no soy testaruda.

—Claro que lo eres —repuso Lindsey, riendo de nuevo—. Tú no piensas

ceder y él tampoco. Hacéis la pareja perfecta.

—Pues Wade no lo ve de esa manera —le pasó la mitad de su *sandwich* a Cara—. Cómetelo tú, si quieres. Yo he perdido el apetito.

—Gracias. Tu problema es que quieres que Wade hable contigo.

—Bueno, sí.

—Y lo importante en tu situación no es precisamente hablar.

—¿Ah, no? —Kelly miró a su amiga con expresión consternada, como si hubiera trabajado demasiadas horas últimamente. Quizá había sido eso. De hecho, había entrevistado a Johnny Dixon en el hospital cuando salió del coma, y elaborado un amplio reportaje para *La Gaceta de Mustang* revelando la conspiración de Niles Deagen con el alcalde Daniels.

—Necesitas pasar a la acción —insistió Cara.

—¿Te importaría decirme cómo?

—Yo no lo sé. Pero como hasta el momento lo de intentar hablar con él no ha dado ningún resultado, tendrás que cambiar de táctica. Actúa. Haz algo.

—¿Te refieres a meterse en su cama e intentar seducirlo? —sugirió Lindsey.

—Eso ya lo ha hecho. Necesita hacer algo más drástico. No sé... Piensa en alguna anécdota de Escopeta Sally, tu antepasada.

—¿En cuál de ellas? Hay tantas... Y no sabemos cuáles son verdaderas y cuáles falsas.

—¿A quién le importa? Escoge la que te convenga mejor.

—Bueno, vosotras sabéis que a mí me gusta una especialmente, pero... ¿queréis realmente que le apunte con un rifle y lo obligue a casarse conmigo?

Cara alzó los pulgares.

—Esa es una gran idea.

—¡Ejem! —intervino Lindsey—. Me permito recordaros que amenazar a un hombre con un arma es ilegal, si no es en defensa propia.

—Vaya, al menos tengo una amiga cuerda —murmuró Kelly, porque la atrevida sugerencia de Cara la había alterado bastante. Aunque no podía negarle cierto atractivo...—. Pero supón que no llego a encañonarlo. Simplemente me presento a verlo con el arma en la mano.

—Entonces sería una amenaza implícita. La cosa cambia.

—Y además no necesitaría llevarla cargada —terció Cara.

Kelly miró a una y a otra, sacudiendo la cabeza.

—No sé. Todo esto es una locura...

—¿Crees que Wade aceptaría casarse contigo si realmente eso fuera contra su voluntad? —Le preguntó Lindsey.

No, estaba segura de ello. Fue en aquel preciso instante cuando tomó la decisión. Estaba harta de esperar a que la llamara Wade. Se acabaron las noches de insomnio suspirando por estar en su cama. Iba a actuar, y a actuar con valentía, con descaro, con coraje. A fin de cuentas, lo llevaba en la sangre.

—Gracias —besó a sus amigas—. Sois las mejores. Deseadme suerte —y se levantó de la mesa, repentinamente segura de sí misma.

—¿Adónde vas? Ni siquiera has tocado el postre.

—Terminad vosotras —se dirigió apresurada hacia la puerta—. Me voy de compras.

—Por supuesto —exclamó Cara, volviéndose hacia Lindsey—. ¿Has notado que siempre que Kelly se va de compras, se monta una buena en Mustang Valley?

—Wade Lansing, abre la puerta ahora mismo —le ordenó Kelly con un tono que reconoció de inmediato.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero no la rompas —de mal humor después de una larga noche de trabajo en su local, y sobre todo de varias noches en vela echándola de menos, Wade atravesó descalzo el salón y abrió la puerta.

¿Qué estaba haciendo allí? No quería que le repasara por la cara lo guapa que se había levantado. O lo deliciosamente bien que olía su perfume después de la ducha. O el efecto que siempre le causaba aquella sonrisa suya.

¿Pero qué estaba haciendo allí a una hora tan temprana de la mañana? Debía de haberse despertado diez minutos después de que él se quedara dormido. ¿Qué era lo que pretendía? Por primera vez reconocía la verdadera razón por la cual la había alejado de su lado. Tenía miedo. Miedo de que lo abandonara algún día, o de que muriese, como todas y cada una de las personas a las que había querido en su vida, en las que había confiado. Sabía que no era justo, ni razonable, pero era lo que sentía.

Ya tenía suficiente con sus recuerdos como para encima tener que soportar verla en carne y hueso. Pero allí estaba, y además ataviada con un vestido de novia. El corpiño resaltaba sus senos, y la primera luz de la mañana doraba el

leve rubor de sus mejillas. Ni siquiera la escopeta que llevaba en la mano turbaba aquella imagen tan etérea, tan adorable...

—Eh... llevas puesto... un vestido de novia.

—Qué observador —la deliciosa risa de Kelly lo sacó de su ensueño. No, no estaba soñando. Ni siquiera sus sueños eran tan creativos, tan originales. O tan vividos.

Pasó de largo a su lado, dejando tras de sí un maravilloso aroma a limón con un toque de fresa. De espaldas, la visión era tan seductora como de frente. El vestido dejaba la espalda al descubierto, y Wade volvió a quedarse sin aliento.

No quería reaccionar ante ella, pero... ¿a quién quería engañar? No tenía elección.

—¿Qué es lo que quieres? —Le preguntó, incapaz de disimular la ronquera de su voz.

—A ti —plantó la culata de la escopeta en el suelo y se apoyó en el cañón—. Así que podemos hacerlo de la manera fácil o de la difícil.

—No puedes entrar así como así en mi casa...

—Tú me has dejado entrar.

—... blandiendo un arma.

—No la estoy blandiendo. Me estoy apoyando en ella.

—¿Se puede saber cuál es la diferencia?

—Es irrelevante... excepto en un tribunal de justicia.

Wade arqueó una ceja con expresión escéptica.

—¿No es un poco tarde para preocuparse por la justicia?

—¿Eh? —Esa vez fue ella la sorprendida.

—Por la manera en que estás vestida, podrían arrestarte por varias razones.

—Oh, ¿de veras?

—Por casarte sin licencia, por ejemplo.

—Me gustaría verte diciéndole eso a un juez.

—De acuerdo.

La miró extrañado. Había cedido con demasiada facilidad. No estaba acostumbrado a ello.

—¿Qué has querido decir con ese «de acuerdo»?

—Un «de acuerdo» es un «sí». Vayamos ahora mismo a un juzgado.

—¿De qué estás hablando?

—Eres imposible. Quiero casarme.

Oh-oh. Había caído de lleno en la trampa. Y por el brillo de placer que asomó a sus ojos, aparentemente estaba encantado.

—¿Dónde está el novio? —Se burló. Se le había acelerado el pulso, porque de repente sabía que podía hacerlo. Cuando a Kelly se le metía algo en la cabeza, no cejaba hasta que lo conseguía. Y cuando decía «para siempre», se atenía a ello. No lo abandonaría. Fue como si su cerebro se aclarara de golpe, como el vaho de una ventana. Podía tenerla. Lo único que debía hacer era confiar en ella.

—Lo tengo delante.

Quería casarse con él... y no tener simplemente una aventura fugaz. No habría podido dejarlo más asombrado si le hubiera dicho que quería ingresar en un convento.

Quería casarse con él. Lo que significaba que podría tenerla por el resto de su vida, y no sólo unas pocas semanas de aquel verano. Lo que significaba que nunca había planeado dejarlo. El matrimonio era algo permanente. El corazón se le inflamó de gozo.

Cruzó los brazos sobre el pecho, con el cerebro trabajando a toda velocidad.

—Para casarse se necesita el consentimiento de ambas partes, ¿no?

—Por eso he traído la escopeta.

No le preguntó si estaba cargada. No quería saberlo. Mientras se dejaba caer en el sofá, tuvo la sensación de que las piernas se le habían vuelto de mantequilla.

—No podemos casarnos.

—Claro que podemos. Ayer conseguí la licencia —se acercó hacia él, contoneando sensualmente las caderas. Luego se llevó una mano al escote del corpiño y sacó un papel doblado—. ¿Lo ves? Después de haberte cosido los cortes de la cara, Doc ya tenía muestras sanguíneas tuyas más que de sobra.

Le maravillaba su ingenuidad. Estaba consternado, asombrado. Estupefacto.

—¿Y?

—Y nada —lo empujó suavemente con el cañón de la escopeta—. Venga. Fuguémonos.

La amaba. Cuando se ponía tan sensual, tan vulnerable y tan enfadada al mismo tiempo... era la mujer más adorable del mundo. Por supuesto, no tenía intención de decirle nada parecido. No cuando estaba acariciando el cañón de

aquel rifle como si fuera su mejor amigo. Se le ocurrían cosas mucho mejores que hacer que morir de un disparo.

—No puedo fugarme ahora mismo —se burló, fingiendo hablar muy en serio.

—¿Por qué no?

—Porque ahora mismo me aprietan demasiado los pantalones.

Kelly bajó la mirada a su bragueta, riendo.

—Supongo que antes deberíamos encargarnos de un problema tan grave.

De repente la agarró de la mano y la hizo sentarse a su lado.

—Bien. Pero tenemos otras cosas que resolver —le plantó un beso cerca de la oreja—. Si nos casamos, no renunciarás a tu especialidad en Derecho por mí.

—Si renuncio a la especialidad, no será por ti. He estado pensando en estudiar algo relacionado con el negocio inmobiliario. Lo que pasa es que aún no me he decidido.

—Y nada de bebés hasta que termines de estudiar.

—¿Quieres tener hijos? —deslizó las manos por su pecho, para descender luego por la cintura.

—Sí, pero todavía no —le pasó un brazo por los hombros, acercándola hacia sí y alzándole la barbilla—. Primero, tengo que dejar que me mimes a la manera que me tienes acostumbrado.

—Sí, señor —bromeó—. Sé perfectamente quién va a estar al mando de este matrimonio.

—¿Tú?

Lo besó, y de inmediato se apartó para mirarlo.

—Oh, por cierto... ¿te he dicho ya que mi velo y tu traje están en mi coche y que el juez nos espera para las doce? Luego, a las tres, saldremos de luna de miel para Hawái. Así que deja de perder el tiempo... a no ser que tengas una idea mejor.

—Bueno, me parece que te has olvidado de un detalle importante —la besó.

—¿Mmm?

—Todavía no me has dejado decirte que te quiero.

—Eso estaba previsto —le sonrió—. Ya lo sabía.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com